

Luis Barrera Linares

CRUZ Y

FICCIÓN





EDITORES

CRUZ, Y FICCIÓN

Cronovela

Luis Barrera Linares

Luis Barrera Linares
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2026.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-8402-6
Depósito Legal: ZU2026000122

Director del equipo editorial:
Luis Perozo Cervantes

Diseño de la portada:
Eduar Román

Corrección:
Alirio A. Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD EDITORIAL

Las opiniones, ideas, afirmaciones y propuestas expresadas en la presente obra son de exclusiva responsabilidad de su autor(a) y no reflejan necesariamente la postura de Sultana del Lago Editores. En consecuencia, la editorial no se hace responsable, total ni parcialmente, por el contenido intelectual, interpretaciones, juicios de valor o recomendaciones formuladas por el autor(a). Su publicación no implica adhesión, aval ni respaldo institucional a tales planteamientos.

PRÓLOGO: CRUZ Y FICCIÓN, DE LUIS BARRERA LINARES

Alberto Hernández

Desde la “egoteca” de Luis Barrera Linares nos viene esa certidumbre de que lo que vamos a leer nos conducirá a una extraña emoción en la que se juntan la ironía, el humor negro, crudo y hervido, con la crítica como herramienta para sacudirle la realidad a quienes han creído que vivir o escribir son asuntos estrictamente posibles. Pues no. Se puede vivir sin escribir y se puede escribir sin vivir. Sujeto a discusión, queda en manos de los lectores sacudirse el polvo de los fantasmas y seguir estas letras que, seguramente, también podrían provocar urticarias, sonrisas, modismos morales y hasta calambres.

Lo anterior se contradice en tanto que Febricio Persa no aceptaría tal premonición. Pero aquí vamos.

Luis Barrera Linares es un gran provocador. Una suerte de tornillo suelto de nuestra literatura, que se encarga de aliviarnos la existencia con unos inventos, con unos artefactos literarios donde su inteligencia se alborota y hace posible que la del lector aparezca también de cuando en vez y de vez en cuando. Barrera Linares es un puntilloso escritor quien con el humor hace de las suyas y de las nuestras y hasta, burla burlando, se reconcilia con los símbolos, que es decir mucho, porque sus personajes suelen estar

frente a nuestros ojos, no en ficción, sino en la realidad zumbante y cantante.

Cruz y ficción huele a Semana Santa (la duda melódica también tiene derecho), pero si nos metemos de fondo en el título no es más que un juego donde la cruz existe, pero la ficción es más verdad que todo: alguien es llevado al calvario y clavado en una cruz, pero de mentira, por supuesto, de lo contrario nos acusarían de homicidio sagrado. La crucifixión como relato, como justificación para tentar al demonio de la crítica. Nuestro autor lo hace con la soberana intención de dejar un *INRI* en los lectores.

¿Y quién es el crucificado?

La historia de este libro tiene muchos referentes lúdicos. El autor nos lleva de la mano para acercarnos a Rafael Bolívar Coronado, uno de los personajes de nuestra historia literaria y política, famoso por sus trampas, mentiras y fraudes. Tan interesante personaje se disfraza en este libro como Febricio Persa (eso lo queremos suponer). Febril personaje que recurre a todos los caminos para hacerse visible como escritor.

Barrera Linares lo ubica en el presente y lo hace confraternizar con autores reales, como Adriano González León, para solo usar un ejemplo.

Todo lo que Barrera Linares usa como epígrafes en este libro lleva el cognomento de un plagio, así como Bolívar Coronado lo fue: un perfecto plagio él mismo a través de los cientos de nombres que usó para hacer lo que hizo: burlarse del mun-

do con títulos ajenos y extender la mano para recibir la «mesada» de sus víctimas. Digamos que este hombre fue el iniciador en Venezuela y España de la cobranza por vacunas literarias.

Quien busque a Febricio lo consigue, para eso está el Investigador submarino, quien pesca en mares revueltos por la mano del personaje protagónico hasta su muerte suicidada y mucho más allá de ella, hasta quedar en la imaginación clavado en una cruz un jueves santo de ficción.

Un salto desde un tercer piso abre la puerta de una morgue donde se determina que el sujeto, el personaje crítico de esta historia, se ha suicidado por las razones que hayan sido, entre ellas que no ha logrado su obra o no lo han leído como debe ser.

La muerte, en todo caso, es también parte del humor, parte de la joda, parte de la gran broma universal.

No sabemos si estas páginas que escribió Luis Barrera Linares son una novela, una tesis de desagrado para los que se vean en ella «retratados» o un proyecto tentativo para una investigación acerca de los tiburones de la literatura. Lo que sí es verdad es que se trata de una lectura en la que quienes la aborden no perderán su tiempo. Gozarán una y parte de la otra, porque aparte de estar muy bien escrita —que podría ser lo de menos ya que hay muy malas escrituras que pasan el examen de laboratorio— es un documento donde —repito y permito— el humor, la ironía, el juego de palabras una vez más nos recomiendan volver

a los libros anteriores de Luis Barrera, entre ellos *Parto de caballeros*, *Cuentos en-red-@-dos* (2003), *Sobre héroes y tombo*s (1999, 2007), *Sin partida de yacimiento* (2009, 2018) y *Breves y bravos* (2014), entre los tantos otros que andan por allí hablando y diciendo en bibliotecas o en manos de algunos despistados lectores que, a lo cervantino, no se despegan de sus páginas.

«...en estas cosas de la escritura, no es infrecuente que una palabra tire de otra sólo por lo bien que suenan juntas, sacrificando así muchas veces el respeto por la liviandad, la ética por la estética (...) Por esas cosas y por otras es por lo que, casi sin darnos cuenta, vamos haciendo tantos enemigos en la vida».

Rafael Bolívar Coronado

[plagiado por José Saramago]

«Si escribes claro, tendrás lectores, si escribes oscuro, tendrás comentaristas y discípulos».

Febricio Persa

[plagiado por Albert Camus]

«En tierra donde hasta las piedras lloran sangre, como que es moda perenne arrancarnos el pellejo cordial y serenamente».

Rafael Bolívar Coronado

[plagiado por Febricio Persa]

FRONTISPICIO

El bautizo de un libro es un parto social

Años iniciales del siglo XXI. Es jueves en Caracas. Son las seis de la tarde. Día y hora usualmente escogidos por los editores nacionales para las presentaciones «en sociedad» de libros recién publicados. En Venezuela suele hablarse de *bautismo*, porque ya es tradición que el ritual implique verter sacramentalmente algún líquido (a veces licoroso, aunque no siempre) sobre el supuesto primer ejemplar.

Si el autor tiene ínfulas de pertenecer a la clase pudiente o nuevorríca, la pócima preferida para el ritual es el vino espumante. A lo mejor champán o cava, caso de los escritores con mucho empuje económico. Así como suelen pagar o gestionar con poderosas palancas la publicación de sus antojos literatosos, poco les importa a los de muchos posibles cualquier minucia adicional que garantice la asistencia e intervención de la crítica.

El poetariado de las clases media y baja, por lo general, se lleva mejor con algún vino blanco barato. Con el tiempo, esta rutina bautismal ética ha dado paso a algunos sucedáneos: por ejemplo, agua proveniente de alguna cascada mítica, pétalos de rosas recién cortadas, arena expresamente traída del mar de Tasmania. Alguna vez ha habido incluso la cursi escritora de novelas históricas que

quiso rociar un ejemplar de su libro primogénito con orina de su también primogénita niña. La párvula tenía para ese momento dieciocho años y estuvo allí totalmente desconcertada, al enterarse del motivo por el cual su madre le había solicitado una porción de su «líquido excremento miccional», como lo llaman los bienhablados. Inolvidable será también el exsacerdote refistolero que solicitó al editor que un cura activo de su ahora excongregación arrojara una lluvia de polvo de hostias, salutación sacra de por medio, sobre las páginas impresas de su primer poemario. Casi una extremaunción, pensaron algunos malintencionados asistentes, pero así son los caprichos.

En fin, para este tipo de bautismo, hay de todo en la viña literaria venezolana e hispanoamericana.

Se llama padrino o madrina a la persona seleccionada por el autor o autora para ejecutar el dictamen casi bíblico y ofrecer un discurso ante la concurrencia. Ya con rostro severo ya con una risita forzada que más bien parece mueca, el público se aglomera frente a quien habla. Los más tienen los ojos pegadísimos en el micrófono como si escucharan con la mirada, como si auscultaran con morbo los arquetipos sorprendentes de un falo descomunal.

El acto de por sí suele ser aburrido, pero, a juicio de muchos, necesario.

—Me gusta bautizar mis libros para que comiencen a andar solos— eso habría declarado alguna vez el reconocido escritor Febricio Persa.

Los invitados a la ceremonia van llegando graneados, a veces por pequeños grupos. Unos pocos —el autor, la familia, el editor y las parejas secretas del padre o madre de la criatura— comentan alegres la fluidez del tránsito capitalino, lo que les ha facilitado arribar al evento con puntualidad de pensionado de la Seguridad Social al momento de retirar sus emolumentos mensuales. Ellos y los espontáneos son por lo general los únicos que aparecen temprano, bien perfumaditos, recién bañados, con los oídos dispuestos y la segura disposición para aplaudir. La mayoría exige formalmente ser disculpada por no haber podido estar a tiempo para el rocío de lo que fuera sobre el volumen recién nacido. Al contrario de los familiares y espontáneos, atribuyen siempre su retardo al perenne tapón automovilístico.

Así es Caracas. Variopinta. Impredecible. Caótica. Bullanguera. La única ciudad del mundo que ofrece diversas alternativas como excusas posibles para justificar la impuntualidad biológica de cada uno de sus habitantes. Una muy común ha sido la coincidencia de la lluvia feroz y la negativa de los taxistas a hacer su trabajo, con la excusa de los atascos vehiculares.

Otros sencillamente recuerdan al resto de los asistentes que, ante la pasividad gubernamental, cada vez son más los asaltos a mano armada que impiden avanzar con la prisa requerida. Quizás haya marchas políticas, protestas o improvisadas guarimbas que agravan el caos citadino y erosio-

nan la rutina urbana. «¡Atentan contra la literatura!», murmuran algunos escritores presuntuosos. Pero, en el caso particular de los bautizos de libros, la realidad es que buena parte de los asistentes se ha demorado exprofeso, a fin de evitar los largos discursos, el ahuecamiento conductual y las escenas artificiosas que se esconden detrás de cada acto de esta naturaleza.

Porque, no se ha dicho, pero la presentación de un nuevo libro en Venezuela es mucho más que arrojar loas y enhorabuenanzas sobre las hojas abiertas de un volumen.

Como ya se ha señalado, por lo general se antepone a la celebración un extenso discurso de alguien presuntamente cercano al autor o autora o conocedor de su obra. Y a veces, ante la carencia de afectos o de voluntarios para el parloteo, se encarga de tal misión a algún crítico que se supone será benigno en su cháchara.

Lo verdaderamente infaltable es que, las más de las veces, hay que escuchar un florido ramillete de caricias verbales, adulancias y amapuches lingüísticos que —de acuerdo con el nivel de petulancia o timidez del escritor laureado— unas veces lo hacen sonrojar y otras lo obligan a intentar esconderse como un congorrocho avergonzado, conmovido por las mentirillas que se permite la complicidad del presentante.

Puede además darse el caso de una serie de afirmaciones que nada o muy poco tienen que ver con el contenido de la publicación. Hacen esto

último aquellos a quienes se ha encomendado la tarea de la presentación del nuevo retoño paginado, pero, por desidia, por carencia de tiempo o por simple desgana, no han dispuesto del sosiego suficiente y necesario para leer el mamotreto que han de apadrinar, principalmente si es ladrillesco o hipercomplicado para entrarle.

En tales situaciones, el orador discurre como en el chiste de la mosca y la vaca: el alumno intenta prepararse para su examen de Zoología del día siguiente; sin embargo, su acuciosidad apenas le permite estudiar durante toda la noche el tema de la mosca y los atributos que circundan a tan fastidioso animalillo. La sorpresa acogota al estudiante cuando al llegar al salón de clases se encuentra con que la cejijunta, muy estilizada y buenota profesora le ordena desarrollar un ensayo sobre la vaca y sus condiciones de vida. Sorprendido pero dispuesto, el chico no se amilana y comienza su primera línea: «La vaca es un animal usualmente perturbado por la mosca. La mosca tiene las siguientes características...» Y por esa trocha discursiva elude el mamífero y procede a contar las vicisitudes biológicas del fastidioso díptero que lo mantuvo despabilado durante el insomnio provocado por la angustia, ante la inminencia de la evaluación.

Emulando a ministros y otros funcionarios públicos, así suelen hacer algunos presentadores de libros: antes que hablar del contenido o las virtudes del volumen, se dedican, por ejemplo, a

contar de su amistad de muchos años con quien lo ha escrito. El cuento podría resultar entonces más extenso que el libro, principalmente si es de poesía existencial y minimalista. Y aprueban el examen de la concurrencia que, desesperada, a punto de asma y casi sin alma, los aplaude furiosamente nomás escuchar las dos palabras mágicas finales: muchas gracias.

Entonces, quien hace de maestro de la ceremonia anuncia el esperado brindis con vino que nadie supo explicar nunca por qué es llamado comúnmente «vino de honor». Más bien, en algunas ocasiones, la bebida obsequiada deshonora el bolsillo del pobretón escritor, debido a que no es extraño que el editor lo cargue directa o indirectamente a la faltriquera de los «derechos» de quien lo ha escrito.

Pero abundan las sonrisas por doquier. La efusividad de la celebración se contagia. Renace la felicidad jolgoriosa, como en la canción de fin de año, «los abrazos se repiten sin cesar».

Hay también intrusos, a los que hemos llamado asistentes espontáneos; aquellos que acuden a todos los eventos de similar naturaleza sin que nadie los haya invitado. Curiosos señores o señoras de un solo traje, una sola corbata (en el caso de los caballeros) y una misma sonrisa, quienes siempre están allí y que incluso son más que bienvenidos, principalmente cuando acuden muy pocos de quienes realmente han sido convocados. En el argot de los bromistas, se les agrupa

bajo las siglas SIPEM: Sindicato de Invitados Por Ellos Mismos. A veces se les censura subrepticamente, entre chismes, como advenedizos o afuerinos, más interesados en el condomio y el «bebumio» que en el evento mismo y su relevancia para quien ha escrito la criatura.

Mas no deja de ser cierto que regularmente hacen su papel de atentos escuchas ante lo que esté diciendo el orador del día. No siempre entienden por qué los otros asistentes ríen o comentan algo, pero ellos se suman a las carcajadas y a los runrunes, como si en eso les fuera la permanencia en el lugar. En ocasiones, hasta se acercan a los escritores o escritoras a quienes tantas veces han visto en actos similares y que, por lo general, también son siempre los mismos. Los saludan y les hacen reverencias. Al margen de que jamás hayan abierto algún libro, después de la veneración forzada y la palmadita o apretón de manos, no dudan al expresar:

—Qué bueno su libro, poeta. Se la devoró usted con ese chorrerón de magníficas historias.

Obviamente, el «poeta» nunca pregunta a qué volumen se refieren, ya que su alergia al relato breve —«ese generillo literario de segunda categoría», ha declarado alguna vez a la prensa—lo ha conducido a aspirar solo a la novela. Más aún, a la llamada ¡novela total!, enigmática y complejísima, la que aspira a comprometer seriamente el tramado neuronal del lector. No obstante, el albedrío de su egoteca lo lleva regularmente a fingir

complacencia absoluta. No puede darse el lujo de mostrarse desestabilizado o dubitativo ante un lector desconocido y amable. Debe hacer demagogia literaria y agradecer el cumplido, a veces hasta con un «¡brindemos por ustedes los buenos lectores, carajo!». Pero no ha salido el plumista de su momentáneo regocijo egocéntrico, cuando escucha un grito que desde alguna otra parte de la librería lo apela:

—¡Poeta, poeta, qué gusto, poeta! Te felicito por esa de hoy. Qué aciertos los de tu presentador, él es un *crack* y tú un maestro magistral. ¡Son la dupla perfecta, impepinable! ¡Cuánto tiempo sin verte, caramba!

[Debe quedar claro que, en español americano, tanto para el ciudadano común como para la gente de las castas literarias, todas las personas que escriben son agrupadas bajo el término genérico *poeta*. Es el vocativo más común del gremio. No importa si el interpelado ignora cómo hacer siquiera un verso libre].

—Gracias poeta, es que he estado encerrado, casi no salgo, sigo en la ermitañez, en el contubernio con mi solitud...

—¿Y eso, mi poetazo? ¿Como que estás envejeciendo? ¡Cuidado! Usted tiene mucho que dar todavía, poeta.

—No, hombre, estoy corrigiendo mi libro número ciento cincuenta. Me trae de cabeza. Tú sabes que aspiro a llegar a los doscientos... Je, je, es broma, pero de verdad ¡estoy pariendo, poeta!

—¿Otro libro? ¿Cuál, mi poeta? ¿El de la conspiración?

—Oye, hace dos años te dije que no era sobre ninguna conspiración. Yo soy apolítico, militante de la antisepsia ideológica. Lo que he venido haciendo es una compilación de mis escritos de la prensa, com-pi-la-ción.

—Es verdad, poeta, disculpa mi desmemoria, con-pi-ra-ción.

Y ha decidido marcharse ya el celebrado «poeta», a sabiendas de que su colega es hipoacúsico parcial, sordo, pues, y por lo general adivina las palabras que lee en los labios del interlocutor. Y así el connotado vate, aunque no sea de verdad poeta, sino narrador, a quien los verdaderos versificadores suelen calificar de «bate quebrado», sigue recibiendo en su recorrido las felicitaciones de rigor. Mientras, casi en el limbo, presumiendo que de verdad ha reconocido los rostros de cuantos le hablaron, el poeta que no es poeta, el eterno candidato a ganarse un certamen literario, sale del sitio con su singular y reiterativo sueño, una única mirada dirigida a un solo punto, un propósito configurado desde hace varios años, un camino cuyo recorrido no ignora como borrascoso, serpenteante, adoquinado, pero siempre posible. Un punto de llegada donde predomina la bruma. Uno grande, abultado, sustancioso. Un premio de verdad. A eso ha sido aspirante eterno.

Camina con aires de reflexión kantiana y está más que seguro de que respondió afablemente

cada saludo, que tuvo la respuesta adecuada para cualquier pregunta, que en tanto aquí manoseó con fuerza un recio hombro de hombre, más allá hundió sus amorosos dedos en una rígida cintura femenina. Cuando tuvo oportunidad, vio con atención desmedida los cuerpos sudorosos de los asistentes: una sola masa que ha sido multitud indiferenciada, mas, en apariencia, no indiferente ante su periplo de escritor y su nuevo libro. Al menos eso cree, para no entrar en pensamientos más pesimistas.

Todos están allí y ahora vive de nuevo la incertidumbre que le rasga el ego después de cada acto bautismal de una novela suya. No sabe realmente de qué se trata. Lo siente, le carcome las dendritas y los axones, pero no encuentra cómo definirlo. Nunca tendrá la certeza de reconocer esa cosquilla extraña que lo invade cada vez que ve el primer ejemplar de un libro suyo, un hijo más, engendrado con el semen de su talento. Suspira cuando vierten el líquido y las hojas se humedecen.

Sin embargo, inevitablemente, el jueves de bautismo se diluye. No hay remedio. Cada ciclo tiene su cierre. Eso sí, sobrevive en el autor la esperanza de que el evento se repita en cuanto concluya su nuevo proyecto y consiga al próximo editor.

1

Proemio del premio

Hoy estamos acudiendo al concreto rito bautismal de la más reciente obra del escritor Febricio Persa. La librería se llama El Gusano de Luz. No sabemos si por alusión a un cuento del escritor venezolano don Julio Garmendia, que también lleva ese refulgente título, o por algún otro mágico motivo. El presentador de esta ocasión es un reputadísimo colega y amigo del autor. Se llama Amenodoro Cují, celebrado padre de la novela de moda *Bienvenidos los incas, malvenidos los incapaces*. Cují ha llegado al lugar ataviado a la usanza de los campesinos andinos: chamarra de cuero marrón manchada por el (ab)uso, sombrero alón con pluma de ganso en su lado derecho, pantalón negro con notorio desgaste en la tela que cubre el trasero, y sandalias de pescador. Es la estampa habitual de su vestimenta en eventos como este. De modo que nadie se quede sin notar su presencia, su fuste de escritor salido de las entrañas mismas del ruralismo. Se trata de un particular narrador cuya complicada escritura le ha generado a través de la prensa la frase calificativa de «vanguardista siempre en guardia». Críticos y lectores han celebrado desde siempre su escritura críptica y oscura, aunque pocos la entienden. Solo Febricio Persa sabe quién es realmente el autor del libro que hoy se someterá al ritual consagra-

torio y que él ha plagiado y publicado como suyo, aunque —como lo acostumbra desde hace varios años— con un nombre ficticio, lo que se llama un heterónimo. Seudónimo le dicen los que quieren evitar confusiones. No resistió Persa la tentación. Y plagió. Solo que pocos se dan por enterados.

Una vez más se ha propuesto probar que vive en un país donde se desconoce enfermizamente lo que se ha publicado en el pasado y en el que un buen estafador de las letras puede asumirse como alias y ofrecer con un sobrenombre o mote lo que otro ya publicó antes. «Total —se dice para sí mismo— eso se llama “filosofía errebecé”».

ERRE BE CE. Inevitable que tal acción le recuerde el nombre de Rafael Bolívar Coronado. R. B. C. Ya explicaremos más adelante la causa de esa obsesión. Similar ha sido, precisamente, el seudónimo escogido para esta ocasión. La novela *Partida de yacimiento*, motivo del ceremonial de esta noche, aparece firmada acronímicamente por Efebepé, uno de los nombres de guerra de Febricio Persa.

Persa llegó hace bastante rato, pero, antes de ingresar a la librería, entre saludos y halagos, se ha distraído con algunos asistentes al evento, quienes lo saludan efusivamente en el pasillo.

Abrazo, gracias. Apretón de mano, más gracias. Beso en la mejilla de la agregada cultural del Reino Unido, *thank you very much indeed, my dear*.

Reverencia de cabeza de la encargada de negocios de la Embajada de Francia, *merci ma bien-amée*.

Ya se murmura que su obra será la gran favorita para la próxima edición del premio internacional que auspicia el Estado. Nuevamente, se comenta con alborozo que se convertirá en el primer sudamericano en ganarlo. Lo sabe y eso lo entusiasma, le revive la moral a veces decaída.

¡Por fin!

Ahora sí, ya Febricio está en el interior de la librería. Camina lentamente con aura de iluminado. Sabe que todas las miradas confluyen en él. Se siente como un pavorreal con los pectorales inflamados y la cola abanicada.

Tres jovenzuelos con apariencia de triángulo de seguridad —dos chicos y una chica— han estado detrás de él desde el comienzo. No es la primera vez. La comidilla literaria los ha calificado subrepticamente Los tres mosquiteros. Efebos y doncella encargados de espantar la turbamulta de «mosquitos» que suele merodear en torno del aura de su señor.

En la vanguardia del grupo, la chica, algo pequeña, pero hermosa, de carrillos abultaditos y remendados senos prominentes, se dedica a verificar quién precisa de una dedicatoria para el ejemplar previamente adquirido del volumen a bautizar. Solícita y dispuesta, insta a los interesados a esperar el momento de las firmas, después del sacramento.

«Güeit, güeit —les va diciendo en su mezcla habitual de inglés y español— calm daun, por favor. habrá firmas para evry badi». Estudia Idiomas Modernos y no duda en demostrarlo públicamente.

Otro va a la diestra de su dios padre, acumulando en un maletín los obsequios que algunos de los presentes entregan a Febricio, generalmente libros de autores primerizos que aspiran a una lectura y reseña de parte de él. Tienen la certeza los autores noveles de que una sola palabra de Persa en la prensa bastará para sanarlos y proyectarlos en ese espacio heteróclito que son las artes verbales. Se trata de una escena recurrente en cada acto bautismal caraqueño. Neófitos esperanzados que anhelan la bendición de un consagrado. El escritor homenajeado hoy recibe los obsequios con aire de benevolencia. Finge una mínima carantoña ante cada persona que se le acerca e inmediatamente pasa lo recibido al robusto chico del maletín.

El tercer doncel, un poco más retirado hacia el flanco izquierdo, lleva un teléfono celular activado, con el que, a través de su ojo mejor direccionado, va recogiendo para la perpetuidad cada movimiento de su mentor. Es contradictorio su porte físico: blanquísimo de piel, esta vez brillante por el sudor, peinado afro, estrábico y trasojado, algo jipato y hasta majincho, podría decirse; es decir, semblante de persona enferma. Como la actividad de las tomas le exige concentración, le impide hablar y hacerle ver a la multitud que es él quien está allí y no otro, va charlando consigo mismo y en la intimidad de sus elucubraciones compara su labor con la de un Buñuel o un Saura moderno. Orgullosamente, se asume Polanski, Almodóvar, Scorsese y Kubrick juntos en

un solo paquete. Vanidoso de que lo vean en su tarea, sostiene el móvil con su mano derecha, en tanto que con la izquierda se va abriendo paso, aleteando casi a tientas, como si nadara con un solo brazo dentro de aquella laguna de rostros risueños y dadivosos por la que bucea su mentor. Febricio, el protagonista, ha ingresado al recinto con su mejor gesto de Mona Lisa. Camina serenamente. Tan, ta, taaaaaan. Casi en actitud de seguir una marcha nupcial. Erecto, altivo, los ojos refulgen tras los cristales de unos lentes semioscuros que le ayudan a disimular el abombamiento y las arrugas de los párpados inferiores. No aparenta padecer la enfermedad mental acerca de la que se murmulla en círculos reporteriles. Nadie diría que su salud está en dificultades. Ha sido capaz de identificar todos los rostros. Avanza entre la gente con aires de filósofo griego y simpatía de predicador de Pare de Sufrir: una mano estirada: «Hola, ¿qué tal?»; una palmadita más allá, «¡mira que eres bella!»; un beso lanzado al viento acullá, ¡muac! No puede impedir escuchar, a su derecha, la cháchara picardiosa de algunos jóvenes estudiantes de literatura, aspirantes a poetas, o ya poéticas en ciernes —no lo sabe realmente, debido a que solo los conoce de vista. Jamás han estado en su aula de clases—. Cuchichean entre ellos; parlotean de lo humano y lo profano, con la irreverencia propia de la edad. Hacia ese punto dirige Febricio sus antenas mientras desacelera la marcha para escuchar mejor:

—Es que ese libro me trae de cuclillas, Yubisnáiker, no sé cómo no lo descubrí antes. Los planos narrativos y los *flashbacks*. ¡Qué delicia!

—Creo que en eso radica el peso de las escenas de la obra, Máicol, son densas, nubladas, acorazantes, defensivas, pero ¡cómo convencen!

—Así es, así es, chamos, nada más vibrante que el capítulo en el que el sujeto de la enunciación se hace cómplice del autor implícito y fustiga al narrador homodiegético. ¡Arrechísimo, marico, espectacular!

—Pero, ¡marico!, ¿qué te pareció la manera como nos saludó el profe que escribió la saga de los Salgado?

—No le hagas demasiado caso, gueón, siempre ha sido medio echón y ahora que le dieron el cargo de director de cultura como que se ha envanecido más...

—¡Profe! ¡Profe! —grita una de las damitas del grupo, al ver a Febricio Persa— ¡Qué buena la entrevista de hoy! ¡Sin desperdicio!

—¿Y la foto? —se entromete otro— ¡Maaadre foto! Es en el jardín de la Facultad ¿No es así, profe?

Febricio asiente con un gesto de cortesía, se lleva la mano derecha hacia el pectoral izquierdo, sobre el corazón, y mueve la cabeza hacia adelante en señal de complacencia. Los imagina como siempre, hablando mal de los otros poetas, desde muy jóvenes, o fingiendo hablar bien, pero pensando mal, con sus mentes puestas en las envidias y las zancadillas propias del medio. No les cree demasiado, pero está obligado a agradecer.

A su modo de pensar, no les llegan ni a los artejos de los pies a los tres leales asistentes que lo escoltan. Comparados con sus adulantes, pero fieles, escuderos, a estos los intuye envidiosos, mediocres, altaneros y creídos. De las chicas tiene incluso un concepto mucho más contundente: antes que poetisas —como por cierto no les gusta que se las aluda—, aunque no lo diría jamás, prefiere pensarlas íntimamente como «poetusas». Jamás ha escuchado de ellos o ellas la palabra *maestro*. Siempre un frío y distanciante «profe», a veces un mal articulado y sifrino, pijo o cuico «purofe»; quizás en alguna ocasión han querido lisonjearlo, con inconfundible dejo de falsedad, al llamarlo «profebrí».

Los párvulos de su cortejo, en cambio, suelen ser dóciles y dispuestos al aprendizaje. A aquellos, los suyos, los sabe abiertos, maleables; de estos, los ajenos, desconfía. Son seguidores del poetaastro silencioso de la Escuela y eso basta para que los perciba con sospecha. Jamás serán de su reino.

No obstante, hay que saludarlos gentilmente y mostrar los camanances para intentar una sonrisa.

—Gracias, muchachos, gracias por estar aquí...

Después del ademán hipócrita hacia los estudiantes, sigue la marcha. Ve a su alrededor y sabe que nadie está de verdad charlando, aunque todos mueven los labios y las manos como si parlotearan animadamente. Gesticulan con la boca, sus órganos articulatorios están en movimiento perpetuo, pero se trata de voces fingidas; simulan conversar mientras tienen los ojos y oídos pues-

tos en cualquier otro rincón de la librería. Ven a alguno por aquí llevándose un ejemplar de un libro reciente a los bolsillos. Miran a otro más allá y recuerdan que se trata del ensayista que siempre ha tenido su inquina con el que está enfrente, porque a aquel le han dado el Premio Nacional, mientras este suponía que ya le correspondía por antigüedad.

No faltan los que murmuran ya sobre la algazara anual acerca del Premio. El propio. El verdadero. Así lo califican: El Premio, con énfasis en la E y P mayúsculas. El Errebecé le dicen algunos.

Febricio oye sin deseos de escuchar, en el fondo, entre la multitud, la carcajeada fingida del sujeto conocido como «el escritor oral», que habla y habla y habla, pero de quien jamás se ha visto una página impresa. La imagen del charlatán farfullando, cantamañanas de oficio y correveidile consumado, le hace recordar a la de Rafael Bolívar Coronado. Justamente, el epónimo del Premio.

Es así. Es el universo de la literatura nacional que valdría para cualquier geografía: el espacio en que hay autores consagrados que jamás han redactado media cuartilla. La legión de los «ágrafos orales», como la llamó alguna vez el artífice del humorismo venezolano Aníbal Nazoa. Milagros del arte, argucias del cotilleo a que son tan dados los ficcionautas. Eso piensa Persa.

Porsia. Por si acaso. Por si las moscas, *porsi fortis incurritis calaverin coquis*, Persa observa constantemente a su alrededor. No quiere perder detalle de

cómo su figura señera alumbra y deslumbra en aquel contexto que hoy es suyo, solo suyo.

Debe mostrarse y ofrecerse afable y dispuesto con todos, hacia todas, por lo menos mientras transcurre el lapso sacramental de su presunta criatura. Incluso más: mientras se hace público el . Abrazarse y desabrazarse sin mostrar embarazo alguno. Aparentar bonhomía y disposición, frescura, amabilidad, condescendencia, comprensión y, a veces, hasta conchupancia, contubernio cómplice. Desc conoce quién de los que han acudido al acto de esa noche, su evento suyísimo, pueda erigirse en algún momento en juez/a del certamen. Su conducta de él ha de ser entonces de absoluto relajamiento. Sabe que está obligado a lucir despreocupado, libérrimo de actitudes negativas. Debe fingir con total seriedad, incluso con los que, a la hora de competir por el reconocimiento, podrían ser sus contrincantes.

Varios, incluso, son sus competidores potenciales, pero también les puede corresponder alguna vez actuar como parte del jurado. Sobre todo, si no lo gana esta vez. Nada se sabe de antemano en ese territorio de incertidumbre que es la literatura hispanoamericana. Hoy estás abajo, mañana arriba. Y el mundo girando y girando como una noria metálica que resuena mientras adentro se bambolean las pequeñas esferas blanquinegras de una lotería de pocos números ganadores y muchos apostadores.

Ahora fabula y habla para sí mismo el homenajeado de esta tarde de jueves lluvioso:

«Sonríe, Febricio, siempre sonríe y hazlo aun a sabiendas de que alguna de tus muecas amables pueda compensarse más adelante con una traición... «Tú deambula por la librería y saluda cordialmente, aprieta con fuerza esas manos que se te ofrecen, aunque las presumas como parte terminal de brazos envidiosos; saluda muy cortésmente a los que pudieran tocarte en suerte; exprésales tu admiración por su poesía supuestamente luminiscente, brillante; de ser el caso, háblale al autor de cómo te maravilló su último libro de cuentos, aunque te haya resultado farragoso y lugarcomunístico; confíesale al más oculto de los falsarios que has disfrutado enormemente su recién publicado manual de crítica literaria; asegúrale al novísimo palurdo que abogarás porque se publique pronto su primer intento de ensayo; no abandones jamás a los tres imberbes chambelanes que sumisamente te acompañan a todos los actos en que has de participar. Los gentiles y siempre alabanciosos barraganes que nunca te abandonan y te siguen como incondicionales aparceros. Alguna vez, ellos podrían llegar a ser algo más que tímidos principiantes.

«Pon la mirada en el infinito y escucha con rostro de pensador alemán el discurso de quien hoy apadrina y presenta tu libro. Exhorta a Amenodoro con tu gesto de complacencia. Prepárate. A la hora de agradecer su gesto, cubrirás con cumplidos ditirámicos su más reciente novela. Le dirás cuánto has celebrado su humor y sus metáforas

plenas de (in)genio. Atrapa (ahora) de su grata perorata frases que te ayuden a flotar de regocijo y que le repetirás después: un latinazo que impresione a cualquier pelmazo, como el que acabas de escucharle: “*Verba volant, scripta manent*”; una metáfora como esa con que ha desplegado el ánfora de su sabiduría: “Plenilunio pluvial esplendoroso”; un juicio que ha ofrecido para demostrar su oficio: “Holgura fluvial derramada en capítulos deslumbrantes”; un elogio que recuerde el jolgorio: “Autor de tropos y símiles rampantes y fluorescentes...”».

Pero ¡vaya, vaya! Hay alguien allí que no es cualquiera entre los asistentes de hoy: el Profesorsote. Así lo apodan, debido a su porte altote, crecidote, egolatrado, principalmente después de jubilatote. Gordura de vacuno de noble casta. Espesa y larga barba de Heródoto. Es del conocimiento de muchos que desde hace algún tiempo busca redimir una vieja culpa relacionada contigo. Últimamente asiste con regularidad y fervor de cajero de institución bancaria a los partos y repartos de tus libros.

Ahora, allí, justo en frente, te mira fijamente, con diáfano foco de perdonavidas en los ojos. A lo mejor rebobina la cinta de aquel acontecimiento en el que hubo de negarte el Premio Nacional para otorgárselo a la candidata de su novio, quien también estaba en el jurado. Es obvio que lleva una cadena de sufrimiento interno de la que quiere deshacerse pronto.

Lo ves y explayas tus labios.

Hora de aparentar que no hay rencor en tu memoria.

Los chicos de tu escolta frenan el paso, se retraen dos de ellos. Bien que saben de aquella vieja historia. El bireto afro-albínico que anda en las labores de filmación de tu caminata retrocede un poco más, para no perder detalle del encuentro. Se conoce que en una ocasión ya remota (pero no archivada y mucho menos olvidada), habiendo sido designado coordinador del jurado para el Premio Nacional, el Profesorsote fue capaz de sugerir el nombre de su amante como sustituto de un miembro renunciante. Y así se aceptó. La institución rectora del galardón no vio obstáculo alguno en que dos de los jueces fueran pareja, ya que oficialmente no estaban matrimoniados.

Te acercas con paso de sacerdote y levantas la mano como si quisieras brindar por su presencia. A pesar de su altura física descomunal, lo percibes espiritualmente enano. Y recuerdas que se confabuló con su marinovio para quitarte aquel galardón. Pero, si por algo te caracterizas, es por acarrear una supuesta fama de redentor, capaz de ofrecer al ofensor, el perdón que reconforta. Es tu fuerte. Fingir que los rencores no ocupan tu vida: —¡Felicidades por este nuevo hijo, Febricio! —se adelanta a decirte aquel barbudo descomunal— No esperaba menos que esta maravilla de libro. Ya lo leí, me lo envió la editorial.

El cineasta improvisado recoge pleno el momento del choque de las dos manos y el abrazo que

completa la escena. También el amante confabulado está allí y cumple a la perfección su rol de consorte con suerte. Para el acompañante, dispones sin prejuicio un doble beso en ambas mejillas con los que, muy a propósito, intentas rozarle el labio superior, ensalivarlo.

Muac, muac.

Rememoras todavía aquel perverso que te negó tu primera oportunidad para la consagración. Caricaturizado por un cronista de prensa se iniciaba así: «Por mayoría familiar de votos, mi sortario consorte y el sucinto suscrito, acordamos él, mi futuro cónyuge y yo, su resuelve de turno, otorgar el Premio Nacional a la novela escrita por la señorita que se fastidiaba...». Fuera de la posibilidad quedaste, aunque muchos pensaban que esa vez serías tú y nadie más.

Y ahora pones lo tuyo, la chispa de humor que te haga quedar bien ante los que escuchan. A sabiendas de los orgasmos recurrentes del amante por la narrativa de los sexodiversos, le preguntas con picardía si ya se ha enterado de la iniciativa de algunos colegas suyos de la Escuela para fundar un centro de estudios literarios del hombre macho masculino varón, ¿lo sabías, querido? El amante sonríe ante lo que ha entendido como una broma y Persa se va alejando poco a poco, dejando la estela de una risita vengativa que el resto del público presume amabilísima.

—¡Qué hombre! ¡Qué caballero! —se oye en alguna parte de la librería— ¡Eso sí es un escritor

cuatriboleado de verdad, caramba!

El trascorneado aspirante a Scorsese se percata de que algo está fallando en su celular. La batería le está jugando sucio y la mínima luz que la identifica no cesa en el titileo. Se hace a un lado para revisar el aparatejo. A su juicio, «el equipo parece haberse “engatillado”», piensa. Escrutándolo, se resigna y concluye en que lamentablemente no podrá tomar los momentos del cierre del discurso del presentador.

Luego de los aplausos, multiplicados al final del jaculatorio de su colega Cují, regresa Febricio a la realidad. Con rostro de complacencia y regocijo, se dirige hacia el orador: va el abrazo fuerte y generoso, los golpecitos en la espalda para Amenodoro.

—¡¡Gracias, hermano querido!! [plaj, plaj, plaj, resuenan las palmas sobre los omoplatos del colega, mientras percibe el olorcito a mohó de la chaqueta], no merezco tanta bondad, tu desprendimiento me abrumó, ¡me siento contrapavimentado!

La inmediata respuesta de Amenodoro es un mo-hín acompañado de ocho palabras:

—¡Te mereces mucho más que mi humilde lectura! Sorprendido por la interrupción, Febricio se dispone a besar la mano de la dama de sociedad que los ha abordado bruscamente, sin anestesia. Es la misma que, cuando venía por el pasillo hacia la librería, lo abordó para decirle que la semana pasada estuvo hojeando el cuento «El dinosaurio», de Augusto Monterroso, y que intentará concluir su

lectura durante la próxima Semana Santa, cuando disponga de tiempo suficiente para hacerlo. Naturalmente que la doña conoce el título, pero ignora que ese microcuento tiene apenas una línea que dice «Cuando despertó todavía el dinosaurio esta allí».

«Y cuando yo despierte de esta pesadilla, espero que la señora ya no esté ahí», pensó Persa en aquel momento. Mas no ha sido así. Ahora, con la mirada fija en el pecho de la dama, no olvida celebrarle ese deslumbrante vestido blanco que deja ver las pecas y las arrugas concentradas en la comisura de los senos. Lo alaba, aunque en el fondo la imagen le resulta estrafalaria.

—¡Qué hermosa esa orquídea *phalaenopsis* sobre el ojal de tu chaqueta, Titina! ¡No sabes cuánto anhelo ser yo uno de esos pétalos!

Muy bien pudiera ser esa «tectónica» señorona de la godarria la que lo incluya entre los autores sobre quienes ella disertará en el próximo seminario-taller de literatura que dictará en un college estadounidense. Nunca se sabe. Igual que Venezuela, Estados Unidos es un país en el que cualquiera es profesor de talleres; a veces basta con que publiques un libro de versos, de ensayos pachuchos o de cuentos mediocres. E incluso con que seas inmigrante exiliado o refugiado, y osado, por supuesto. Justo el caso de tan elegante dama: cubano-argentina llegada al país en los setenta del siglo pasado, autora de un opúsculo de poesía que no llega a folleto; eso que los vanidosos denomi-

nan una *plaque*. Aunque obviamente sus comunales pechos han sido aumentados y ahora van recargados de silicona, no permitas, Febricio, que la «senofobia» te intimide. Besa y rebesa sus ocultas arrugas faciales, hazlo con contundencia, con frenesí, como dice el bolero.

Tampoco dejes de lado al viudo de la novelista abogada. El que está de pie, afuera, donde se ha escapado a satisfacer su carencia de nicotina. Lo observas desde tu atalaya con su cigarrillo en la mano: «imagen de prostituto elegante, cuerpo de tentación, cara de arrepentimiento», piensas. Será torpe, quizás poco cultivado, tal vez casi analfabeta literario y nada agraciado de rostro, pero es el heredero de una escritora con poder. Obvio que, sin mayor esfuerzo intelectual, porque de intelecto el muy pobre carece; heredó solo la fama y la obra de su célebre esposa, aquella fastidiosa y patética jurisprudencia mexicana que escribió una docena de novelas sobre las perversiones del poder financiero en las sociedades latinoamericanas. No es su culpa de él ser tan escaso de neuronas productivas.

Sin embargo, más que en los libros de su consorte, recibidos por herencia, no dejes de fijarte en la red de intereses de la que también se ha hecho acreedor. Él no escribe. La verdad es que su zona cerebral de Wernicke (según la ciencia, una de las que procesa el funcionamiento del lenguaje en el ser humano) parece haber sido reacia a las fabulaciones con la palabra. Pero cómo le funciona

de bien el cerebelo, cómo sabe tongonear esos poderosos bíceps y pectorales de potro purasangre, sobre todo al momento de practicar la supervivencia. Y se vale de tal recurso cada vez que precisa de los tentáculos mafiosos que le dejó su fallecida esposa. Es el mismo al que una pegajosa periodista asomó la idea de hacer una fundación con la dote paginada de su difunta media naranja, un artilugio jurídico que preserve la obra y facilite la continuidad y multiplicación del peculio familiar. «Pero si algunas viudas de los escritores lo hacen constantemente, chico —le dijo alguna vez—, ¿por qué no pueden hacerlo también los viudos? ¡De algo hay que vivir después de que el compañero o la compañera letrista se marcha al Portal de Orión, Nacho!» Es cotilla popular que el tono confianzudo de la chica se debe a que también son amantes. Mas no te consta.

Sin embargo, salúdalo también con doble beso y roce de mejillas, como si estuvieras en el foyer del Palacio de la Zarzuela de Madrid. Indícale lo atractivo y lozano que se mantiene. No sería extraño que esta vez fuera designado para integrar el jurado del Rafael Bolívar Coronado. O, en el futuro, coordine algún otro certamen que te interese. Eso, de momento, lo ignoras; no puedes presagiarlo. Ni tú ni nadie. Pero tienes la certeza de que los milagros ocurren. En una republiquita como la tuya, todo puede suceder. Hasta ciertos viudos gozones podrían terminar decidiendo quién se sube y quién se baja del podio literario.

Así que tolera pacientemente el efluvio, la eclosión generada con el bautizo de tu última novela, aunque todo lo presumas artificial.

En tanto transcurre el brindis, deambula por cada rincón de la librería hasta que se marche el último de los asistentes.

A la hora de firmar a los solicitantes de tu rúbrica, saca de tu repertorio aprendido de memoria las más originales dedicatorias. Ya tu hermosa asistente los ha instruido para que formen una fila.

«Para IDS con el mayor de los placeres y en agradecimiento por sus exagerados y benévolos, pero inmerecidos juicios sobre mi modesta obra». FP.

Ofrenda con tu manuscipción a las chicas jóvenes que te piden una frase halagadora y unas palabras de aliento sobre la portadilla del ejemplar que han comprado: «Mi querida negra M. E., un futuro exitoso para una lectora con sonrisa de bacará». FP.

No se sabe cuándo una solicitante de autógrafo significa un futuro acercamiento. «A Judita, la más estupenda y bella de mis consecuentes lectoras y dedicatarias». FP.

Un premio puede ser en el país hasta la consecuencia de un buen coito, incluso de un arrejuntamiento triple que jamás imaginaste.

«Para mi apreciada pareja, L.B.L. y L.F., por el tiempo que han perdido leyendo mis humildes escritos». FP.

Vive tu momento. Finge y funge igual que lo hacen todos allí. Es parte de ese ritual donde cada

capítulo del guion es imprescindible: la llegada, los cumplidos, el panegírico de presentación con las alabanzas, los aplausos múltiples, las sonrisas estereotipadas, las poses y guiños de coreografía, obligados ante la presencia del fotógrafo... y los brindis por el éxito.

—Disculpe, ¿Es usted el autor?

—Sí, eso creo —respondes sonriente y en tono de broma.

—¿Me permite una foto con estos dos caballeros y esa beldad que lo acompaña?

—Por supuesto. Con la «beldad» ni ofendo ni temo, ja, ja, ja, ja.

—Muy bien, júntese usted un poquito más... Así está bien. ¡Voy!

Clic, clic, clic.

—Gracias, anótenme aquí sus nombres por favor. Es para reseñar esta reunión en el *Universo Literario*.

—Ya pronto será hora de marcharse, maestro —le recuerda Genoveva, su acompañante, a Febricio.

—¡Fabuloso! En breve, cesará la tortura —le susurra él al oído.

Han comenzado a cerrar el templo.

Los mesoneros recogen las últimas copas y el micrófono ha sido ya confinado a su rincón habitual.

Al terminar de contar el abundoso número de ejemplares no vendidos, la dueña de la librería se ve extenuada. No obstante, su rostro ofrece la impresión de una saludable amargura.

Ella, batuqueando su larga cabellera, se acerca y

dice algo al editor, quien espera pacientemente y con pose de chamán cruzado de brazos. Este hace un gesto de aceptación con la cabeza. Si se lograra ver su ceño fruncido, su cara de parampampam, pareciera estar más bien contabilizando y dividiendo cuántos libros han logrado despachar por cada copa de vino consumida. Arriesgó los fondos de la pequeña editorial que dirige, nada más por tratarse de una novela de su compadre y excompañero del grupo Piso 3, colectivo del cual relataremos en un capítulo posterior. Sin embargo, a juzgar por el gesto de «¡qué fastidio, que se acabe ya este paripé!», tal vez el resultado no se ha correspondido con las expectativas.

Ante una seña de la propietaria, el empleado apaga la luz. Se escucha el chirrido de la puerta de seguridad.

Ya afuera, en el pasillo del centro comercial donde se ubica la librería, todos se despiden a su manera, hasta la próxima jornada. Abrazos, recordatorios, comentarios irrelevantes y chismes se funden en un solo ambiente de incoherencia. Igual que en un mercadillo o una feria de verduras y frutas, las frases sueltas se cruzan como flechazos que vienen de diversas direcciones:

Encantada de haberte visto, manita...

Claro que yes, amigui...

¡Ay, chica! ¿No lo viste un poco flaco? Como que es verdad lo que rumorán por ahí.

¡Epa, Chuqui! Porfa, no olvides enviarme esa reseña por correo electrónico, poetisa...

¡Por favor! ¡No me llames poetisa, suena casi ofensivo! Preferiría que me digas rapsoda o aeda, cualquier cosa menos poetisa.

Sí, chama, ¡parece que estuviera enfermo! Pero no creo...

¡Tranquila, Mariela, que yo te escribo ese prólogo...!

¿Cuánto apostás a que sí tiene el síndrome de Capgras?

¡No, no, no! Con eso no me comprometo. ¿Qué enfermedad es esa?

Pues que se mira al espejo y no identifica su rostro. Cree ver a otra persona. ¡Apostemos, pues! Aquí hay una moneda. ¿Cara o cruz?

¡No jorobes, paísa de Gardel! ¡Aquí en Venezuela se dice cara o sello!

Te quiero que jode. No te pierdas, maluco...

Ni tú tampoco, buenuca... Repórtate de vez en cuando, queridita.

¡No apuesto! ¡Son chismes de esa facción de la Escuela que no lo quiere!...

¿De qué facción? ¿Tú crees? De acuerdo, ¡lanza la moneda!

¡Cruz! ¡Cruz! ¡Cruz!, gano yo... Tejo...

¡Pará, pará, pará! ¡Claro! Pero también eso de la facción puede ser ficción. Cruz y ficción, eso querés decir, ¡pelotuda! Pues gano yo...

¡No fue cruz, fue sello! ¿Qué quiere decir *Tejo*?

Que tejo-disteste. Sello y cruz es lo mismo, che, ¿viste?

¡Okey! ¡Sí va! ¡Ganaste, marica! ¡Me rindo!

Y también apuesto a que por estar éñfer se ganará el próximo Errebecé.

Pues yo ahora sí que paso, boto tierrita y no juego más, bai, bai, arrivederchi, orvuá, jaijaidó, chao pescao.

2 ÍCONO con P mayúscula de «plasta»

Iconoplasta. Así lo rebautizó el más cínico de sus competidores literarios. El mismo que solía decir entre murmullos que no había espacio alguno tocado por la pluma o la lengua de aquel sujeto donde no hubiera dejado alguna plasta, por muy «humilde y sublime» que esta fuera.

«Plasta» es, en el español coloquial de algunos países hispanoamericanos, un acortamiento, una reducción amable de la expresión «plasta de mierda».

El Diccionario de la lengua española, conocido como *DLE*, ofrece cinco acepciones para el término. Escoja el lector la que mejor se adapte a su lectura de lo que relataremos en este blog.

Plasta

De *plaste*.

1. f. Cosa blanda, espesa y pegajosa; p. ej., la masa, el barro, etc.
2. f. coloq. Excremento, defecación.
3. f. Cosa aplastada.
4. f. coloq. Cosa hecha sin regla ni método. *La fachada de este edificio es una plasta. El discurso de aquel orador fue una plasta.*
5. adj. coloq. Dicho una persona: Excesivamente pesada. U.t.c.s. *Este tío es un plasta.*

Todas parecen relacionadas. Sin embargo, ninguna alude de modo directo a la sonoridad absoluta de

la palabra *mierda*. Prefiere la institución que «limpia, fija y da esplendor» dos sinónimos eufemísticos algo cursis: «excremento, defecación». Y les atribuye el calificativo de «coloquiales». Una de mis antiguas profesoras de español para alumnos de secundaria diría que el vocablo *plasta* tiene además algunas formas «derivadas». El diminutivo *plastita* (en Venezuela, *plastica*), los aumentativos *plastota* (en nuestro país lo utilizamos igual, no decimos nunca *plastoca*) y *plastón*. Más algunos eufemismos coloquiales, a veces humorísticos: *plastilina*, *plasturria* (para asociarlo con *chinchurria*), *plastación*, *plasteishon* (¿en inglés popular?).

Digamos que su acepción más benigna es la utilizada en el occidente del país: allí se utiliza *plasta* para referirse a alguien «despreciable, infame, abyecto», todo resumible en la sonora y tajante expresión *hijo de su prostipura progenitora*.

Un *iconoplasta* es un iconoclasta con algunos defectos, al menos uno como el que formará parte de esta historia. Podría ser entonces un sujeto ruin, en nuestro caso, además, un cultor de la palabra *tedio*, un escritor o escritora pesado/a y malasangre, que imaginariamente arroja porciones literatosas de excremento sobre «la autoridad de maestros, normas y modelos» (*DLE*). Un escribidor que alguna vez aspiró a ser iconoclasta y al que luego todo pareció olerle a defecaciones, con infaltable excepción de sus propias excretas.

Quede claro esto para que podamos comenzar lo que más interesa: el periplo oscilante y no pocas

veces tortuoso, defecoso, patibulario, de un iconoplasta de novela, será relatado aquí por mí.

Me llamo Alcides Arcadio Barcarola I.

3

Alcides Arcadio Barcarola I.

Soy casi periodista, lo he sido desde que inicié mi pretensión de obtener un título universitario. Sin darme cuenta, caí en una de las más pérfidas atrocidades y perversiones de esta sociedad moderna en la que un papel académico marca tu destino y debes mostrarlo a todos como salvoconducto social. Exhibirlo como una chapa, una pretenciosa credencial o patente de corso, que te autoriza a mirar por debajo de tu alcurnia al resto de la humanidad.

Fue así como hube de comenzar mis estudios. Mi vieja me insistía en la necesidad futura de *chapear* al universo. Cuando decía *chapear*, se refería a ese hábito que tienen los policías, militares, políticos y funcionarios o profesionales de mostrar su credencial (cuyo significado se asimila con el de la *placa* o *chapa* de los agentes del orden). Con ello aspiran a demostrar autoridad, ascendencia, poder y dominio ante los otros. «En este país, mi querido Alcides, un título sirve para *chapear*, abrir puertas y cerrar bocas», insistía la mamá.

Pero hace exactamente dieciocho meses logré zafarme del suplicio de las aulas. Pudo más mi convicción de ocio genético que la presión familiar y social. Deserté en cuanto pude desprenderme de quien me obligaba a tal suplicio, a cambio de haberme dado crianza, habitación y cobijo.

Dejé la casa de mi madre y paralelamente aban-

doné aquel infierno de «nulidades engreídas y reputaciones consagradas», así lo calificó alguien. En honor a la verdad —quizás deba más bien escribir en ‘horror a la verdad’— había pasado casi dos décadas deambulando por los pasillos y cafetines de la universidad donde aspiraba a obtener mi *chapa*. Casi llegué a convertirme en un estudiante profesional, estudiante que por cierto no estudiaba, discípulo que nos condiscipulaba, calentapupitres, casi siempre auxiliado financieramente por los mendrugos que me lanzaba el partido político al cual me afilié desde que fuera yo un adolescente; un imberbe que jugaba a la militancia en la izquierda guabinosa; un palurdo paleta con ansias de gloria y heroísmo; un manteco patudo, roto, con sueños de grandeza fácil. Me nombran desde mi bautismo Alcides Arcadio. Llevo los apellidos de mi madre (Barcarola, primero) y la inicial del de mi padre (I.) después. Ese soy y aquí aparezco y comparezco.

Alcides Arcadio Barcarola I.

Ha sido mi elección llamarme así, aunque mi certificado de nacimiento y mi documento de identidad indiquen que el orden de mis apellidos es al revés de como yo he decidido hacerme conocer en el mundillo de la prensa. Sencillamente, porque mi madre fue mucho más importante en mi vida que mi padre. Ella siempre estuvo. Él, apenas para concebirme y dejarme la confusa impronta de su estirpe familiar: no fue más que un donador de apellido, como si con eso fuera suficiente. Lo

digo sin que me pese: mi padre fue un ornitorrinco con voz, un tripanosoma cruzi: bebedor empedernido y cantamañanas; es decir, hablador de leseras, como se diría en Chile. Desconozco si aún vive, pero tampoco he hecho nada para certificarlo. Merecía que su apellido pasara a un segundo lugar, incluso a una ambigua inicial **I** latina que pueda significar muchas cosas: Irusta, Imbécil, Iturralde, Irresponsable, Iñigo, Invisible, Itriago, Intruso, Indurain, Intrascendente...

He trashumado ya por varios empleos. Todos menores y despreciables. Oficinas de mercadeo y publicidad. Empresas de relaciones públicas (a veces más públicas que públicas). Equipos de redacción en diarios de baja ralea. Departamentos de comunicaciones en corporaciones editoras transnacionales.

Podría calificármeme de semicomunicador social *matatigres*. Un *matatigres* es en Venezuela una persona que vive de hacer labores a destajo aquí, allá o donde consiga. Lo que se dice un todero itinerante.

Nómada del laburo. Diletante de la faena. Saltimbanqui de oficio.

Así he sido yo, porque mi militancia política en un partido de izquierda supuestamente radical ha servido de piedra de tranca cada vez que intenté conseguir ocupación estable en alguna empresa privada importante.

Quienes por alguna razón se apiadaron de mi vacancia_vagancia me dieron hasta ahora puras migajas del oficio, los cargos que nadie desea, el de-

tritus laboral de la peor calaña. Aquellos puestos en los que he debido pasar largas jornadas haciendo llamadas telefónicas, a los medios, a personas, a máquinas contestadoras que jamás contestan, es decir, en realidad son artefactos receptores de mensajes, aderezados con grabaciones imbéciles. «Si conoce la extensión con la que desea comunicarse, márquela. Si busca información sobre empleo, haga clic en el cero. Si desea enviar un fax, pulse el uno...». Cachifas o asistentas electrónicas. Servidumbre virtual ineficiente.

Tuve además hartura y hastío recurrente del trato con recepcionistas amargadas y amargados. Y eso cuando no hice el idiota pasando comunicaciones con rutinarias gacetillas y boletines repletos de repeticiones tomadas de las redes sociales, o enviando tarjetas de invitación para eventos intrascendentes, bufos, superficiales, fatuos.

No digo nada de las veces que me correspondió incluso hacer de recortador de noticias, información o avisos clasificados en la prensa. Me ocurrió cuando realicé la primera pasantía ocupacional por la empresa encargada del transporte subterráneo en Caracas.

—Buen día, ¿dónde estudia? —me preguntó aquel caballero, con un acento peninsular inconfundible, debido a la pronunciación de sus eses.

—Mejor, mal día, hombre —intenté bromear—, en la Universidad...

—¡Cuánto le falta? —ignoró mi humorada y me miró con desprecio.

—No sé, depende de cuántas veces quienes protestan encapuchados decidan que ese día no hay clases.

—Despreocúpese, aquí sí que hay trabajo.

—Bueno, a eso he venido, ahí tiene mi currícul.

—Mañana comienza, manejará tijeras, engrapadora y goma de pegar.

—Esperaba una pauta —le aclaré, a ver si había algo más atractivo que aquel oficio de difuntos—, meterme en la candela, buscar noticias, redactarlas, publicar primicias. [por mi cabeza pasaron en veloz sucesión vagones del metro descarrilados, suicidas decapitados en la vía férrea, partos entre una estación y otra, cortes repentinos de la energía eléctrica, incendios de vagones..., todo eso que se ve en las películas o teleseries].

—Esta es su pauta y su candela: recortar las noticias más relevantes de los diarios, convertirlas en pegatinas y fijarlas en la cartelera de la recepción. Sin tienen que ver con el metro y son buenas, enmarcarlas con tinta roja. Sin son malas, desecharlas.

—¡Pero, señor, quiero hacer de periodista, no de huelepega!...

—Dicho, si no quiere, no venga mañana. En lugar de huelepega terminará siendo lameculos o gilipollas. Buenos días, chaval; ¡señorita, que pase el siguiente!

Lameculos no aspiraba seguir siendo. Gilipollas tampoco me llamaba la atención.

Fui huelepega por doce largos meses.

Y no puedo negar que había logrado un ascenso. Porque antes había sido yo huelepedos de una señora.

No puedo obviar en este relato esa otra labor que anteriormente había desempeñado como recolector de información noticiosa o publicitaria en la Internet. Lo hice para complementar las migajas que me asignaba mensualmente mi organización política.

Lo cierto es que la dama que pagaba mis honorarios jamás estuvo conforme con mi actividad. Se enojó hasta más no poder el día que le pasé la noticia sobre el bautizo de un libro. Es posible que en realidad me haya excedido esa vez. No me conformé con transferirle electrónicamente la reseña tal y como la había extraído de la página en que apareció.

Me divertí alterándola a mi antojo, parodiándola, añadiéndole algunos ingredientes humorísticos que supuse la harían más interesante. Ni siquiera recuerdo el título del libro. Y mucho menos el del autor o autora. Pero hice y deshice a mi antojo con aquel recuento de cómo transcurre la presentación de un libro en Venezuela. De allí que haya sido esa la más breve de mis estadas ocupacionales. Por la noche visitaba decenas de páginas web o diarios virtuales; por las mañanas, muy temprano, debía conectarme con mi empleadora para transmitir, a través de un documento de correo electrónico, la información compilada y clasificada. La señora era dueña de un noticiero que vivía de plagiar y aderezar las noticias y reseñas del resto de los medios. Y yo era su esclavo recolector.

Aquella gracia sobre el bautizo con que quise hacerla feliz me resulto morisqueta. La muy condena-

da me echó. Despedido sin derecho a réplica. Y sin poder decir ni ñe. Ni siquiera me pagó esos últimos honorarios. Me salió costosa la tremenda.

Sin embargo, aunque mecánica y latosa, la experiencia me facilitó enterarme de asuntos interesantes sobre la profesión-chapa a la que yo aspiraba.

Ella me aseguraba, por ejemplo, que será ese el futuro de este oficio que he escogido. Vaya destino para una profesión universitaria. Qué chapear ni qué carajo. Ser periodista será lo que se dice un incierto y oscuro horizonte virtual y digital. Digital por los dos costados: por los dedos incesantes sobre los teclados y por los dígitos que deben combinar los programas informáticos para procesar cada dato, palabra, cosa o afines. Incierto porque todo en la Internet lo es. Y oscuro debido a que, dentro de una brumosa habitación, seremos cuerpos confinados a la inamovilidad casi total frente a una pantalla. No pasará mucho tiempo sin que los comunicadores seamos unos cerebros desaprovechados de los cuales sobresalgan apenas dos manos obsesivas que clican sobre un teclado, un par de ojos bailoteantes que se enrojecen ante los destellos de una pantalla.

Eso llegaremos a ser. Un rebulicio de palabras clave y códigos de acceso. Mútilos en los que apenas sobrevivirán unas mínimas funciones cerebrales.

Y, paradójicamente, a las pantallas he debido volver ahora. Aunque ya no escudriño sitios digitales en busca de notas de última hora, estadísticas y

curvas. Ahora me relaciono mejor con el computador. De día investigo. Por la noche, ocupo largas jornadas redactando mis hallazgos acerca del caso en que actualmente trabajo. Se trata de un suicidio o un asesinato. O de ambos. Aún no lo sé. Todavía no tengo certeza respecto al origen de esa muerte.

Lo cierto es que alguna vez me dispuse a estudiar comunicación social, pero no porque me gustara algo de lo que he hecho antes de comenzar esto en que me desempeño ahora. Me engolosiné con la idea de ser reportero investigador, eso fue después de que salí del bachillerato. Clásico cronista de sucesos. Observador de cadáveres yertos y despatarrados. Buscador de pistas para dar primicias sobre asesinatos insólitos o descubrir desfalcos financieros maquinados por personas presuntamente honorables.

De adolescente, imaginaba mis ojos cansados, hurgando en la nocturnidad de la principal morgue de la ciudad. Mi cuerpo vivo deslizándose subrepticamente por cada resquicio de ese lugar repleto de muñecos tiesos y malolientes; mirando con ansiedad las etiquetas atadas al tobillo de cada uno, a ver si localizaba algún nombre importante. A la búsqueda siempre de un *tubazo* que me sacara del anonimato.

«Un *tubazo*, chicos, es en jerga periodística una noticia fresca y exclusiva, casi patrimonio de quien ha logrado obtenerla y publicarla». Eso había dicho ella y en eso divagaba yo mientras atendía la clase

de aquella profesora que además estaba encargada de la sección de sucesos de un diario. *Tubear* era en esos días mi horizonte como redactor de noticias relacionadas con fallecimientos, desastres naturales, matanzas colectivas. Hacerlo alguna vez con algo que valiera la pena y le aportara a mi disminuido ego entrevistas por la tele y la radio o comentarios en las redes sociales. Obtener millones de *me gusta* y reenvíos. Ser yo mismo la noticia sobre otra noticia. Desempeñar eso que llaman periodismo selfi. Noticiarme yo mismo. Un tubazo era mi camino dibujado sobre el cuaderno en el que tomaba las notas de aquella clase, de las pocas en que alguien había logrado interesarme.

Sin embargo, todas esas ilusiones se derrumbaron cuando el aula se volvió más bien una tortura en(j)aulada: grandes salones enigmáticos, abofeteados por el bochorno, castigados por la displicencia generalizada y el sol inclemente, que hería cada pupitre a través de un ventanal izquierdo que miraba hacia los jardines. Jaulas con cuarenta o cincuenta cuerpos repachingados, algunos bastante hartos de escuchar a docentes de discurso banal, bueyes pedagógicos abúlicos, «dictadores de clases», inútiles en sus charloteos, pero impositivos en sus requerimientos y, aunque no siempre, a veces tercos repetidores de cosas sabidas.

«Analicen bien la página de portada —dijo una de las pocas profesoras amenas de la Escuela— donde dan el tubazo sobre la muerte de la poeta. Detallen bien el antetítulo, por favor».

Varios de los demás docentes solamente cabrían en una palabra: estancamiento. Cómo olvidar, por ejemplo, nuestra rutina de atender las historias sobre las veces que los *teachers* ya maduritos y de rostros remendados se habían casado o divorciado.

U otras sandeces de esa naturaleza que solo interesaban a ellos y ellas.

A veces debíamos poner a trabajar nuestras confundidas neuronas en comprender los contenidos de unas amarillentas fichas en las que alguien resumía todo lo que habían estado repitiendo durante más de treinta años en las mismas aulas, con similar vestimenta, solo que ahora con la voz cada vez más enronquecida y apagada.

—Lean lo que ella tuiteó antes de meterse el cañón de la pistola en la boca. Lo que se llama un aventón lírico increíble, chicos. Con un solo verso de ciento cuarenta caracteres avisó a sus seguidores sobre lo que haría.

[@poetafeminista si al averno se ingresa con el paladar destrozado, el porvenir pernocta en la velocidad fugaz de un fuego que atravesará mi lúcida garganta]

Cuando no era que algún colega cómplice del de turno nos anunciaba sus ausencias por andar en otras actividades privadas.

—Bachilleres, la profesora Rotunda está en un congreso. Es ponente.

Nunca supimos qué «ponía». Huevos no serían, aunque luciera algo gallinácea.

—Hoy no ha podido venir el profesor Abundio.

Tiene una charla en el Instituto Freudiano de Pasiones Supremas.

Suprema Caligüeba o desgano total, pereza no perecedera era lo que captábamos de aquello.

—Atentos, en el cuerpo de la noticia, a las ambigüedades ofrecidas por la compañera sentimental de la poeta. Esa sí que nos enamoraba del periodismo con sus palabras: su sola voz era suficiente para que la miráramos alelados, entregados a su discurso. Aclaro que también ella era poeta. Ya había publicado jun par de volúmenes.

Pero vuelvo a lo otro: lo peor de todo es que Rotunda nada tenía de ídem. Mejor que se la hubiera llamado «Rotonda», por lo gordita. Y Abundio, ni hablar, era más bien «escasio» de ideas.

A veces hasta teníamos que enterarnos del nacimiento de algún miembro de la descendencia de algún jefe del departamento.

Hubo incluso uno con porte de galán de la tele que se regocijaba contándonos las peripecias legales del equipo de béisbol del que era copropietario. Nada que ver con su presunta especialidad en periodismo de opinión.

Otra no mermaba palabras para relatar su rutina cansona en el canal gubernamental de televisión de cuya junta directiva formaba parte.

La que era más ama de casa que docente, Marujina, constituía una permanente fuente de quejas sobre la condición de la mujer divorciada en las sociedades latinoamericanas. Aquella que ya cuarentona debía abandonar el hogar para irse a trabajar y seguir man-

teniendo a los traviesos e incurables retoños, herencia del marido rochelero, vagabundón, amancebado durante algún descenso hormonal con alguna chica de mayor experiencia camasutril.

Ni hablar del reputado y casi anciano reseñador que confesaba estar allí solo por el hecho de «contagiarse de juventud», aunque sin hacer nada por insuflar en los demás su sabiduría como especialista en eventos de la alta sociedad. Sabía, sabía... y sabía mucho. Era evidente, pero ya no lograba cautivarnos, con su tono de buey cansado.

Superlativa ladilla, que decimos coloquialmente, o sea, hiperaburrimiento. Aunque, de verdad, aclaro, a veces creo que era más yo que ellos. Gracias a mi neurastenia recurrente, me sentía desubicado, sin centro sobre el cual girar, y achacaba la culpa a los docentes.

O sea, tal vez no fuera tanto por ellos, sino por mí, pero casi ninguno de los profesores o profesoras con quienes me correspondió estudiar sirvió de modelo profesional para aquello a lo que alguna vez aspiré.

Salvo ella.

Ella, porque era una diosa, especialista en muertos. La admiré desde que lo dijo sin ningún tipo de rubor:

—Díganme Eloína, la Necrofílica, o la Nigromántica si quieren, pero alguien debe hacer este trabajo...

Sin darme cuenta, en pleno siglo XXI, abrumados por la telefonía móvil, las tabletas, los com-

putadores por doquier, había yo ingresado a una escuela universitaria en la que todavía se pretendía enseñarnos a reportar la información mediante el uso de viejas y desvencijadas máquinas de escribir. Fuera de la «sala de prácticas», inventábamos chistes en los que apodábamos doña Tecla a la guía.

«Es para que las conozcan —decía la profesora Agripina— por si alguna vez se les presenta la oportunidad de ser corresponsales de guerra en algún desierto. En el campo de batalla no hay lugar para *laptops* ni para celulares mágicos».

Agripina parecía ser una persona bondadosa, y también el cuerpo más notable de toda la Escuela. Algo más voluminosa que misia Rotunda, abultada con hartazgo y de estatura descomunal. Inmensa, gigantesca, aunque de sonrisa angelical. Rostro griego severísimo. Fungía cual la regenta superiora del desmirriado salón donde debíamos aprender el arte del diarismo. Nos daba risa saber que los periódicos más reputados del planeta ya estaban circulando en formato digital, mientras aquella gigantesca docente se empeñaba en que afiláramos las puntas de los dedos para aprender el arte de la mecanografía. Eso sin decir nada de los antiquísimos micrófonos utilizados en las clases de locución; me recordaban aquellos de que se valían las antiguas orquestas de los años cincuenta del siglo pasado. Y todo se debía sencillamente a que, acogotada por el gobierno de turno, la «Escuela» no tenía dinero suficiente para adquirir equipos más avanzados.

También había otros rumores y comadreo, no necesariamente ciertos, pero que circulaban entre unas dependencias y otras. Murmullando o en alta voz, con susurros en los cafetines o gritos durante las asambleas, la dirigencia estudiantil refería que varios de los directivos de la Escuela preferían consumir el presupuesto en banalidades menos tecnológicas y más rentables para ellos. Nunca supimos a qué se referían, pero ese era el ambiente.

Alcides Arcadio Barcarola I.

Reportero de sucesos culturales.

Sección de Entretenimiento.

Diario el-imparcial.com.

C-e: barcaroleando@bromail.com

<http://elimparcial.com/blogueros/>

barcarola_inquieto

Twitter: @barcarolr

Ante ese panorama, en ocasiones pensaba haberme equivocado de carrera y suponía que mejor habría resultado ingresar en una academia de detectives. Pertenecer a un cuerpo de inteligencia, a una secta secreta de buscamos y cazaculpables. Debí ser policía en lugar de comunicólogo, seguro que sí. Hombre de chapa, pero de chapa policial, ojo de vidrio, cabello teñido, gabardina y sombrero ladeado, un Poirot tropicalizado o un Columbo. Pero eso ya es asunto que no tiene solución. Actualmente soy todo lo contrario a la tipología televisiva de un exitoso héroe investigador. Nada

que ver con Maikjámer ni con Yeimsbón. No es fácil describirse uno mismo, pero muy cercano creo estar de la fotografía que en el siguiente párrafo dibujo.

Me observo en el espejo y veo a ese hombre moreno que soy yo, de rostro pálido (*majincho*, *jipato*, diría mi abuela, utilizando esos venezolanismos que significan «pálido»). Individuo de 44 años que detesta la formalidad de los estudios universitarios. 1.62 de estatura. 65 kilos. Calvicie prematura desde los treinta. Ventrudo. Envejecido, huesudo, casi caquéxico —como diría un médico o médica—, de ojos cansados y párpados caídos, ojeroso, marcados surcos nasolabiales que presagian una senilidad adelantada, con unos pronunciados camanances cada vez que forzosamente debo sonreír. Vestido casi como un indigente. Rostro severo y ceño muy fruncido. En fin, un adefesio social con carné de periodista, una bazofia comunicacional que apenas aspira a sobrevivir.

No obstante, ese no es el tema de este relato. Soy el narrador, nada más. No debe importar al lector cómo luzco. No es mi autorretrato lo que aquí debería ofrecer. Mejor insistir en que es esta actividad de ahora la que más estoy disfrutando. Y se lo debo a ella, la profe que logró cautivarme. Por fin algo digno de mis expectativas. Arriba les he mostrado mi nueva tarjeta de presentación.

Antes de que alguna lectora lo reclame o se inquiete, acepto y confirmo la paradoja: mi tarjeta dice «Entretenimiento», aunque, como he dicho,

para esta historia, investigo una muerte misteriosa, quizás poco entretenida para algunos, aunque...

«La parca es una diversión para el diarismo de este siglo, un lugar común de esparcimiento que alimenta a todos, informadores y lectores, menos a las víctimas».

Ella lo decía de esa manera cada vez que alguien le preguntaba por su curiosa especialidad. Y no le faltaba razón. Al menos así es en el medio virtual para el que trabajo en este momento: www.el-imparcial.com.

Nada imparcial es este diario, por cierto. Quieren que descubra yo lo que el director desearía que hubiera ocurrido. La víctima se llamaba Febricio Persa. Si el resultado de mi pesquisa difiere de tal anhelo, habré de arreglármelas para complacerlo sin mentir. Menudo ejercicio.

Para ser franco, me han puesto aquí, porque nadie del personal de planta quiso desempeñar la misión que me han asignado. Yo sí que acepté nomás recibir el mensaje electrónico de mi antigua y admirada profesora Eloína, (a) la Necrofílica, la misma que me había ayudado a saber qué tarea desearía yo desempeñar como futuro periodista:

Hola, Alcides Arcadio: ¿Recuerdas aquella noticia que revisamos en alguna de mis clases sobre la misteriosa muerte de la poeta lesbiana? Nunca se resolvió. Esta que ahora te cuento se le parece. No será fácil, aunque seguramente te gustará. Siempre has querido investigar profesionalmente un suceso como este. Nadie sabe cómo, pero el hecho es innegable. Fuera suicidio, muerte accidental o

natural, nunca se supo qué ocurrió, cómo se desencadenó. Misterio, enigma, acertijo inconcluso.

Hace más o menos dos años cremaron al protagonista, fue su deseo en vida. Él siempre odió los catafalcos y los panteones; por lo tanto, un año antes había dejado escrito que «cuando corresponda, incineren mi cuerpo en hornos de alta presión». Cero epitafios ni pomposos velatorios; nada de flores ni rezos. Y dicha voluntad se cumplió sin vacilaciones. Uno de sus discípulos se encargó con mucha diligencia de que así fuera. En consecuencia, no se podrán exigir exhumaciones, análisis post mortem ni extemporáneas pruebas de luminol en su habitación o en el macadán sobre el que cayó su cuerpo. Casi como de novela negra: investigar una ya antigua muerte, sin cadáver y habiéndose esfumado todas las evidencias. Ni siquiera «solo cenizas hallarás», fueron lanzadas al aire, regadas al pie del tepuy Roraima. Esa fue otra petición del occiso. A tu medida, pues, llámame o guasapéame si te interesa, Eloína, +58 418-2200000

Homicidio disculposo

El presunto «escritor-autosuicida» (así fue bautizado después de su deceso) trabajó en su juventud como director del diario. El hecho, su decisión y el modo como ocurrió todo fueron periodísticamente «encochinados» por la maledicencia carroñera de sus adversarios y el amarillismo reporteril. Rumores de toda calaña. Voces que susurraban y cuchicheaban acerca del suceso. Según el diagnóstico forense era obsesivo compulsivo y neurasténico. Ignoro cómo podría inferirse eso de un cadáver, pero eso decía el informe. En realidad, la víctima no llegó a ser el gran novelista que siempre quiso, aunque sí logro reputación como parricida. Sabía hacerse notar con declaraciones estrambóticas, sensacionalistas, principalmente cada vez que se percataba de que en el panorama literario local estaba comenzando a olvidarse su nombre.

Era de esa categoría de hombres de letras capaces hasta de planificar y anticipar su propia biografía y construir para la historia su ascendencia, sus vínculos con glorias pasadas.

Desde joven midió uno a uno sus pasos, hasta que logró elaborarse una vida de padecimientos y persecuciones políticas que jamás ocurrieron, aunque todos, críticos, lectores y profesores terminaron creyendo y repitiendo. Así lo registran también los manuales, las historias locales de la literatura.

A juzgar por sus propias y muy diversas declaraciones, provenía de una familia de héroes de la clandestinidad política:

Bisabuelo, montonero rebelde enfrentado al general José Antonio Páez, (apodado) el Centauro de los Llanos, hombre fuerte durante el proceso independentista.

Abuelo, sempiterno adversario del tirano Juan Vicente Gómez, (apodado) el Bagre, primer dictador venezolano del siglo XX, zamarro, cerrero, agresivo, inescrupuloso.

Padre, perseguido y encarcelado por defender sus ideas y rebelarse contra el dictador tachirenses Marcos Evangelista Pérez Jiménez (apodado) el Gordito del Táchira, por cierto con muy poco de «evangelista».

No obstante, él, nuestro real personaje, jamás fue a prisión alguna, pero imaginó e hizo creer a todos que, como otros novelistas venezolanos que sí padecieron ese presidio, había pernoctado en la misma celda histórica de la cárcel de La Guaira en que alguna vez estuvo encarcelado el precursor de la independencia de Venezuela, Francisco de Miranda. Nunca abrió los labios para oponerse al autoritarismo. Sin embargo, los diccionarios de literatura expresan que fue perseguido y acosado por un gobierno venezolano del siglo XX, hasta haber merecido el exilio, la expatriación, el desprestigio de su honorable línea genealógica. Pamplinadas, pero pamplinadas que hemos terminado creyendo y registrando como verdades absolutas en los recuentos.

A sabiendas de que el sufrimiento y el arrojo de un escritor son seguros pasaportes a la fama, no se sabe cómo, convirtió una beca del gobierno en expatriación o exilio y en un caudal de presuntos padecimientos en defensa de su «dignidad mancillada». Nunca supo de censuras hasta que se inventó una él mismo y acusó al alcalde de turno de prohibir un artículo suyo y ordenar recoger el diario en el que se había publicado. Nadie llegó a ver el texto proscrito, pero así lo han consagrado los libros de historia del país y pocos cultores de la literatura dudan del heroísmo de su autor.

Me lo aclaró la profesora Eloína, cuando la llamé: «En busca de reconocimiento, supo construir su propia épica con la intención de hacerse un escritor relevante».

Lo que sí es cierto es que falleció en extrañas circunstancias y aquí intentaremos buscar las razones para que haya decidido lanzarse, ser lanzado, o caerse —no lo sabemos— desde ese piso tres en el que habitaba. Asumiendo, sin investigarlo a fondo, que fue un suicidio, la crónica roja destacó tres posibles móviles.

1. Frustración motivada por el dictamen negativo sobre un premio al que aspiraba.
2. Furia incontenible, es decir, magna arrechera, frente a la deslealtad de algunos de sus acólitos.
3. Doblegamiento y debilidad ante el feroz avance de una enfermedad que le impedía reconocer su propio rostro en el espejo.

En cualquier caso, todas remitían a un problema de identidad. Uno de esos diarios digitales sensacionalistas, *elnuevodia.com*, competencia de *el-imparcial.com*, tituló y sumarió aquel acontecimiento con saña atroz y mucha ironía:

**AYER QUEDÓ EN NUNCA
LA POSIBILIDAD DEL PREMIO**

**FALLECE FEBRICIO PERSA, ATORMENTADO POR
SER IGNORADO O POR DESCONOCERSE A SÍ MISMO**

5

El (o)caso

Ocurrió la misma tarde del jueves en que se conoció la noticia que adelantaba los títulos de las cinco novelas finalistas. Él estaba en la esperada lista de seleccionados, como en las seis convocatorias previas. Sin embargo, algo le hizo presagiar que su deseo sería frustrado de nuevo.

Aquel cuerpo en caída libre desde una altura superior a diez metros opacó cualquier expectativa acerca de la decisión final.

Finalmente, la policía reportó desconocer la causa de tan drástica determinación. Y he escrito «drástica» por no añadir más sarcasmo al asunto; es palabra que he leído en el expediente.

Según marchan mis indagaciones hasta hoy, no pareciera que haya sido verdaderamente un suicidio, ni tampoco que aquello fuera propiamente drástico. No tengo aún la evidencia suficiente, apenas he logrado recopilar algunos indicios que pudieran demostrar una opción distinta.

La desaparición súbita de Febricio Persa es todavía una nube plagada de incertidumbre, un hecho neblinoso sin respuesta definitiva. Un oscuro delta de alternativas y caminos divergentes.

Esa hipótesis superficial y cómoda de la muerte voluntaria con que la prensa cerró el caso y legitimó el ocaso de mi personaje, la misma que han explotado hasta el cansancio otros medios,

no resulta convincente. Creo que hubo algo más, otra causal, algún móvil colateral, un motivo que se oculta más allá de una posible depresión originada ante la posibilidad del fracaso inminente. Sobre algún padecimiento mental tampoco hay evidencias determinantes.

¿Le informó algún malintencionado colega que no era él el elegido cuando en realidad sí lo sería?
¿Fue acaso un homicidio-suicidio concertado desde alguna relación amistosa o amorosa?

6

Informe forense

«Con fecha ~~xx de xx de xx~~ (tachado, obviado), siendo las 11 horas, los peritos médico-legistas que suscriben, asistidos por el auxiliar especializado del Cuerpo Técnico de Policía Inteligente, señor Pompilio Juntacadáveres, nos constituimos en el Instituto de Medicina Forense, en cumplimiento de la disposición dictada por el señor fiscal designado para el caso, según la cual se nos comisiona para practicar la autopsia médico-legal al cadáver del señor Febricio Persa, de profesión poeta y escritor, según declaratoria de los testigos.

El examen de los restos fue practicado en el pabellón de cirugía del Departamento de Anatomía Patológica de este referido Instituto, en cuya mesa principal, yaciendo sobre una camilla de campaña, de lona rústica, y cubierto por una gruesa manta, permanecía el cadáver del vate y plumario en posición decúbito supino.

La autopsia fue presenciada por un grupo de reconocidos plumistas nacionales que así lo solicitó previamente, además de varios familiares del fallecido, cuya identidad total (de ellos) consta en el respectivo documento de ingreso a este recinto.

Observaciones

Cadáver de sexo masculino que se aprecia vestido con sobretodo y terno de gala, mostrando

retintas manchas sanguinolentas impregnadas de sustancia cerebral con notable atrición. Restos de espesa sangre son también detectados en la parte posterior izquierda de la cabeza, con derivaciones hacia el antebrazo derecho y el hombro ídem, prolongándose las salpicaduras hacia todo lo ancho del chaqué que vestía en el momento del fallecimiento.

El rostro se percibe congelado en una última casi desganada sonrisilla, con arrugamiento de ceño y pliegues nasogenianos en los carrillos, rasgos estos que perfilan una muy factible personalidad obsesiva, compulsiva y neurasténica. Ropas interiores profusamente manchadas de orina, lo que puede significar que hubo micción posible durante el evento que condujo a la muerte. Es probable que su miembro viril haya expulsado tales emanaciones durante el trayecto de alguna caída brusca de espaldas, dándose así el todavía no occiso, un impactante trasero.

Examen externo

Mirada triste, melancólica, que se aprecia al abrir los ojos del cadáver.

Pulpejos de los dedos de la mano izquierda marcados por restos de una sustancia negruzca que parece pólvora. Se sugiere prueba *post mortem* de parafina.

Hematomas a lo largo de la región ínguino-abdominal derecha y prominencias que sobresalen a lo largo de la parte superior izquierda de la espalda, a la altura media del omóplato del mismo lado,

como si en vida se le hubieren propinado múltiples golpes y ofensas, a juzgar por la rigidez de los labios, el ceño arrugado y los músculos laterales del cuello muy templados. Se ratifica neurastenia, que probablemente haya sido crónica.

Alrededor de la cabeza, restos de masa encefálica que muestran neuronas endurecidas posiblemente por una feroz y furibunda rabia desarrollada antes de una gran sorpresa recibida con anterioridad al fallecimiento.

Brazo izquierdo marcado por la misma sustancia negra descrita arriba, antebrazo derecho con notables traumatismos, quizás debido a caída que pudiera haber ocurrido desde una altura considerable.

En la región submentoniana, inmediatamente a la izquierda de la línea media, detrás del borde inferior del hueso maxilar inferior, se aprecia orificio de entrada de proyectil.

Base del cráneo marcada intensamente por lo que debe haber sido un doloroso golpe generado por impacto de caída del cuerpo completo al vacío.

Etcétera... [El resto de esta sección del informe forense es irrelevante para esta averiguación y este reportaje].

Mano derecha apretujada y contentiva de un pequeño trozo de papel en el que puede leerse manuscrita la incomprensible expresión:

«La biografía del otro iconoplasta tampoco me pertenece. Amén».

Conclusiones

Cadáver de comprobado sexo masculino que parece pertenecer al ciudadano que en vida declaró llamarse Febricio Persa, nieto del ilustre plumista Avelino Persa —según han hecho constar sus amigos plumarios— cuyo oficio más conocido también fuera el de rapsoda, es decir, poeta versificador, hacedor de metáforas y tropos.

Duda este equipo si la causa del fallecimiento fue el disparo que aparece reportado en el expediente o la caída desde las alturas. Si se precipitó al vacío luego de haber recibido el disparo. O si le dispararon después de haberse descoyuntado debido al impacto del cuerpo sobre el pavimento. La declaración de la única testigo, la conserje del edificio, es confusa en cuanto a si lo que escuchó fue un golpe o una percusión de arma de fuego. Según reza el expediente, ella afirma que los golpes en gallego suenan como los disparos y que en su Galicia natal los disparos parecen golpes galaicos asestados a alguien en lontananza.

Puede asegurarse, eso sí, que el cuerpo ahora cadáver aún insepulto, pero en vías de cremación, recibió el impacto de la bala desde una cortísima distancia, tal vez a quemapiel.

Aunque hay evidencias de presunta pólvora en la mano y brazo izquierdos, se hace difícil asegurar que pueda haberse disparado a sí mismo o que le hubiesen disparado un arma de fuego cuando ya su yerto y muy muerto cuerpo estaba sobre el piso.

Informe de balística. El peritaje indica que «hay

orificio de salida», pero no de entrada del proyectil, lo cual podemos desmentir. ¿?

Firmas en archivo, a fin de resguardar a los informantes.

Nota del editor

Mi primera inferencia es que nada se resuelve acudiendo a los abstrusos, abstractos e imprecisos informes redactados por forenses y policías. Se sugiere acudir a la imaginación, si se pretende resolver el enigma que ha rodeado el fallecimiento del caballero poeta y escritor Febricio Persa.

Sigue el misterio.

Y, claro, continuará el reportaje de incidentes.

7

Premio sin apremio

El contenía los mismos clichés de siempre: «Ha sido una labor deliberativa ardua, dura, pero grata, placentera e impoluta, sin sesgos ideológicos; la concurrencia de obras rebasó las expectativas del jurado y muchas de las obras participantes merecían el galardón por su calidad y altísimo nivel; con mucho dolor hubimos de elegir algunos finalistas, lo que no fue una tarea fácil; a alguien teníamos que seleccionar, porque el premio no puede declararse desierto; la de este año ha sido una de las oportunidades de mayor participación, lo que da muestras de la fortaleza, robustez y tendencias de la literatura en lengua española contemporánea; una vez leídas concienzudamente todas las obras, hemos decidido otorgar el premio único a la novela...»

Busque usted al azar varias resoluciones de este tipo de certámenes y allí podrá apreciar las sesudas ideas de los jurados, plasmadas casi siempre en estas repeticiones infaltables.

Justo a la fecha de hoy él estaría allí recibiendo su galardón. Le correspondería dar el discurso que en este momento estoy escuchando en mi imaginación. Se habría desparramado en elogios, halagos, adulancias metafóricas y otros aditamentos edulcorantes hacia los miembros del jurado. A ello lo habrían obligado las circunstancias. Nada

menos podría haber hecho frente a un deseo recurrente hecho realidad, gracias a la persistencia, a su empeño en ser alguna vez el primero de la lista, el único, sin contrapesos. Esa habría sido la tónica ambigua y laudatoria de su fervorosa charla ceremonial, galopando sobre el lugar común de todo escritor que obtiene un premio.

Ve con mirada de profundidad intelectual hacia el público. Acude a la retórica protocolar con el rosario laudatorio y su correspondiente infaltable vocativo de siempre:

«Señor presidente, señora ministra, señor director, señores, señoritas y señoras, no soy digno de este merecimiento, pero una palabra final de ustedes ha bastado para salvarme».

«Agradezco a los señores del jurado la dura tarea para llegar a este honor que no merezco».

Toma con delicadeza el vaso de agua que le ha colocado la chica de protocolo.

«Me abruma la vergüenza de tener que aceptar que han sido injustos con el resto de los finalistas».

Se acomoda los espejuelos para leer mejor. Parece perderse la línea que estaba leyendo y eso le alborota el ánimo y parece entumecerle los nervios. La encuentra. Respira y continúa.

«Soy apenas “una brizna de paja en el viento”, una realenga hoja de otoño halagada por vuestra generosidad».

Con entonación pausada, comienza a sembrar la expectativa de que falta poco para concluir la lectura de su texto.

«No me han premiado solo a mí, es un homenaje a mis maestros, a mis queridos discípulos, a los consecuentes lectores...».

Interrumpe la arenga para dar paso al desahogo de los aplausos de la concurrencia. Saca con delicadeza el pañuelo para frenar el oleaje lacrimoso que desciende torrencial por sus mejillas enrojecidas y confluye con el sudor abundante que ha destilado la frente. Tiempo para observar que, en la parte más alta del auditorio, debajo del lugar desde donde se coordina el sonido, han colocado un afiche gigantesco con el rostro bigotudo, barbudo y pícaro de Rafael Bolívar Coronado.

Poco diferente habría sido la suya a la oratoria de ese farsante que, sentado a la izquierda del coordinador de los jueces del certamen, acaba de ser felicitado por el presidente y luce una sonrisa tonta, achinada y pueril, falsa para cualquier mirada suspicaz.

No puedo, no debo decir que tengo sospechas de algún otro de los que están en esa tarima acompañando al laureado. No había razones para que lo hicieran. Por lo menos hasta hoy, no husmeo motivos aparentes. Y en cuanto al público, es tan heterogéneo que cualquiera de los que están allí podría ser declarado culpable sin serlo.

Y de eso se trata este reportaje que he comenzado a escribir.

Ha sido estricta orden de quien me contrató que me asignen el espacio de un blog, uno de esos de que dispone el periódico.

Firmaré con un apodo: «Investigador submarino». Mi identidad solo la conocen el director y mi excepcional profesora y amiga. Semana a semana debo agregar la información que vaya obteniendo en el transcurso de mis indagaciones.

Será casi como un diario personal que poco a poco iré volcando a través de la red. Un reportaje de investigación ofrecido a los lectores por capítulos. Como en los tiempos de las novelas por entregas. Colgaré eso que los cibernautas llaman un *post* o un *podcast*, cada vez que considere que puedo agregar algo a la historia de este hombre que de escritor fallecido ha pasado a ser un personaje vivo en mis indagaciones.

¡Por fin soy un verdadero detective!

En cierto modo, también fue él un autor bastante frustrado, con un total temor al fracaso; es decir, atiquifóbico; como fallido comunicador he sido yo. No lo parezco, pero esa es la realidad. Aunque, eso sí, vivo frustrado, mas no aspiro a ser frustrante en esta ocasión. Tengo ya declaraciones de algunas lectoras tuyas que han dado evidencia del apego inevitable hacia varias de sus narraciones. Sus libros casi todos fueron editados por él mismo o por la pequeña editorial que siempre lo apoyó, gracias a la insistencia fastidiosa de algunos de sus alumnos, los chicos amables que lo escoltaron durante estos últimos años.

Nada despreciables las ediciones, nada contra la editorial que lo respaldó, pero el ser apoyado por un editor de poca monta y mínima influencia le

restó a Febricio Persa la promoción internacional que siempre anheló. Su estilo era verdaderamente incisivo. Ya he leído tres de sus libros y no lo dudo. Vengador, acuchillante, perverso, cínico, hiriente. Hombre de pluma filosa.

Por lo que he podido apreciar, cada obra suya era un machetazo al cuello de alguno de sus amables adversarios reales o supuestos. Entre ellos, el que le asignó el despreciable mote de *Iconoplasta*. Persa no escribió palabras, delineó latigazos lanzados con sadismo sobre las espaldas de sus personajes; por eso alguien lo motejó alguna vez como el Ficcionauta Flagelador. Y, en muchos casos, esos personajes eran la representación o aglomeración ficcional de determinados rasgos y características de colegas de la escritura, personas de la vida cotidiana o, incluso, familiares. Casi un José Rafael Pocaterra o un Roberto Bolaño del siglo XXI.

La investigación me ha venido revelando a un escritor verdaderamente obsesivo (casi todos lo son, a decir de Nathalie, una amiga psicoanalista, pero Persa lo era en extremo).

Al adentrarme en sus obras, su vida y sus deseos, he descubierto que jamás relató algo donde no apuntara sardónicamente hacia alguien de su entorno. Cada rasgo de algún personaje de su mundo de ficción tiene o tuvo su doble en la realidad en que le tocó convivir. A todos los dibujó con una malicia casi única en la literatura local. «Un enamorado enfermizo de la venganza literaria»,

ha escrito Sigmund Lacan, crítico y psiquiatra especialista en escritores suicidas.

Y estoy disfrutando la averiguación, porque me ha permitido desenvolverme en el trabajo en el que siempre quise estar. Es decir, estoy en la sección de «Cultura». Me han llamado para el caso de un oca-so. Aquí funjo de verdadero gacetillero sabueso. Me dispongo, pues, a comenzar esta aventura.

Intentaré decirles si en realidad ocurrió el suicidio, como se ha dicho hasta hoy. Habré de determinar si fue auténticamente un *febricidio*, modo en que lo describiera una revista a cargo de un editor irresponsable. O si existió alguna confabulación para obligarlo a lanzarse desde aquel tercer piso. Incluso, me obsesiona descubrir quién o quiénes pueden haber estado detrás de su muerte.

Lo digo en pocas palabras para que ya el lector sepa de qué va toda esta perorata. Me han asignado averiguar las relaciones entre la vigésima convocatoria del Premio Internacional de Novela Rafael Bolívar Coronado y la muerte del escritor hispanoamericano Febricio Persa.

8

Dos efusivos efebos y una doncella

*Investigador submarino
Indaga en aguas profundas sobre la muerte
misteriosa de Febricio Persa.
Lunes, enero 1, 2015.*

Hemos llegado a la conclusión de que algunos efebos de escritores consagrados son bastante malagradecidos. Su amancebamiento apenas se mantiene mientras consiguen alas para sí mismos. Adulan, seducen, babosean al supuesto padre literario y lo llenan de carantoñas públicas o privadas hasta que logran hacerse de actuación autónoma y desprenderse de su protector.

Febricio Persa fue, precisamente, un adorador de jovenzuelos o jovenzuelas.

Como suele ocurrir, ellos, sus alumnos acólitos, muchas veces lo utilizaron hasta que fue necesario para ellos.

Él los seleccionaba muy bien, con mucho tacto. Su actitud liberal y desprejuiciada en cuanto al sexo le permitió además cultivarlos sin preocuparse de que fueran chicos o chicas.

El más rastacuero de todos fue Julio Morales.

La más refulgente, carinocente y ambiciosa, Genoveva Colchester.

El posible adulante mayor, Joaquín Trincado Mata.

Pero, efebos al fin, reptiles de nacimiento, chupatraseros recurrentes, hoy todos son escritores mediocres, aunque aparentemente independientes. Y escribo «aparentemente» porque el karma de un escudero congénito es que no puede vivir sin alguien que lo cobije. En este caso, los tres lo han sido. En el mundo de la literatura, un efebo es una personalidad obsesa en eso de permanecer siempre arrimado a alguien que lo arrope y por quien soltar la baba de vez en vez.

Julito Morales, por ejemplo, ha sido un acólito miralejos y un aspirante a escritor con agallas de mercader expatriado. Sobreviviente a toda costa, no se detiene ante nada. Es mi tercer sospechoso, aunque todavía sin pruebas que lo inculpen.

Genoveva Colchester, la doncella del grupo, es jovenaza de mucho garbo, a todos cae simpática. Lo de doncella alude aquí a servidumbre, no a su virginidad, porque al parecer perdió ese atributo desde muy temprano, asunto usual y nada censurable en este tiempo. Pequeña, hermosa de figura entera, rostro angelical, aunque de pensamiento acre, oculto, fatídico, hipócrita; falsaria real de apariencia dócil. Algo limitada en su inteligencia, carece de dones intelectuales propios. Los que ostenta, los adquirió a duras penas («a duros penes» dicen los malhablados) de la sagacidad de Febricio, su protector. Indiciada número dos. Sin evidencia. Todavía.

Joaquín Trincado Mata no merece ninguna descripción mayor. Quizás el apósito de «barragán

zigzagueante» sea suficiente para presentarlo en sociedad. Sencillamente, siempre ha actuado cual «rata de dos patas», como el dedicatario del bolero que cantaba la mexicana Paquita la del Barrio. Joaquín «alimaña». «animal rastrero». Trincado Mata «culebra ponzoñosa», «escoria del destino», «maldita sabandija». Todos los epítetos y degradantes calificativos presentes en esa antimachista canción se ajustan a la perfección con la personalidad de Joaquín Trincado Mata. ¿Será acaso el primer imputado?

9

Efebo que busca la fama prematura

Investigador submarino

Husmea en aguas oscuras sobre la muerte

súbita de Febricio Persa.

Viernes, enero 5, 2015.

Julio Morales dejó Venezuela, su país de origen, hace algún tiempo. Se acogió al ala protectora de Febricio Persa desde que fuera estudiante de Letras, en la misma época en que yo vegetaba en la carrera de Comunicación Social. Nos correspondió compartir pasillos y algunos seminarios comunes a ambas carreras. Sin embargo, apenas recuerdo su estampa de alumno diletante, algo descuidado con su persona. Una altura ofensiva, refrendada por la flacura, envuelta dentro de una camisa mal abotonada y casi harapienta que le caía arrugada, sobre una ya prominente panza, de mangas largas recogidas hasta el codo; pantalón raído, abillantado por la plancha recurrente. Ambos (mancebo novicio y escritor consagrado) se descubrieron mutuamente en una sala de clases a la que Persa había sido invitado por el profesor Adriano González León a ofrecer una charla sobre el cuento en Venezuela. Me lo han relatado algunos de sus condiscípulos. Aquel encuentro significó algo así como adhesión a primera vista, contubernio *ipso facto*.

Ya Febricio Persa cargaba con la fama de haberse hecho un nombre a expensas de atacar incesantemente la reputación del escritor Rafael Bolívar Coronado. Desde muy joven, se había dedicado a molestar la memoria del autor de la conocida novela *Memorias de un semibárbaro*. Por ejemplo, acusarlo de plagio de su principal informante y conterráneo, el criador de ganado vacuno Antonio José Torrialba, o sugerir que era la esposa de aquel autor quien le escribía las obras. Nunca se enteró de que Bolívar Coronado fue siempre un célibe irredento.

Esa tarde en la que Julio Morales conoció a Persa, hincó la rótula derecha en el piso para asegurarle que era su escritor hispanoamericano más admirado; bueno, es un decir; sencillamente puso voz de sumisión, tono bajito y gesto de manos en el pecho: —¡Esas novelas tuyas, maestro, pensadas, reflexivas, contundentes, me traen de cabeza! —le dijo de entrada, con la voz pastosa.

—¡No sabe usted lo que he deseado encontrarme con su persona en estos pasillos y Zeus me lo ha concedido! Estoy abrumado, contrapavimentado, casi no sé cómo decirlo, es usted en persona tal como lo imaginé...

Lo relató el mismo Persa en uno de sus cuentos, intitulado *Mi amigo el febril estudiante*. No atribuye al personaje el nombre de Morales, pero desde un principio pareciera que se refería a él. O al menos puede sospecharse en ese cuento una fusión de sus dos efebos predilectos. Además, mi

interpretación ha sido confirmada por una exfollamiga de Morales. ¡Hombre, que también había chicas de mal gusto! En una entrevista que me concedió, ella añadió que Persa fue más bien medurado en la descripción de las escenas referentes a Morales, pero asegura que se trata del mismo personaje del cuento.

—Julio Morales era más jalabolas y adulón que una beata con un rosario. Cuatro bolas, primer misterio de gozo; seis bolas, segundo misterio doloroso; ocho bolas, misterio glorioso, diez bolas, misterio luminoso.

Me lo dijo con una sonrisa vengativa, de exmarinovia herida en su ego femenino. Sin embargo, la intuí sincera.

Casi tengo evidencia de que, desde lontananza, Morales estuvo implicado en la muerte de Persa. No digo que haya sido el victimario directo, solo que debe haber tenido alguna injerencia en el suceso. Dos días antes del fallecimiento de su antiguo bienhechor, envió un mensaje de correo electrónico que no he podido descifrar, pero que debe contener alguna pista importante. Lo encontró la policía, impreso, en una de las gavetas del escritorio del occiso:

«De: moralitos@falsapagina.com.es

Para: persistente@uuu.com.ve

Fecha: 31 de enero de 2013 23:01

Asunto: Nada será contra nada

Mi querido guía espiritual y literario Febricio:

Te escribo con el corazón fuera del pecho. Nada será contra nada. Todo ocurrirá a favor de otro. Despreocúpate por lo que resulte. Hay noticias por acá de un destino diferente para lo que tanto mereces. Como en la canción de Facundo Cabral, lo que deba ser será, mas algo otra vez, no ahora. Paciencia. Salu2 J. M.».

10

Morales busca a juro la fama con apuro

*Investigador submarino
Rastrea en aguas sucias sobre la muerte
cruenta de F. P.
Domingo, enero 7, 2015.*

Julio Morales vive en Barcelona de España desde hace cinco años.

Luego del inicial fulgurante encuentro con su primer mentor (Persa), poco a poco ha venido ganando lugar su búsqueda de colocación en el medio literario barcelonés. Mientras estuvo en Caracas, comenzó por escribir en algunos pasquines de la propia Escuela de Letras. También en periódicos de la capital y de la provincia. Se hizo oficiante recurrente de la zalamería hacia aquellos en quienes sospechaba alguna futura retribución. Decidió compartir su apego a Persa con otras figuras notables. Se «dis-persó» su gusto. Descubrió poetas, narradores, ensayistas y críticos en quienes vislumbró agradecimiento silencioso a sus jalandias de bolas. Un jalabolas es un adulante sin freno, también se le dice jalamecate. De los pasquines institucionales y regionales, fue huracánico el salto con garrocha a los suplementos literarios de los diarios capitalinos más pres-

tigiosos. Voló hacia la prensa nacional con sus remolinos de superficiales halagos a plumas reconocidas y, mucho antes de graduarse, aterrizó en las oficinas de la cultura oficial. No cesó en sus escaladas meteóricas, siempre con Febricio Persa y otros en sus palabras públicas. Escribió una disertación acerca del grupo literario Piso 3, vislumbrando que sus integrantes ocuparían muy pronto cargos importantes en la cultura gubernamental. Hasta que en la oficina para la que prestaba servicios se cruzó con la correspondencia de quien lo ayudaría a pasar el océano en busca de la «cultura Europa»: Apascasio Mórbido. Célebre y celebrado autor argentino, con fama de solitario y filósofo. Reconocido internacionalmente por sus plagios de crónicas escritas por periodistas conterráneos suyos, pero desconocidos en el resto del espacio hispanoamericano. Artículos descaradamente copiados que le resultarían útiles para lograr muchos de los dividendos de que ya disfrutaba como novelista de cierto fuste. Obviamente, no hay certeza de que «sus» novelas le pertenezcan. «Eso no es tema de conversación. Sería una discusión bizantina». Es lo que respondió su agente literario cuando, antes de la ceremonia de entrega del Premio, se le interrogó acerca de esa duda. Ocurrió entonces el milagro de que un día Apascasio tuviera la necesidad de viajar a Caracas, como candidato con mucha opción al Premio Rafael Bolívar Coronado. Así operan las camarillas internacionales de narradores y poetas. Nada más

oler la posibilidad de que uno de sus integrantes tenga una mínima posibilidad para hacerse de esa montaña de dinero y fama, pues se multiplican los intentos para diligenciar la presencia del candidato o candidata en el país. Ruedas de prensa, charlas, mucha promoción disimulada que pueda seducir a los jurados. Y, por supuesto, a sabiendas de que también entre los jueces siempre hay sus con-jurados. Es parte del juego. Conseguir que en cada caso se designe a alguien nacional o foráneo que sea o haya sido amigable para el grupo. Camarillas. Roscas. Mafias. Claques. Cofradías. Séquitos. Peñas. Pandillas. Maneras diferentes que suele utilizar el cotilleo popular para apostillar estos procedimientos extraliterarios. He allí, tal vez, la posible primera conexión entre aquella visita de Mórbido y la muerte de Febricio. ¿Cambió Morales su condición de efebo consentido por la de traidor silencioso?

*Investigador submarino
Escudriña en aguas procelosas sobre
la prematura muerte de F. P.
Lunes, enero 8, 2015.*

No se ha descubierto aún dónde engrana el eslabón que une aquel antiguo viaje de Apascasio Mórvido a Caracas con la muerte del novelista Febricio Persa.

Pero habrá de existir.

Lo cierto es que Mórvido, uno de los candidatos finalistas al Premio Bolívar Coronado de ese año, debería venir al país con boleto pagado por la cultura oficial que, en esos tiempos, siempre fue generosa con todos los amigos extranjeros de Persa y sus adláteres, aunque todos se mostraran partidarios de la izquierda ideológica radical. Y Mórvido era las tres cosas en grado sumo: amigo, acólito y supuestamente progre.

No se había popularizado Internet y la tecnología de la cultura gubernamental permanecía aún en la edad de piedra. Ante la dificultad incomprensible para que el boleto aéreo llegara con seguridad a las manos del «invitado», pues el joven y diligente empleado Julio Morales, hubo de ofrecer gentilmente sus dotes de dios Mercurio para trasladarse él mismo, en cuerpo con alma, a Barcelo-

na de España (para ese momento, ciudad de residencia de Apascasio Mórvido) y entregar aquel billete E.S.M.P.S.V.M. (misterio grafemático que, delineado en el sobre con espléndida caligrafía de pergamino, significaba *En Sus Manos Propias Suyas de Vuesa Merced*). Pues, así decía el sobre de marras que con tanto celo cuidó Moralito durante su traslado Caracas-Barcelona, como si de una gema irrepetible se tratara:

Distinguidísimo Escritor Apascasio Mórvido.
E.S.M.P.S.V.M. Anexo: boleto aéreo.

Tal cual aquellos tiempos de quipus incaicos, aquel sobre casi sagrado, celosamente trasladado en las faltriqueras ocultas de Julito Morales, estuvo justo a tiempo en las verísimas manos de su destinatario. Y, todavía sin dejar de ser el fiel efefo, aquel doncel pasó a compartir su afecto por Persa. Había surgido para él una nueva posibilidad de salir de la sima y seguir subiendo hacia la cima. Un imaginario Caronte lo había ayudado a pasar de un lado al otro del océano y no era aquel aspirante a literato sujeto de perder oportunidades que se pintasen descabelladas, pero posibles. No hace falta comentar nada más para indicar que al año siguiente Morales marchaba a Barcelona, la misma, la de España, con una abultada beca asignada por la cultura oficial, previo compromiso de dejarse amaestrar (o sea, estudiar una maestría) y pagar aquel privilegio con sus servicios, una vez que regresara al país, luminoso en conocimientos y prodigioso en magistral sabidu-

ría adquirida en los predios de la ciudad condal. No obstante, el becario mercurial jamás concluyó aquella jornada de maestrando, como en los setenta-ochenta-noventa hicieron tantos otros que salieron a lo mismo, auspiciados por sus respectivos gobiernos, y decidieron allende los mares asumir el «exilio». Principalmente, para no retribuir lo que en los presupuestos oficiales se había invertido en ellos. Tampoco él regresó y, haciendo estancia permanente por aquellos parajes peninsulares, adoptó el método binacional de «manyaoreja o jalabolas a distancia», por acá, y «manyaoreja o adulón in situancia», por allá. Algunos de sus colegas locales auguraron que no pasaría mucho tiempo sin que también se vislumbrara como candidato al Bolívar Coronado y luego, ¿por qué no?, al Cervantes o al Nobel. Bien que lo conocían sus amigos.

En efecto, no al Nobel ni al Cervantes, pero ya Morales ha sido candidato al galardón que causó la muerte de Febricio Persa (un indicio más para mi investigación). Lo agrega usualmente a su currículum, textualmente, como sigue: «Finalista del Premio Internacional de Novela Rafael Bolívar Coronado con la novela *Perdidos en la borrasca ramblinesca*».

Olvidaba añadir que, precisamente, lo propuso como supuesto «finalista» un jurado, profesor de la Universitat Pompeu Fabra, de quien se prendó en exaltaciones desde que llegó a tierras catalanas. Y, claro, en el argot de los inexpertos literatos concursólogos, «finalista» podría significar

que su obra haya aparecido en la lista de las primeras cien o cincuenta novelas preseleccionadas para el galardón de ese año.

Según una carta enviada a alguno de sus exprofesores de la Escuela de Letras, a Morales no le interesaba demasiado el «paisito» que dejó entre nosotros; el mismo que le ofrendó aquella gracia de becarlo por sus servicios de mensajero interoceánico. De manera que, más adelante, se aposentó en las llanuras cervantinas. Actualmente, vive en la planicie castellana, en una finca ubicada «en plena ruta del Quijote, absorbiendo la brisa mañanera de los molinos de viento y observando a alguna presunta Dulcinea del Toboso caminar sobre doradas plantaciones de trigo». Eso ha escrito alguna vez en Twitter (ahora X). Y, cómo no, de vez en cuando, Morales fustiga por la Internet, con su pluma inclemente y descarnada, a los gobiernos militaristas que han abundado en este continente hispanoamericano desde hace veinte años, pero también prosigue con sus tentáculos bien estirados y los utiliza cada vez que ha requerido un nuevo boleto para «visitar el continente patrio». No extrañará a nadie que en algún momento aparezca un subefebo suyo (de Morales) que, desde alguno de esos gobiernos deba llevarle un sobre en el que igualmente se estampe la cortés coletilla E.S.M.P.S.V.M.

Con sus oscilaciones ideológicas de escritor ubicado entre la resbalosa izquierda moderada y la deprimente derecha blanda, fue precisamente el

versátil y veleidoso Febricio Persa quien lo ayudó en tales menesteres para lograr el exilio. De allí que más tarde el discípulo haya superado en apostasía al maestro. Casi podríamos decirle, para entendernos, Moralito el apóstata que apuesta alto y, hecho el trujillano, se apunta siempre a ganador.

12

Efebo que celebra la fama

*Investigador submarino
Inquiere en aguas cenagosas sobre la
inevitable muerte de F. P.
Viernes, enero 12, 2015.*

Se ha dicho por la prensa que una semana antes de la misteriosa muerte de su mentor, Julito Morales informó a través de su cuenta en X que muy pronto visitaría Venezuela para celebrar con el ganador la premiación de ese año. No aclaró, sin embargo, quién creía que sería el privilegiado de esa vez. Hasta se chismorreó que podría ser él mismo.

Y habría que añadir que ganar los quinientos mil dólares en metálico, más la fama internacional, fue desde siempre la obsesión más recurrente de Febricio Persa, quien no participó menos de diez veces durante las ediciones anteriores del galardón.

Cada año, nomás abierto el llamado, he encontrado archivos de prensa con declaraciones de seguidores suyos que argumentaron sobre la necesidad de que fuera Febricio el primer sudamericano en obtener el Rafael Bolívar Coronado.

«Así lo dignificará», escribió hace algún tiempo otro de los acólitos efebos incondicionales, Joaquín Trincado Mata.

Es del conocimiento público que, si en realidad hubo escritores que para vivir corto han nacido,

Febricio llegó a los sesenta y tres (edad que tenía a la fecha de su enigmática partida) perturbado por la fijación de hacerse del certamen alguna vez y así comenzar a trascender las fronteras nacionales como novelista.

Murió en supina inocencia

y jamás supo que era esta su oportunidad
Ese fue el titular de elimparcial.com, el día que la conserje portuguesa hubo de declarar a los cuerpos de seguridad que no tuvo más remedio que gritar desesperadamente ante lo que había presenciado (*madre meia, madre meia, si ha escuñetan el escritorio!*). Ocurrió mientras ella hacía la limpieza de la parte externa de la residencia. Sintió un golpe seco sobre el pavimento y disparó sus antenas y sus piernas hacia el lugar. Cuando casi llegaba y a lo lejos se percató de la presencia del cuerpo sobre el piso, lo reconoció con su vestimenta de gala, perdió la compostura y profirió aquel grito. Un poco más allá, había quedado el cadáver exánime de aquel hombre misterioso que hasta ese día había sido cohabitante y condómino del edificio en el que ella ejercía sus labores. «*El seu corpo parecia un sacu de patacas podreidas!*», agregó la señora mientras intentaba recordar más sobre lo que había tenido que presenciar.

Quede claro, además, para el lector, que lo de «supina» en el titular de prensa parece haber sido una confusión del editor de turno del diario. Quiso aludir a la posición en que quedó el cuerpo del escritor:

decúbito supino: ya cadáver, Persa simulaba un elegante maniquí acostado bocarriba, recto, correcto, erecto, sin que ella percibiera todavía la hilaza sangrienta que salía de la comisura de sus labios en dirección opuesta a la de su punto de mira.

Tres días después, un miembro del jurado del concurso R.. B. C. declararía a los medios — desde Bogotá— que la novela seleccionada para obtener el premio de esa ocasión había sido inicialmente la de Febricio Persa (*Partida de yacimien-to*), pero las bases impedían otorgarlo a un autor fallecido; por lo tanto, se le había asignado al primer finalista, el escritor argentino-boliviano Apascasio Mórbido, por su novela *Biografía de otro iconoplasta*.

La noticia corrió por todo el continente.

Hubo lamentos, es cierto, y también sonrisas furtivas, además de alegrías no explícitas, pero, en fin, alegrías.

A mi modesto juicio de escudriñador improvisado, con el lanzamiento de Febricio por todo lo alto, se había cumplido la faena orquestada desde algún lugar de las tierras del altiplano. Es intuición y no sé si alguna vez descubriré por qué. Aunque he venido recopilando importantes indicios, no estoy seguro de reunir alguna vez suficientes pruebas para demostrarlo.

Hay algunos comentarios subterráneos sobre el posible motivo de aquella decisión:

- Persa era maníaco-depresivo con origen en bipolaridad.

- Su perturbación recurrente era atribuida a la dificultad que parecía tener para reconocerse a sí mismo al verse en un espejo.

- No podría sobrevivir al enterarse de que tampoco esa vez sería favorecido.

Mas no fue voluntaria la muerte del escritor.

Eso creo hasta hoy.

Si fuera cierto que se arrojó desde las alturas, he comenzado a sospechar la presencia de alguna mano invisible y silente que pudo haber contribuido con aquel empujón hacia el vacío.

Morales lo lamentó a través de su blog. Lo hizo con su habitual y muy cursi discurso:

«Se ha ido una esperanza cumplida, vivirá en su gozo fraternal y pernoctará a la diestra del único mandante al que reconocemos los creyentes».

Tampoco eran fáciles de comprender, pero esas fueron las palabras con que cerró su artículo de ese día.

Favor anotar ese dato, lectores. Seguiremos esculcando archivos.

13

Trincado Mata biógrafo de Unamuno

*Investigador submarino
Explora en aguas fétidas
sobre la suerte de F. P.
Lunes, enero 15, 2015.*

*Fray Luis vino a Salamanca
Lo que ha sido un gran festín
Después de Unamuno falta
Que la habite algún Joaquín.*

[Leído en un *souvenir* de quiosco, Plaza Mayor de
Salamanca, España]

Joaquín Trincado Mata no marchó a Barcelona de España, como su curruña-compinche-pa-na-aliado Morales, pero sí a Salamanca, en el mismo país. Recaló en la rosácea ciudad empedrada de «la puta-madre patria», como la bautizó alguna vez Apascasio Mórbido. Es un hombre extraño Trincado Mata, críptico, recóndito, no solo por su proceder misterioso, enigmático, sino también por su particular aspecto físico. A ojo de buen «escudero», representa la figura de un Cuasimodo acicalado, aunque sin joroba, maquillado con afeites de gusto excéntrico. Piel muy blanca casi

albina, brillante, resplandeciente. Gordura y estatura considerables. En contraste, su cabello tiene estampa inevitable de «afrodescendiente» bien plantado, como se cataloga a los morenos en los documentos oficiales y periodísticos de estos tiempos. Casualmente, porte similar al de un personaje de Febricio Persa, apellidado Echenique. ¿Su doble ficcional?

Si Trincado Mata mira de frente pareciera tener la vista puesta en el horizonte, debido a su doble condición de bizco con presbicia y astigmatismo tempranísimos. No llega a los treinta años y aparenta tener dos décadas más. Aunque disimuladas, también marcan su rostro algunas arrugas que se multiplican cada día, tan florecidas prematuramente que sus amigos las han apreciado desde que tenía los veinte o treinta. Murmuran que ha sido «viejo de nacimiento».

Eso cuentan quienes lo conocieron en sus tiempos de estudiante. Precisamente por esa época se comenzó a destacar su presencia en el mundo de las letras nacionales. Nació a la luz pública en el ambiente literario del mismo modo que emerge un personaje de cuento o de novela. Como si algún perverso e imaginario escritor lo hubiese abocetado para existir estrictamente dentro de la ficción.

Lo presentó en sociedad el propio Febricio, algunos años antes del presunto suicidio.

Trincadín Matarile —así fue bautizado alguna vez por sus compañeros de aula— venía de una universidad católica. Allí había asimilado muy bien el

arte de la loa en función de lograr espacios para su ascenso. Si hay especialistas en esas estratagemas de ascensos inesperados son los aspirantes a novicios, principalmente una vez que han colgado el alzacuello y descolgado las apetencias mundanas. Varios años después, aparecen como señorones seglares plenipotenciarios o embajadores ante la Santa Sede. Y además saben enseñar ese curioso estilo de escalar cadenas de sardineles escabrosos. Es el arte de flotar sin levitación que se practica durante el catecismo.

Todo eso Joaquín Trincado Mata supo asimilarlo muy bien.

Quienes lo recuerdan me han dicho sardónicamente que, por su actitud, daba la impresión de no desear graduarse en Letras, sino en alguna carrera que se denominara Apología. Desde adolescente parecía haber deseado ser apologeta, especialista en delirantes ditirambos, enaltecedor, aclamista confeso, glorificador. Todo en pro de su peculio, por supuesto. Para la época en que celebró su primer encuentro con Persa era todavía un imberbe «con alhucema en el ombligo». [La frase se la escuché alguna vez doña Eloína Padrón, reputada crítica literaria, pariente del escritor Luis Barrera Linares. Se refería a un potingue elaborado con las hojas de esa planta, la alhucema, que solía untarse a los recién nacidos en el cordón umbilical, a fin de lograr una más rápida cicatrización]. Ya en la búsqueda desesperada para comenzar a construir las sólidas fundacio-

nes de su egolatría juvenil, se le cruzó en alguna ocasión la voz de locutor fracasado de Febricio Persa. Trincado Mata lo escuchó por primera vez en una charla para estudiantes de Letras y decidió creer en la empatía a primera audición.

No es que fuera homosexual ni mucho menos, pero Trincado Mata quedó enamorado de aquel escritor de quien apenas había leído un par de cuentos durante las clases de literatura iberoamericana. Lo primero que hizo fue levantarse ceremoniosamente de su asiento en el auditorio, pescar las palabras adecuadas en su repertorio todavía párvulo y expresarle al conferencista que estaba obnubilado con su «presencia luminirrosa».

Aquel gamín, dicharachero, arriesgado, ya algo egocéntrico, decidido y patán, no era propiamente un lector de literatura. Sus hábitos estaban muy lejos de pasar largos períodos embebido en las metáforas e imágenes de alguna obra. Un excompañero suyo me ha revelado lo de la inolvidable expresión «presencia luminirrosa» para presentarse ante aquel desconocido conferencista. Con ello quería decir “luminosa y rosácea”. La palabra salió de su todavía bisoño ingenio. También me ha manifestado que Trincadín aprobó la mayoría de sus asignaturas literarias con suma dificultad.

«Su torpeza para responder las comprobaciones de lectura —me ha dicho con sorna el condiscípulo—, era ya un indicio indiscutible de que se trataba de un futuro y muy promisorio escritor». No le faltaba razón. Leer es lo peor que puede

hacer quien aspira al universo de la ficción. Eso al menos es lo que suele pregonarse en los predios literarios no académicos. Infero por lo que se me ha revelado que esa debió ser premisa fundamental en aquel mozalbete extrovertido y sagaz. No obstante, 'Trincado Mata tenía, tiene aún, la virtud de memorizar nombres de autores y títulos de libros. También tiene un diverso archivo mental de latinazos, solo que a veces, en lugar de *grosso modo* o *vox populi*, se le van los tiempos y se pone tan nervioso que dice *mato grosso* o *popol vuh*. Los repetía públicamente si buscaba impresionar a las demás personas. Cuando no era que motejaba a sus contertulios con nombres de escritores o pintores, emitía esos largos y curiosos chorizos léxicos que, sin duda, hacen quedar muy bien al emisor. El mero y propio diccionario ambulante de nombres y títulos de libros jamás leídos.

Así, una vez cerca de la persona de Febricio, el joven Joaquín Trincado Mata hizo gala de algunos de los datos guardados en su prodigiosa memoria para recordar apellidos célebres; preservaba sus listas precisamente para esas ocasiones que se pintan calvas. Dejó pasmado, lelo, boquiabierto, patidifuso, estupefacto, turulato y desconcertado, al conferencista:

—Anacreonte, Camus, Chesterton, Cervantes, Coccioli, Dostoievski, Gramsci, Kerouac, Mishima, Píndaro, Platón, Pratolini, Quevedo, Ramos Sucre, Safo, Shakespeare, ... y... ¡vuexcelencia! han sido mis luminosos faros, maestro. Gusto en

conocerlo, mi apreciado *magíster* que siempre ha *dixit* mis preferencias poéticas de la terredad...

Nada extraño que hayamos descubierto en ese listado el recurso memorístico de los caletreros: un orden alfabético de los nombres permite recordarlos de modo más accesible. No obstante, la cháchara resultaría suficiente para que Persa, también fanático de la nomenclatura y la latinidad, a las que se había aficionado desde niño, se sintiera afín a aquella nueva fuente de sabiduría nominal.

Es cierto que la rareza física de Trincadito, aquel rostro miralejos, la piel muy blanca y la sordidez de espíritu, no ocupaban las preferencias visuales del conferencista. No obstante, como también los efebólogos requieren en ciertas ocasiones de otras tipologías, pues Febricio obvió los contrastes corporales de Trincadín y decidió aceptarlo en su reino. Otro de sus compañeros de generación me ha contado, además, que es muy probable que Trincado Mata hubiera jurado ensalzamiento eterno ante Febricio, con tal de que le permitiera ingresar en su rebaño de apóstoles.

«Mejor dicho, así fue.» —me ratificó aquel excompañero de aula—. Yo estaba presente en la conversación. Joaquín era mi mejor amigo, pero también era ya algo jactancioso, pedante, bravuconcito, soberbio e intrépido. Me invitó al encuentro con Persa para humillarme con la hilera de nombres que le arrojaría sobre el rostro».

¿Acción!: Los tres mosquiteros

*Investigador submarino
Curioseando en aguas fétidas sobre
la suerte intempestiva de F. P.
Viernes, enero 19, 2015.*

El bar se llama EntrayverásLaprimavera. Está ubicado en una vieja urbanización, venida a menos en tiempos recientes, en el sureste de Caracas: anticuada decoración de alguna época mejor. Lámparas desportilladas, mesas mal organizadas en torno al espacio, manteles de cuadros rojiblanco, descoloridos. Rostros del personal de servicio mimetizados en el «espíritu» del mobiliario. En él se respira hastío, poses de inconformidad, cuerpos enfermos de rutina improductiva, uniformes de la camarería brillantados por el paso recurrente de la plancha. Supervivencia en deterioro, como la zona en la que está enclavada aquella cantina.

Se abre el telón.

Llega Febricio, alias Monalisa. Ha apartado con elegancia las puertas batientes y asume casi una marcha militar. Un dos tres. Un dos... Lanza una rápida mirada de paneo y no ve a ninguno de los concertados. Se inclina ante el mesonero que le ha sonreído al verlo ingresar. Mediante un

curioso gesto, el empleado responde al saludo y, para bienvenirlo, lo apunta con el índice derecho, como si llevara un arma imaginaria de largo alcance. Persa busca su mesa de siempre, al lado de un ventanal que deja ver la calle (es asiduo al local y, si lo encuentra desocupado, siempre se aposenta en el mismo lugar). Ni siquiera le preguntan qué tomará. También es información conocida.

La inmensa jarra de cerveza llega justo en el momento en que ha decidido revisar los mensajes de guasap de su celular. Oyó la llegada de varios, mientras venía por la autopista. Sin embargo, tiene el hábito de hacer caso omiso al teléfono hasta que llega a un espacio seguro donde estacionar. Comienza a pulgarizar sobre la pequeña pantalla. «Me disculpo, máster, la bichita de Morfosintaxis me retuvo por lo del examen. Llego tarde, pero llego ¡hasta la victoria siempre, comandante eterno!». Sonríe ante la broma de Trincado Mata.

Clica en *atrás*. Pone el cursor en el siguiente «textículo»: «Jai díar, queridito, estoy a dos cuadras, en un fokin traffic jam de puta móder. Llego pronto a la tasca si este atasco se desa-tasca». Carita sonriente que titila en la pantalla. Es Genoveva, la amable *geisha políglota* (como la alude a veces en broma) con quien a veces textea.

Siguiente:

«Se realizó una consulta con su tarjeta *4428 Información por 0501 Hiperbanca». Algo tarde para el aviso —piensa— porque recuerda haber retirado efectivo del cajero hace más de una hora.

Pincha *eliminar*. Luego «Sí». Listo, no hay más mensajes. Toma un sorbo de su cerveza.

Escucha que un camarero ha dicho algo y mira hacia la puerta principal del bar. Viene entrando Julio Morales, altura de basquetbolista, sudoroso, porte de eterno estudiante de izquierda, con unos cuadernos bajo el brazo derecho y un diario en la otra mano. Viene con rostro de disgusto, actitud poco usual en él, dándose palmaditas con el periódico en el muslo, como si cazara mosquitos, pac, pac, pac.

«¡Ya le dije que no se acepta buhonería dentro del local, señora!». Se entera Febricio de que uno de los coperos ha reclamado a una dama que intenta ingresar a vender perfumadores de ambiente. La dama refunfuña algunos improperios, pero igual decide abandonar el local.

Morales se sienta a la diestra de su provisional dios padre Febricio. Cariamargo, frente respingada, labios abocinados. «¡Caracas, profe, ¡esta desquiciada mole de concreto!, el taxi no me quería traer cuando le di la dirección» —se queja Julio. «Así es —asiente Persa— esta es la única ciudad del mundo donde los taxistas no quieren llevarte para donde tú vas, sino para donde ellos quieren ir. Tranquilo, ¿te pido una cerveza, un güisqui, algo de vino o quieres otra cosa?». «Una limonada con hielo y granadina, ya sabe que no bebo alcohol». Pone su lote de cuadernos y el periódico sobre la mesa.

Cuando ingresa al sitio como si se deslizara sobre una pasarela para mostrar trajes de última moda,

Genoveva Colchester hace voltear a todos. Siempre le ha gustado atraer las miradas a su alrededor y se infla cuando nota que eso le está ocurriendo. Camina entaconada (recurso infaltable en ella: 10 centímetros que le facilitan aumentar la estatura), sonríe, aunque viene como perdida, algo nerviosa tal vez. Es la primera vez que acude al lugar. No suele ser dama de bares y cantinas. Sus encuentros anteriores con el preceptor han sido más íntimos. Nadie te da la bienvenida con miradas libidinosas en los cuartos de hotel. Se explica la reunión de hoy, porque ahora no ha sido solamente ella la convocada.

Con un rictus de idiota en pleno apogeo, labios parcialmente separados, como cualquier lector de celular, Morales está ahora concentrado y bobalicón en la pantalla de su teléfono. Persa ha visto entrar a su doncella, mas se hace el desentendido. La deja que pregunte al barman, quien la ha observado con ojos de lujuria desde que la avisó bajo el dintel de la puerta de la tasca. Este le hace señas a uno de los dependientes para que la acompañe hacia donde están ellos. Con la glotonería de quien supone que ese cuerpo siempre le será ajeno, el chico la escolta hasta la mesa. Lleva los ojos vidriosos; pareciera chorrearle el semen por los conductos lagrimales. Hace una reverencia de «síntese usted, damisela», observa a Febricio con envidia y se aleja.

Amplias sonrisas de oreja a oreja. Febricio casi se babea. «¡Jeloul!», «¡Jai, Jany!», saluda ella. Beso

cachetero. «Querida, este es el joven del que tanto te he hablado. Julito, te presento a la bella Gevy, estudiante de Idiomas Modernos». Julio reacciona como asustado y deja de mirar el móvil. Se levanta. Apretón de manos.

—Piachere, Genoveva Colchester.

—¡Qué gusto conocerte! El profe te había descrito, pero eres mucho más deslumbrante de lo que imaginé —aunque está más que acostumbrada a los piropos, la chica se sonroja. Jamás se involucraría sentimentalmente con alguien con esa estampa, pero no deja de sentirse halagada ante el cumplido.

—¿Qué galante, míster!, muchas grac...

La presentación se interrumpe ante los gritos de alguien que ha entrado como un tornado y, sin dar tiempo a nada, da la mano al camarero: «¡Marico, te pareces a Chaplin con ese bigotico hitleriano»!

Levanta la cara en gesto asertivo hacia el barman que se encuentra detrás del mostrador, vocea en tono fuerte «¿¡Cómo están todos en este bar donde siempre es primavera!? ¡Vivan Antonio Vivaldi, Alejo Carpentier y Sandro Botticelli, agri-cultores de esa estación!».

Va mesa por mesa sonriendo ante cada persona. Se cerciora incluso de la presencia de una de sus condiscípulas y, aunque sospecha que anda con otro que no es su follamigo habitual, le lanza un beso al aire: «¡Mi amorrrr, te confundí con Remedios, la bella!». Los otros clientes presumen que se trata de un joven político, alguien en campaña electoral, algún aspirante a concejal.

Mas no es así.

«¿Qué tal, amigo? Usted como que ha leído al francés Albert Camus, se le ve muy reflexivo. Mucho gusto, dama, ¡qué parecido con la señora británica Virginia Woolf! ¿Serán familia? La confundí, perdone... ¡¿Cerveceando, compañero?! ¡Eso mismo hacía el gringo Ernest Hemingway en La Bodeguita del Miedo, en Cuba!, ¿Sabes por qué los cubanos le decían la bodeguita del miedo?, ¿no?, pues, porque servía para identificar a los disidentes que acompañaban a las turistas, cuando ya estaban borrachos, ja, ja, ja».

Persa lo ha visto y ha hecho señas a sus dos acompañantes para que observen al recién llegado. Sonríe monalisamente, por cuanto ya conoce suficientemente a su discípulo. No esperaba nada diferente de esa personalidad rimbombante y dicharachera. Ya no es el estudiante aparentemente tímido del principio del encuentro inicial. Tampoco es la primera vez que se ha citado con él y siempre ha sido así, cualquiera que sea el lugar al que llegue. Aquel retraimiento inicial se había esfumado. Ahora mostraba su segunda y verdadera personalidad.

Es Joaquín Trincado Mata. Inconfundible.

Reiterativo en su afán de no pasar inadvertido.

«¡Maraca de amiga se gasta usted, magíster!» Lo ha dicho cuando por fin llega a la mesa donde lo esperan. Genoveva se sonroja. «tenkiu sir, jauduyidú, mucho gusto, *eu son* Gevy...». «¡Gracias la adornan por todas las partes de su cuerpo, señorita, tiene usted un aire a Isabel Allende!».

Febricio y Morales se miran complacidos. «Siéntate, por favor —se dirige el segundo al recién llegado— encantado, soy Julio Morales, creo que somos colegas, de Letras, aunque tú eres de la Católica, ¿no?». «¡Claro que sí, compa, tú te pareces a Paulo Coelho, solo que un poco más alto, y yo nada que ver —le responde Trincado Mata, mientras ve de frente a Febricio— Colegas hasta el cuello, como diría Borges! ¿O fue Sartre quien dijo eso, maestro?»

Así comenzó la cofradía. Nacían Los tres mosquiteros, como serán bautizados más adelante por los congéneres de la culta literatura. Después ya no se escuchó lo que hablaron, solo ruidos confusos de voces, carcajadas y, de vez en cuando, los alaridos de Trincado Mata: «¡epa, Chaplin, más birras porfa, y una limo con granadina para Paulo el brasileño!

Todos para uno.

O tal vez: muchos para una, como malpensaban los dependientes del bar, sin que ello fuera cierto, ya que la Gevy estaba muy clara en cuanto a su preferido.

Los tres, junto con otros menos favorecidos, se constituirían a partir de ese momento en escuderos conjurados para una importante causa de renovación bianual: lograr el Premio Rafael Bolívar Coronado para su protector. Solo que aquella promesa tenía en cada cual un horizonte distinto al verdadero merecimiento del supuesto ductor.

—¡Tranquilo, que eso va, no hay tutía! ¡Ni siquiera Nicolái Gógol le quitará esa vaina a usted!

—Mire, mi profe, tenga fe, esperanza y caridad, lo que es del cura, va para la iglesia...

—Sin duda, *mai suit lord*, solo es cuestión de tiempo. Será tuyo... y nuestro.

En el fondo de cada uno de ellos, el lisonjeo incontenible era una apuesta a futuro: la excusa para lograr otros derroteros.

Morales deliraba por Barcelona de España. Su catalejo apuntaba a la obtención de una beca. Persa sería, sin duda, la clave para lograrla. No cesaba Morality de soñar con entrar alguna vez a la catedral inconclusa de Gaudí.

Genoveva solo había tenido vida para soñar con hacerse vecina de *Trafalgar Square*. Aunque no fuera así, estaba segura de que de su apellido manaba sangre británica. Y sembró su esperanza en las relaciones internacionales que ya para el momento había tejido Febricio, en su afán por hacerse de una sólida estructura de amistades foráneas.

Por su parte, Joaquín había escuchado alguna vez que una profesora suya que había estudiado en la España franquista hablaba de un río de mítico nombre, el Tormes. Comentaba ella en sus clases sobre un chiquillo muy particular, ayudante de mendigos, un lazarillo hambriento, alguna vez guía de un ciego maltratador, y de una ampulosa y caderuda chica llamada Melibea, ocupantes ambos de míticos lugares salmantinos. Como si estuviera en un confesionario, en cierta ocasión entró Trincado Mata al aula solitaria en que usualmente escuchaba aquellas disertaciones; hincado detrás

de su pupitre, juró que, aunque hubiera nacido en una desconocida ciudad de la cordillera andina de Venezuela llamada El Vigía, en Salamanca de España habrían de morar alguna vez sus huesos y sus carnes. Naturalmente que convirtió aquellas historias en sus favoritas, aunque solo se aprendió los títulos y sus autores: *Lazarillo de Tormes* y *La Celestina*. Desde ese momento, no dejaba pasar un día sin pensar en el huerto de Calisto y Melibea, los personajes de la novela que la profe comentaba. «Lazarillo español y Calisto “salamantino” he de hacerme—solía decir para sí mismo—, aunque me cueste lo que me cueste, ¡nojodal!».

En la mirada de Febricio Persa y en su enigmática mueca de Mona Lisa tropical, Trincadín leyó desde el principio e imaginariamente algunos emblemas de las paredes rosadas de los monumentos salmantinos. Fue cuando el maestro le confesó que en una época reciente había sido profesor de una universidad anclada en la ciudad que había escuchado «los gritos angustiosos de Miguel de Unamuno y las prédicas de fray Luis de León». Persa le dijo esto sin mover ninguna de sus arrugas, totalmente serio, formal, contundente, convencido, como todo un profesor de literatura.

Entre los asuntos más simpáticos que de Trincado Mata se ha podido investigar para este blog hay dos, nada interesantes para esta historia, pero sí para que se sepa de quién se ha estado relatando. Me lo ha contado recientemente una de sus excondiscípulas. La misma que me ha narrado lo

del encuentro en el bar Entrayverás Laprimavera. Primero: la relevancia de la ficha personal de Trincadín no está en sus libros ni en sus lecturas ficticias ni en sus estudios ni en las veces que ha resultado «finalista» en los cientos de certámenes en los que ha participado. No es tampoco su manía nominalizadora, el afán por citar nombres de escritores en todas sus alocuciones. Ni su empeño en encontrar en cada rostro o actitud a un escritor o personaje. Lo más importante que indica su currículum literario es que «ha sido guía turístico en Salamanca, la ciudad del Tormes». En consecuencia, ahora suele agregar a sus datos biográficos que es salmantino de residencia, paseante cotidiano de la riberas torbesianas. Lo destaca en negrillas cada vez que alguien le solicita una hoja de vida.

Lo segundo es que se ha desarrollado como lo que en términos sindicales se llama un escritor tercerizado. Pero, dada su mixtura de albino afrodescendiente, se niega a que se le catalogue de «escritor negro». Tampoco es partidario de la denominación «escritor fantasma», como suele llamarse a quienes, tras bastidores, escriben por otros u otras. «Tercerizado, díganme escritor tercerizado, por favor, como Marcial Lafuente Es Stefanía. Eso soy, un generoso escriba que hace felices a otros con su fama y a mí mismo con algún dinerillo». Eso significa que, para demostrar que es el único escritor que «vive de la escritura», redacta como intermediario obras para que otros

las firmen. Ironías de la vida: se ejercita como plumista haciendo casi lo mismo que siempre hiciera Rafael Bolívar Coronado, el epónimo del galardón que condujo a la muerte de su preceptor, el andante caballero Febricio Persa. Con la diferencia de que Bolívar lo hacía a escondidas de los escritores famosos a quienes plagiaba y de los editores que lo financiaban. Vivía de los nombres de otros sin pedirles permiso, sin que los implicados lo consintieran.

Joaquín, en cambio, escribe por expreso encargo de una clientela anónima y variopinta: damas adineradas y —hay que decirlo— poco talentosas, obsesionadas con ser escritoras; señores jubilados que nunca pudieron publicar una autobiografía; jóvenes y abúlicos orates incapaces de hilar con coherencia dos ideas; chicas hijas únicas que desean verle forma de libro a su diario íntimo; y, cuando el bolsillo vacío apremia, pues no tiene empacho en ser la voz escrita de políticos, ingenieros, médicos o abogados desesperados por ser novelistas. Incluso, en caso de apuros que ya son ahogos, no importa el tema sobre el que lo requieran, Joaquín Trincado Mata es capaz de redactar hasta fascículos que tratan de física nuclear u orquídeas del Amazonas.

Eso justifica sus aspiraciones a ganar también alguna vez el Rafael Bolívar Coronado con alguno de sus propios libros, en los que, como era de esperarse, son recurrentes las citas de grandes escritores y pasajes bíblicos o aventuras de héroes griegos.

15

Todos para una

I. S.

*Inspecciona en aguas dudosas sobre la suerte
abrupta de F. P.
Lunes, enero 22, 2015.*

Como ya se ha escrito en una entrega anterior, Morales terminó radicado en Barcelona. Logró aposentarse a los márgenes, no exactamente del Tormes, como Trincado, pero sí del Llobregat, en cuyas orillas se aposentaba un grupo intelectual comandado por un curioso escritor colombiano, malgenioso, corcova en ciernes, con estampa de narciso jorobado, radicado en la misma ciudad: Cesáreo Airoso. De mucho le sirvieron a Morales las antiguas habilidades de adulante irredento para integrarse a una pandilla que ofrecía talleres literarios para jóvenes en ciudades como Toledo, Ávila y Burgos. A veces en una más cercana, Zaragoza. Además, para obtener ocupación en la *Generalitat de Catalunya*, se ha valido del pasaporte europeo de la chica con la que logró desposarse hace un par de años. Cuando le han comentado en broma acerca de la escasa donosura del rostro y cuerpo de su coyunda, doña Apocada Polla de Centurió, oriunda de Lleida, no ha vacilado Julito en ripostar:

—¡Joder, macho, aparte de que no soy un Apolo, me he casado con un pasaporte, no con una modelo! ¿Vale?

Además, Morales es dictador de clases en español americano sobre una literatura que no conoce, la catalana, pero tiene pleno dominio de sus dotes de recitador de manuales. Ahora, añadiendo a su nombre un apellido ficticio que presume sea vasco, ha instalado sus aspiraciones en una página de *Facebook* en la que se autopromociona como:

Julio Morales Carranxza

Escritor hispanoamericano en el exilio

Studied at Universitat Pompeu Fabra

Lives in Barcelona, Spain

Married to Apocada Polla de Centurión

From Caracas, Venezuela.

♂ Male

Info

Formo parte de la más reciente diáspora ñamericana, es decir, de la multitud de escritores patriotas arrojada a los confines del mundo por los militares o civiles autoritarios que gobiernan nuestros países. Soy víctima de la expropiación del intelecto y llegué a las tierras de Joan Manuel Serrat para engrandecer lo que se escribe en mi lengua materna. No presumo de escritor latinoamericano, ya que eso denigra porque encallejona, margina, ahoga y oscurece. Escribo en la lengua de Cervantes y baste. Alguna vez florecerán las

amapolas y volveré a ser un hombre libre en mi país. Ha muerto en nuestras naciones una esperanza incumplida, pero, en el futuro, vivirán en su gozo y pernoctarán a la diestra del único mandante al que reconocemos los creyentes.

Bien despabilado, Morales se vale del mismo argumento que tan útil ha sido a muchos de este lado del Atlántico. Los que han utilizado la causal de la expatriación, no pocas veces ocasionada verdaderamente por los gobiernos de una supuesta izquierda radical o por las dictaduras militares, para conseguir que se les perciba en el competido y pedregoso universo editorial de la península ibérica y el resto de Europa. Como todos los escritores obsesivos, no pierden oportunidad de que se les visibilice de algún modo. Para honrar la idea del escritor argentino Martín Caparrós, quien alguna vez ha propuesto que olvidemos el nombre de *español* del idioma y lo denominemos *ñamericano*, se autodenominan «diaspóricos de Ñamérica». No faltan los que sí, pero, dicha sea la verdad, a muchos de ellos nadie los ha desterrado realmente. Lo suyo ha sido una excusa para añadir aderezos de drama a su biografía, algunos añoran sentirse mirados con lástima y condescendencia desde la retina europea. Eso también parece generarles réditos y abrirles puertas.

16

Compungido con pujido

Lunes, enero 29, 2015.

Un día después de la muerte de Persa, Joaquín Trincado Mata envió a su lista de correo electrónico un mensaje desde Salamanca, en clave, jugando a veces con títulos robados de la novelística del narrador venezolano Rómulo Gallegos: «¡Cuánto extrañaremos los estambres de flores en el huerto de Calisto y Melibea! Se ha perdido la luz de *Doña Bárbara*, se extinguieron los luceros de *Canaima*. El maestro Persa reposará *Sobre la misma tierra* y desde ahora *Canta claro* en el mórbito infinito».

Igual que usted, querido lector, pocos entendieron qué quería decir.

17

Chato y chucuto chateo

Lunes, febrero 05, 2015.

Constristada y deprimida va Genoveva Colchester, mientras se desliza cual muñeca de algodón por una acera de Eaton Road, en un Londres ensombrecido por la bruma y el esmog de las horas punta.

Había releído su correo electrónico, justo después de haber abandonado el salón donde escuchaba una charla de su primer seminario doctoral del trimestre. Nada sabía de los acontecimientos de Caracas, mientras —casi anocheciendo— se embobaba escuchando a una profesora de apellido Richard disertar sobre «Ciudades que son sujetos periféricos y objetos multiculturales que son ciudades esteáricas». El discurso absolutamente «cultural» de aquella invitada chilena la traía de cabeza. Casi babeaba la Gevy al escucharla: «Todo consumo es una lógica homogeneizadora. Y lo que se homogeneiza nos singulariza en el mapa latinoamericano» —decía la señora—. Suspiros y respiraciones cortadas de todas las asistentes.

Cualquier memoria es escindida —continuó la doctora en Literatura Moderna, graduada en la Universidad de París IV, ahora invitada a las tierras londinenses—, y toda escisión es circuncisa, difusa, confesional, no lo duden...

Hacía pocos meses que Gevy (como había pedido que la llamaran a los cófrades del PhD del King's College) había iniciado su más caro sueño, desde que concluyera la Maestría de Literatura, en Caracas: un doctorado en Cultura Latinoamericana.

Y, aunque poco tiempo llevaba en aquellos menesteres, ya se sentía satisfecha, ahíta, reconfortada, al dominar el inventario léxico de los especialistas en esa oscura zona que en el siglo XXI llaman *estudios culturales*: no le faltaban en su vocabulario académico las siete palabras clave, constituyentes del catecismo inapelable para una estudiosa del asunto: *márgenes*, *periférico*, *subordinación*, *imaginario*, *rizoma*, *alteridad* y *opresión*.

Sin embargo —después de la clase de la fulgurante doctora Richard—, Gevy se ha sentido mucho más que *periférica*. Su *imaginario* de chica liberal está en los *márgenes* del *rizoma*. El rostro marchito, sin maquillaje, es la mejor señal de la *opresión* que, desde una brumosa *alteridad*, la acosó, cuando se enteró de aquello. Hasta ha llegado a suponer que el destino le ha marcado la ruta de la verdadera *subordinación*.

Genoveva está triste. Triste está Genoveva. Anda melancólica. Siente su alma machacada, pachucha, disminuida. Hoy no desea hablar inglés. No quiere saber de otra lengua que no sea la que mejor le permite abortar su depresión repentina. Se le dificulta hallar el modo de traducir aquella frase que le brotó desde su intimidad femenina, nomás saber lo que había ocurrido en Caracas:

«¿Por qué carajo tenía que ser así?»

Hoy es un día después.

Hace poco conoció la noticia sobre la muerte de Febricio Persa. Ahora viene distribuyendo sus silentes quejidos a lo largo de Eaton Road. Mientras se desentiende de un vendedor árabe que la interpela con alguna mercancía barata, recuerda la largura gruesa de Profebri, desnudo en aquel hotelito del centro de Caracas. Evoca la desmesurada estatura del escritor, casi dos metros. Rememora su sonrisa angelical (de él) sobre la cama, mientras ella se deshace sensualmente del vestido. Debido a la estatura del acompañante, se ve en el recuerdo aún más pequeña de lo que ha sido. Solo se consuela sabiendo que le fue fiel hasta su partida a Inglaterra.

Ahora el generoso mecenas intelectual ha muerto. Le duele, se conduele. La depresión la demuele.

Descanse en paz el amado.

Desconoce por qué, pero, de su transcurrir a través de aquella ciudad calimosa, hay un momento en que se le asemeja a un infierno por el que circulan autobuses rojos que recogen cadáveres apachurrados dentro de las cabinas telefónicas y arrojan llamaradas de color azul cobalto.

Ingresa a un cibercafé. Quiere compartir la depre, expulsarla de su pecho y ponerla a circular a través de la Internet. Busca indagar en la Red sobre quiénes de sus compinches latinos están conectados, quiénes de los antiguos compañeros de la claque caraqueña —la mayoría de ellos emi-

grados, regados por el universo— andarán ciber-vagando, deambulando entre electrones.

Toma fuerzas y, para hacer público su sentimiento ante aquellos a quienes localice, dada la inutilidad de su celular descargado, decide solicitar un computador, para visitar alguna de sus salas de chateo habituales. Como suele hacerlo desde casa, desde su pc, cuando quiere comunicarse con ellos, para no consumir datos de su cuenta telefónica, ingresa a su cuenta de Google Chat con el *nickname* de siempre, *Heavy*:

<<**Heavy** --->>> *hi there friends!* ¿os apetece una charla triste? (‘-’) Las inmediatas respuestas no se hacen esperar:

>>**Titino**> claro que síp, bienvenida mai díar Gevy, contigo no hay excusa, buenota. Además, Nueva York está más sola que la una.

>>**Percusio**> dacuerdo, tas podría e buena je, je, ké kieres british citizen? Orita stoy en París, de paseo por el Sena, al lado de unos senos que no son precisamente paranasales...

>>**Marcucho**> lo dicho por Titino, acuso recibo y suscribo, claro que yes man, yo ando por Maicao en investigación de campo y la boleta que me acompaña no tiene senos, apenas tetas, ja, ja, ja.

<< **Heavy** --->>> no partners no es juego hoy, déjenme desogarme porfis...

>>**Bombín**> Pues bórralo y dilo entonces sin pausa, hija de Lor Bayron...

>>**Percusio**> sí, no entendemos un coño, en-traste muy careculo

>>**Bombín**>> pareces la estatua de la libertad por lo seria, desembucha, jeva Gevy

>>**Bombín**>> mejor dicho, más seria que foto de billete turco ja, ja, ja

<< **Heavy** >> les cuento con pena que ayer se mató mi curruña, mi compinche, Persa

>>**Titino**> coño, no leí bien y entendí porsia, pero ya caí, ¿ké pasó, marica? ¿El escritor pana tuyo?

>> **Heavy** > los periódicos y la tele dicen suicidio... por lo del premio

>>**Marcucho**> premio? ¿cuál premio? ¿Se ganó la lotería de animalitos de Valera o el Kino y pasó el páramo del susto?

>>**Bombín**> ¡¡rrrrga!!, no le pares a Marcucho, ¿ké pasó, mana?

>>**Percusio**> le dio un yeyo un patatús un soponcio o ké?

<< **Heavy** >> no bro, parece que se tiró de la azotea, triste porque no ganó

>>**Marcucho**> claro que yes, no podía ganar, eso se sabía... su obra es muy rizomática, atípica y sincrética...

>>**Titino**> coño sí, guón, pa echarnos en cara que estudias Letras en Berkeley ¡tu sai tutto!, como dicen aquí en Florencia.

<< **Heavy** >> qué va *I'll give up*, me salgo, no pueden hablar en serio. Ba bay...

>>**Bombín**> maricos, ké ladilla ustdes, la pobre salió destrozá pal coño yo tamb...clic

Intrigas que atragantan gargantas que regurgitan

Febrero 12, 2015.

Tenemos que decirlo abiertamente, sin metáforas ni medias tintas literatosas: desde siempre, una vez que ha aparecido el aviso sobre el Premio Internacional de Novela Rafael Bolívar Coronado en la prensa, comienzan las intrigas, se multiplican las triquiñuelas, pululan los rumores, se despliegan las trapisondas. Se activan las campañas comunitarias a favor del próximo ganador. Cada órbita grupal, cada sistema celeste novelístico, cada vía láctea literaria y cada constelación de conjurados ponen el nombre de su candidato a girar en torno del sistema solar de preferencias, incluso mucho antes de que se conozca públicamente la identidad de los jurados.

Mientras los lectores ingenuos, la audiencia anónima y paciente, carecen de noción alguna acerca de las interioridades del galardón, ya los pequeños cenáculos han iniciado su cabalgata de zancadillas, acomodos, artimañas y otros aditamentos promocionales que, desde el silencio acuseta o la bullaranga edulcorante, enfilan sus jabalinas y disponen sus tropas para lo que pareciera más una batalla que un certamen literario.

Hay, por ejemplo, noticias documentadas del modo como en alguna oportunidad los bata-

llones de un muy conocido y antiguo periódico impreso en papel se dispusieron todos, cual aguerrido fuerte apache apertrechado, con el propósito de favorecer la obra de un novelista argentino, para más señas, «gordovés», como lo describió una novata reportera de cultura, detalle ortográfico incluido, o tal vez, gazapo intencional, motivado por el exceso de peso del candidato. A partir de ese momento, la presión al jurado fue absoluta y aplastante, despiadada, casi desquiciada. La seguridad del triunfo era tanta que se preparó, con antelación de varios meses, el número especial de la sección de Cultura, para ser difundida el día después del fallo de esa edición:

[Un recuento completo de la vida del ganador]

Titular principal:

El Bolívar Coronado recayó sobre Abilio Poseidón.

Sumario: Testimonio de un vasto periplo vital de persistencia literaria.

[Un capítulo de la obra]

«El desplazamiento aéreo de la mandamasona del imperio argentino».

[La infaltable entrevista de ese día]

[Simulada dos meses antes de conocerse la decisión, con preguntas y respuestas tan «originales» que podrían aplicarse a cualquier situación, autor, obra y período].

«¿Qué significa haber obtenido este importante galardón?»

«¿Qué hará con el jugoso monto del certamen?»

«¿Su opinión sobre los ganadores que lo han precedido?»

[El encarte literario de ese fin de semana estaría todo dedicado al «favorecido»]

El *Universo Literario* homenajea a Abilio Poseidón. Una feroz campaña de desprestigio, teledirigida hacia la supuesta contrincante más cercana, fue desplegada, a todo color, un mes antes de la fecha asignada cada año para informar acerca del galardón.

Según un cronista-sicario de turno, era preciso que cada miembro del jurado tomase nota de la falacia estética representada por la mediocre novela histórica *Bkúmeres y plumas en la bruma*, de la escritora vasco-chilena Izaskun Andrea Saloumé. De acuerdo con el despliegue de la intrigante pauta, cocinada desde las oficinas del *Universo Literario*, *Bkúmeres y plumas en la bruma* no era más que el plagio descarado de una obra en latín del siglo XII, poco conocida y menos difundida, cuyo autor había sido condenado y empalado por la Inquisición, sin derecho a réplica. Lo demostraba claramente, con argumentos contundentes y definitivos el profesor universitario y crítico literario más destacado del país, Víctor Romerogarcía (apodado) el Profesorsote.

A juzgar por la «investigación» desarrollada y ampliamente expuesta con abundantes notas a pie de página, fastidiosas citas textuales, referencias ilocalizables, ampulosa bibliografía y otros rotundos y definitivos aditamentos del lenguaje académico, artilugiosamente burilados por la plu-

ma vengadora de Romerogarcía, la autora de la plagionovela no se había detenido en ajustes ni afeites estilísticos a la hora de presentar aquello como suyo.

Sencillamente, quedaba muy bien demostrado que sus ideas las había tomado de los capítulos de una antiquísima y poco conocida obra intitulada *Chronicon breve, ab initio regni Francorum usque ad annun MCXXXVIII* [traducción libre del autor de este blog: Brevísima crónica: desde el comienzo del reinado de los Franco hasta el año 1138], publicada por el Abad Caracciolo Funestas y archivada en el Monasterio de los Trapenses, al sur de la península ibérica, ubicado en una puebla de «nombre anónimo», justo en la frontera entre Portugal y España.

Lo evidenciaba además el hecho irrefutable de que la obra de Saloumé contenía exactamente idénticas categorías gramaticales (artículos, adjetivos, sustantivos, pronombres, verbos, conjunciones, preposiciones y adverbios) a las que se habían empleado en la referida y desconocida crónica, solo que en otro orden y con significado más moderno.

También había sido invitado al país el autor «gordobeso», cuya novela magistral era ya imperdible, a fin de que dictara una charla sobre el tema fundamental de su «extrordinaria» (sic) obra de ficción: «Condiciones fisiológicas de los gusanos que poblaron el cadáver de Evita Perón, mientras el cuerpo inerte de la señora era utilizado para ju-

gar al escondite por los mismos militares argentinos que habían ordenado embalsamarla».

A todas estas, la lista de los escritores nativos aspirantes al Bolívar Coronado había crecido exponencialmente, en relación con todos los certámenes previos. Firmes, irreductibles, perennes, seguros de la limpidez y relevancia de la contienda, los plumarios locales se habían atrevido con la suma de mil cincuenta novelas de todas las categorías.

[Y, como cada año, en la lista han aparecido como pegatinas imborrables, indispensables, indelebles, los nombres de Febricio Persa y Amenodoro Cují, el dueto cúspide de los escritores del patio, los infaltables en manuales y recuentos, los únicos dos literatos serios del país, tan serios que habían logrado armar sus respectivos (y a veces compartidos) areópagos de imitadores y admiradores, todos jovenzuelos y jovenzuelas en edad de merecer (reconocimientos), siempre pacientes, esperantes de que alguna vez su correspondiente mentor fuera el elegido de la ocasión.]

Pero, una vez más, de nada valieron las mil y una arterías. Pudo más la fuerza desconocida acurrucada detrás de la novela de la señora Izaskun, declarada como ganadora indiscutible. También Persa y Cují habrían de sentarse a esperar una mejor oportunidad. Les llegaría en el siguiente capítulo.

Intrigas que atragantan gargantas que regurgitan (2)

Febrero, 2015.

Dos años después, se instauró de nuevo la angustia bianual. Pasaron otra vez al olvido las oscuras historias del pasado. No había motivos para desistir ante el venidero llamado. Durante el primer año siguiente, fueron, vinieron, volvieron, diversos mensajes de correo electrónico: «Me canso, ganso —le mensajeó Febricio a su principal interlocutor— ¡viviremos y venceremos!». «Acepto, te propongo que los madrugemos con una de las del epónimo». «Vale», respondió aquel. «Explicate». «Te explico...» «¿Qué tal?» «¡Sí va!, pero déjame precisar qué creen les chiques». «Yo, ¿qué os puedo decir?, de acuerdo con lo que dispongáis, sois los másteres, como diría Sancho Panza», respondió a los pocos minutos el primer consultado. «¡Hala, a por ellos!, todos para uno, como en otros tiempos» —fue la conclusión del cuarto participante en aquel cruce ciberespacial de voces escritas.

*Cinco novelas se disputarán
el Bolívar Coronado de este año.*

Se asegura que solo tres van para el baile de máscaras
La editorial del lúcido y lucido narrador Febricio Persa ha decidido someter al arbitrio del ju-

rado la obra *Partida de yacimiento*, descrita como «monumental» en la contratapa, apreciación firmada por el emergente y culto escritor Joaquín Trincado Mata, y ofrecida al público lector como «Drama de una región geográfica sudamericana en la que las clases pudientes se consideran hijas predilectas del petróleo, bajo la sospecha de que genéticamente a cada una le corresponde por lo menos un yacimiento».

Por su parte, la crítica especializada no ha vacilado en considerar que la segura ganadora de esa vez sería la que ha sido considerada obra magna del aeda occidental Amenodoro Cují, *Bienvenidos los incas, malvenidos los incapaces*. Tiene a su favor el estar inspirada en el todavía fresco contexto de la guerra de guerrillas de los años sesenta del siglo anterior. En esa época, Cují se desempeñó como testigo directo de los acontecimientos.

Participó, según se sabe, en las escaramuzas rebeldes, en calidad de enlace de mensajería interurbana. «Una epopeya enguerrillada —ha comentado un reseñador en tono de humor negro—, una aventura sediciosa que desafía todos los lenguajes y todas las lenguas por muy largas que estas sean». Su autor ha declarado a la prensa que se equivocan quienes creen que ha querido ser condescendiente con una temática de moda.

En el penúltimo lugar de la lista de preseleccionadas de este año, destaca por su curioso título y por su procedencia el libro *Biografía de otro iconoplasta*, del argentino, ahora residente en Boli-

via, Apascasio Mórvido. Poco se ha dicho de su temática, referida principalmente al nacimiento, muerte y resurrección de un supuesto escriba, héroe literario y libertador de las metáforas. Resalta el hecho de que el galardón jamás ha sido otorgado a un autor residente en el altiplano de los Andes centrales.

Las otras dos finalistas son *Testigo cular* (de Ángeles Masteta, que recrea una biografía de la ex-presidenta de un país sudamericano) y *Proxenetes somos todes*, sobre la integración latinoamericana, de Gregoria de Samsa.

Mi amigo el febril estudiante

Muy poco recuerdo los elogios con los que mi amigo el febril estudiante me impresionó la tarde feliz en que comenzó nuestra amistad. Sé que era una ocasión doblemente calurosa. Temperatura y sentimiento identificados en un adjetivo más preciso que recoge mejor esa doble condición climática, por dentro y por fuera: cálida. Invitado por mi amigo y conterráneo el profesor Adriano González León, yo había acudido a ofrecer una charla a un grupo de estudiantes universitarios.

El aula estaba plena. Sin embargo, mi estatura me permitía observar perfectamente cada cuerpo allí presente. Múltiples rostros de gente joven y ansiosa avistaba yo desde la atalaya en la que me acompañaba el colega que me había convocado a conversar con sus alumnos. Vislumbro ahora apenas un paisaje brumoso, como brumosa pudo haber resultado mi exposición ante tan juvenil y jubilosa audiencia.

Solo evoco con absoluta nitidez aquella presencia fuerte, segura, la aparente reciedumbre verbal de una promesa firme, envuelta dentro de una corpulencia todavía enjuta, joven pero desafiante, algo de inmadurez quizás, con mucha seguridad en lo que podía representar el futuro de aquel acercamiento.

Su nombre no importa. En este relato lo llamaré siempre mi amigo el febril estudiante.

Lo cierto es que terminó la charla formal y llegó el momento de los encuentros cuerpo a cuerpo, la cercanía inevitable de las pieles, el momento de los aromas sudorales cercanos. Pude observarlo muy bien. Es taba en la multitud de chicos y chicas que hacían preguntas un poco menos formales que las de unos minutos antes. Desde la opaca atmósfera impuesta por los vapores del aire acondicionado, entre una y otra sonrisa de quienes me rodeaban, apareció la figura de mi amigo. El febril estudiante.

Lo percibí en una imagen duplicada, desdoblada. Uno se acercaba tímido y receloso de que lo confundieran con un adulante más. Su rostro desvelaba cierta vergüenza, tal vez timidez.

El otro al que recuerdo, traía consigo una amplia carcajada. Imposible no notarlo.

Espalda muy ancha y una flacura feroz y prolongada. Eso los resume a ambos. Alto, muy blanco de piel, uno. Ropas bastante descuidadas, el otro, a la usanza juvenil del momento. Mochila terciada sobre su hombro derecho, el primero. Nada atractivo de rostro, su contraparte. Poco acariciables, quizás, los mentones gruesos de ambos, huesudos, casi salvajes. ¿Estrábico? Puede que uno de ellos lo fuera, pero digamos que no lo parecía. No en aquel momento, casi seguro. Desconozco si ello es posible, pero juraría que ese rasgo apareció después de que casi se volvieron uno solo.

Sin embargo, lo que menos me importó fue su físico decrepito. Obvié su corpulencia de aguja,

su longitud de lombriz. No tengo, jamás he tenido complejos de raza hacia las personas albinas. Pero si los hubiera tenido, muy poco habrían significado ante la sonrisa del febril estudiante.

Estaba allí, lelo ante mi presencia, quizás extasiado. No lo preciso ahora, apenas lo sospecho. Como si no oyera yo a los demás, como si el resto de los chicos y chicas fueran murmullos escuchados desde un sueño, inmerso yo en un éxtasis de duermevela.

El febril estudiante se fue acercando, hasta que ya estuvo frente a mí y me obligó a aterrizar en la realidad.

—¡No sabe usted lo que he deseado encontrarme con su persona en estos pasillos y Zeus me lo ha concedido! Estoy acoquinado, contrapavimentado; disculpe, casi no sé cómo decirlo, es usted en persona tal como lo imaginé...

«¡MAIIISTROU!», gritó, luego de detener una larga y paradójica risotada. Yo me retraje ante aquello. Intuí nervios alterados.

Creo que dijo «¡Maestro!» o algo similar a esa palabra mágica. Como siempre que la escucho, se movieron internamente mis nervios, se arrebujaron mis emociones, tartajeó mi sangre como lo hace cada vez que escucho una voz joven que me «maestrea» o me apela con alguna expresión similar. La sinceridad y la hipocresía se confrontaron en mis adentros. No es fácil precisar cuándo ese vocativo es una manera de ofender o de halagar. Pero aun con la duda, caí en su cautiverio.

Del resto solo recuerdo una larga lista de nombres: «Anacreonte, Camus, Chesterton, Cervantes, Coccioli, Dostoievski, Gramsci, Kerouac, Mishima, Píndaro, Platón, Pratolini, Quevedo, Ramos Sucre, Safo, Shakespeare, ... y... ¡vuexcelencia! han sido mis luminosos faros, maestro. Gusto en conocerlo, mi apreciado *magíster* que siempre ha *dixit* mis preferencias poéticas de la terredad...».

La evidencia obvia de una cultura escondida, subrepticia. Mi propia imagen de cuando fui adolescente devorador de títulos de libros y nombres de autores, pintores, músicos. Obseso eco yo de aquellos personajes literarios que deseaba ser.

¡Maestro, máster, magíster!

La voz del febril estudiante persiste aún en lo más inhabitable de mi memoria. Allí ha reposado por años. «¡Maestro!» y luego se desplegó en elogios hacia mis humildes novelas, las dos que había publicado para ese momento.

«Permítame alguna vez decirle mejor maestrísimo». Su discurso se desparramó después hacia una cadena interminable de personajes de la épica griega.

—Aquiles, Agamenón, Berenice, Cleopatra, Helena, Héctor, Odiseo, Paris, Penélope, Príamo... Como yo lo había hecho alguna vez, en mi juventud, cada vez que deseaba impresionar a alguien que despertara mi atracción.

«¡Maestro!» y evoqué la situación que los evangelios le han atribuido a Judas Iscariote. Sin embargo, omití esa imagen de mi comparación e igual respondí con una sonrisa.

Desde ese día, pernocta el febril estudiante en mis afectos, pero también, debo decirlo, lo acurruqué más adelante entre la sospecha y el delirio. Mucho deseé creerlo sincero, espontáneo, silvestre y rapaz, como su piel cuarteada desde la que se adivinaban los huesos. Rapaz pero capaz. Delirio, porque me había cautivado. Sospecha, debido a que nunca supe si era posible haber leído tantos autores a aquella edad, indefinida pero corta, sin duda.

Años más tarde, mi amigo el febril estudiante sigue viviendo dentro de mí, aunque —ahora lo confieso— nunca estuve seguro de su lucidez prematura ni de su sapiencia. Lo manifiesto hoy, cuando aquel primer encuentro ya es apenas evocación lontana, memoria depurada, recuerdo reconstruido, reinventado.

«¡Maestro!». No sé si alguna vez conoceré el verdadero significado que la palabra tuvo en esa ocasión. Solo que me hizo flotar, levitar por sobre el resto del grupo de estudiantes, imaginarme como un querubín en cámara lenta, con las alas subiendo y bajando lentamente, sonriente, complacido.

«¡Maestro, maestrísimo!». Para bien o para mal, hoy no lo sé, mi amigo el febril estudiante se ató a mi vida desde esa tarde. En ambas versiones. Aún permanece él. Y aún preservó también la duda, el misterio, la incertidumbre. Casi lo miro ahora desde la penumbra de mis evocaciones. Lo oteo caminando por una vereda que lleva al horizonte, volteando hacia el lugar impreciso donde me encuentro y preguntándome sin que yo pueda escucharlo:

¿Seré yo, maestrísimo, quien, como Judas Sica-
riote, te traicionará!?

21

Carta de Caracas

Lunes, febrero 26, 2015.

[Se publica esta carta, supuestamente enviada por vía electrónica, tal como ha sido encontrada entre los archivos impresos de Febricio Persa. Se desconoce si realmente llegó a su destinatario: A. A. B.].

Mi más estimado y muy querido «anacoreta» y apóstata. Mi querido Cuarto, Cuartucho, Cuartín, Cuartillo.

Permíteme que esta vez te llame así, por favor. Es mote que te demuestra mi cariño.

Te escribo desde la atalaya de esta montaña de estupideces que es la literatura nuestra. Me refiero a la rutina escrituraria que nos convoca y nos frustra cada dos años. Otra vez me he enterado de que la situación del certamen puede favorecer a los voraces peces del acuario en que se ha convertido mi país literario. ¡Jamás será!

Antes la suerte de la muerte que esa posibilidad funesta. Primero, un torrente de luces que enceguézcan al pérfido palurdo. Y una mano piadosa que ayude a descumplir la hora en que la pluma despreciable de Cují pueda salirse con la suya.

No, mi afectísimo Apascasio, si hay luces que puedan iluminar las cercanías, pues seguramente habrán de resultar ofuscadas antes de la consumación de tal herejía. Mejor un plan de ataque in-

falible que la codiciada presea para un indeseable. Sabes muy bien, amantísimo, que hay corazones que colapsan y ayudan a caer al vacío a quienes los atesoran en sus pechos.

Nada más he de decirte, solo que podría ser vuestro el momento de la consagración en verano si yo no alcanzare la gloria esta vez.

Habré de explicarte el plan en detalle, pero por teléfono.

Tuyo, siempre en la amistad, sin pliegues, desprovista de fisuras y tartufadas, F. P.

22

Una conspicua confabulación

Lunes, marzo 12, 2015.

[Asamblea de personajes escapados de la novela
Partida de yacimiento]

Asistentes en orden “alfabético” y en desorden
de desaparición:

Adolfito Madero, amigo de la infancia y adolescencia del narrador

Ardummy Vásquez, amigo de la infancia y adolescencia...

Beatriz, la exbella

Terry, amigo de la infancia y adolescencia...

Benedicta, la hermana menor y postiza de Mayuya

Cañón, el sepulturero y mítico poetica popular

Taine, amigo de la infancia y...

Don Gato y su pandilla de bataclanas

Temple, amigo de la infancia...

Doña Elodia o la Condesa ficcionauta

Edecso, amigo de la inf...

El tigre, hijo de don Gato, pero no de su pandilla

Émer, el cantante frustrado

Garavito Viruela (el travesti)

Henry Valles, amigo de la...

Mayuya, la hermana mayor y postiza de Benedicta

Narrador, el que todo lo sabe

Tulio, amigo de...

Violeta, la loca del pueblo

Pintoresca escena de zarzuela barata y mal descrita en la que predominan los balancines que se utilizan para extraer el petróleo. De entre las sombras han salido hombres y mujeres ataviados con sombreros y provistos de sombrillas. Lluve furiosamente. Sus ropas deshilachadas intentan esconder el propósito que los ha convocado. Son las personas de carne y hueso que representan a algunos de los personajes de papel de la novela *Partida de yacimiento*, publicada como suya por Febricio Persa, quien para esta ocasión ha asumido para sí el heterónimo o acrónimo Efebepé. Todos saben que son sus iniciales y que cada vez publica con un acrónimo diferente. Nunca imaginó aquel plagario que sus criaturas pudieran convertirse en las voces que ahora se hacen un colectivo para planificar el asesinato de él, su más temido enemigo. Vienen decididos a planear la venganza que les permita reivindicar tanta ofensa, tanta humillación y tanto rumor malsano con que su autor se ha dedicado a desprestigiarlos ante los lectores. *Los hijos de puta del petróleo* los ha bautizado. El aguacero ha cesado.

La primera en enterarse del desprestigio fue la pequeña señora de los lentes oscuros, doña Elo-dia, a quien Persa bautizó en su novela como la Condesa ficcionista de Medellín. Se enfureció la doña al saber que aquel frustrado sujeto la había utilizado como referencia directa para fabricar un personaje que la ridiculiza hasta el extremo.

«Trátase de una acomplejada señora de pequeña estatura con aires de dictadora hogareña. Tiene siete niños y niñas en su casa, a quienes hace llamar en conjunto sus expósitos, todos provenientes de familias humildes que, ante la imposibilidad de alimentar muchas bocas, los entregan como becas a personas acomodadas que les ayuden a paliar carencias y vacíos estomacales».

Eso habría escrito aquel resentido plumario. Sin embargo, la propia doña Elodia no cree ser en persona como se la describe en el personaje que la representa. Por eso ha venido a presidir la conspiración contra el difamador.

Otros que llegan, raudos, a la reunión son los excompañeros de infancia y adolescencia del narrador, a quien, para no abundar en detalles, llamaremos Febricito. Son todos la sumatoria de un disgusto simultáneo y vienen motivados por la cadena interminable de mentiras con que aquel autorcillo ha delineado sus conductas. En total, se trata de ocho hombres ya sesentones, calvos, con barrigas prominentes, abultadas por la afluencia recurrente de la cerveza. Ninguno de ellos está dispuesto a permitir que aquella bazofia de escritor siga viviendo.

«Señor Persa —ha dicho uno de ellos, Edecso, el más pequeño y regordete, en alta voz, ante la audiencia— si usted no capitula, monda». Nadie recordaba esa frase famosa de la heroína independentista zuliana, Ana María Campos, ante el realista Francisco Morales, defensor de las hueste

españolas. Tampoco la comprendieron los presentes —como no la entienden los lectores de esta cronovela— ni se preocuparon.

Uno de ellos, Henry Valles, quiso también demostrar su sapiencia y, con fuerte y decidida voz, ripostó para el resto:

—¡Mondo y lirondo será el final del examigo que nos ha ofendido con eso de que nuestros abuelos y padres han sido usurpadores de un yacimiento petrolero!

Todos en voz colectiva y al unísono asintieron con una afirmación rotunda, en tono de salmo responsorial: «¡así seráááá!».

Cañón el sepulturero llegó con la misma beodez que siempre lo acompañó en la novela plagiada, desde que se dedicara a su labor de enterrador que también hacía versos. Su rezongadera mayor la ha manifestado al saber que Febricio tuvo la osadía no solo de deformarlo como personaje, sino también de plagiarle una copla que a su vez él había «tomado prestada» de un ancestro suyo, predecesor en el arte de la sepultura: «las vanidades del mundo/ las grandezas del imperio/ se pierden en el profundo/ silencio del cementerio».

Las hermanas mayor y menor, Mayuya y Benedicta, no se hicieron esperar. Han entrado armadas de la sabiduría de la revancha, aprendida de la maestría de su ductora e institutriz, doña Elodia. Antes, rumbo al lugar, habían jurado, frente al altar de una iglesia encontrada en el camino, que no serían felices hasta ver a aquel farfullero pro-

sista consumirse en su propia sangre. Han sido las más certeras defensoras de la idea de un lanzamiento de su ofensor por todo lo alto.

Otros llegaron algo tarde, pero igualmente decididos: Émer, el cantante convertido en piltrafa y asesinado en la ficción por el impacto de un automóvil en movimiento, que lo arrolló mientras interpretaba una canción, parado en medio de una autovía; Violeta, la loca insigne del pueblo, depauperada en aquella noveleja hasta el extremo de hacerla parir un niño discapacitado que le engendrara uno de los compañeros de infancia del narrador.

Finalmente, un hombre con ojos felinos, algo golpeado ya por la vida cotidiana entre putas, cigarrillos y rocolas.

Entró al recinto sin decir nada y se sentó a escuchar al resto. Es el Tigre, hijo de un anciano a quien, por andar siempre de los brazos de una pléyade de gatunas meretrices, la maledicencia popular bautizó alguna vez como don Gato y su pandilla.

La reunión comenzó como si se tratara de un rosario en familia. Cada cual se persignó y dijo alguna frase sagrada, antes de que, de parte de doña Elodia, se abriera el debate:

Doy la palabra y me la tomo —advierde doña Elodia—: el ofensor debe ser castigado con la pena capital.

Desgarrado habrá de morir el desgraciado —añadió uno de los compañeros de infancia del narrador.

Con la misma vara que nos midió, lo fuetearemos —ha acotado Mayuya en tono ceremonial.

No puede pasar el páramo a sombreroazos quien en una oscura sombra nevada nos ha confinado. Eso ha dicho otro de los chicos.

—¿Qué pensáis vos, Benedicta?

—No pienso, mamá Condesa, actuaré ipsofácticamente y seré yo misma la que active el dictamen. Me reservo el derecho de ejecución. Quiero que me acompañe Émer con una canción de cuna.

—¡Una rumbantela de coñazos! ¿Será eso lo que proponéis?

—Mejor un fusil incrustado por el anónimo —arguye Violeta, ya no tan loca— y luego hacer que el proyectil le llegue hasta su sucia bocota y le desgarré la rúgula de la garganta, o sea, la campanilla, pues, para que nunca pueda pronunciar la erre del francés, como ha dicho que yo lo hacía.

—¿Habrás querido decir la úvula, mi querida Viole(n)ta? —pregunta Benedicta.

—O un par de velas por la nariz y una paleta por el hocico que le suba hasta el velo palatino hasta que se ahogue —sentenció Émer.

—Propongo mejor una sola cosa —dice Cañón, el poetica.

—¿Cuál es?

—Que parezca un suicidio. Lo despachamos pal coño y dejamos para despistar un papelito con una estrofa que diga:

«¡Ábreme la puerta, cielo, que vengo muy mal herido con dos fieras puñaladas que me ha dado tu marido».

No me parece procedente —dice el que se llama Taine, en su lenguaje de abogado sin bufete— no podría el imputado escribir una copla así, porque nunca se le ha conocido acusación penal de parte de su cónyuge legal ni complicidad concubinaria, ya que no tiene ninguna de las dos, se murmulla que es misógino.

—Entonces que lo coja un burro mocho y coprófago —participa Edecso.

—Vamos, vamos, no pierdan la cordura —interviene la Condesa— algo se nos ocurrirá. Podemos pensar en un *estomakeik* que lo *force* a expulsar heces hasta que se deshidrate.

—No se dice que lo *force*, Condesa, suena mejor «que lo *fuerce* a expulsar eses...» Pero las «eses» no se expulsan, se escriben...

—De acuerdo, que primero lo *force* y después lo *fuerce*...

—¡Carajo! Sería una muerte muy culta. Nadie sabe lo que es un *estomakeik* —argumenta el musiquito llamado Adolfito Madero— y mucho menos lo de «eses o heces», pensarán que hablamos de hediondas consonantes.

—Porque son brutos —aclara Tulio Delgado— *stomach* significa estómago y *eik* es dolor. *Stomakeik*. Lo dice el *matadonkeys* de Oxford.

—¡Mirá que sois habladores de huevadas —Beatriz, la culta y exbella, ahora ya algo vejuca y arrugada, se ajusta la falda—. Proponed un castigo verosímil.

—¡Dios mío! ¿Y qué es verosímil, Bea?

—¡También tengo que explicarlo! El que nace barrigón ni que le canten la lotería. ¡Ni que le expliquen etimologías, carajo! Hagan un cursito de vocabulario. Olvídenlo y cambiemos de tema, no puedo hablar con gazzápiros insalubres.

—No, mejor algo simple: un autasuicidio —dice el atiplado Temple— un incisivo acto voluntario en el que el escritor se dé jaquemate a sí mismo por su propia y misma mano suya de él.

—Nadie entendió tampoco. Pero Émer pregunta: —¿Y cómo?

—Perdón —dice la Condesa, tomando una servilleta y apretándola en su mano derecha— déjenme ir a hacer pipí y les explico eso al volver.

Nada dice la olvidadiza doña Elodia cuando regresa, todavía ajustándose las elásticas de la pantaleta.

—Con una espada de Damocles que le regalemos para que se atravesase el corazón —irrumpe Garavito Viruela con su amaneramiento habitual—, ¡una espada que le quite sus manías de iconoclasta descarriado, joder!

—Con razón el autor te disfrazó de gay en la novela ¿Cómo se te ocurre?

—La vaina es cómo conseguir la espada si Damocles murió en el siglo IV antes de Cristo y nadie sabe dónde carajo la dejó guardada. Esto lo ha dicho Adolfo Madero, practicante de esgrima y uno de los personajes más culturosos y ofendidos en *Partida de yacimiento*, apodado con el mote de Pachuco por sus compañeros. Según ellos, se parece a Tin Tan, el actor mexicano.

—No importa —interviene Terry, hermano de Taine— podemos encargarle a don Gato y su pandilla que la encuentren.

—Mejor se meten con el cognomento de sus progenitoras. No metan a mi padre en esto —se enfurece el Tigre.

—No es para tanto, Tigre. Era una broma. Lo más conveniente será cicutearlo o cianurearlo. Como al poeta cumánés Ramos Sucre y a Platón. Que beba cicuta o cianuro, si es que se consiguen todavía.

Ha hablado Ardummy Vásquez, echado sobre un sillón, batuqueando sus piernas de futbolista enano.

—O un solo sopapo por la azotea —ha sugerido Benedicta.

¿Qué es sopapo y qué es azotea? —pregunta Cañón.

—Muy fácil, versificador, la azotea es la cabeza y un sopapo es el que te voy a dar por bruto, gran carajo.

—Okey, man, no me apures que me orinoco —dice Cañón, recordando los nombres de dos ríos venezolanos: el Apure y el Orinoco.

Nadie entendía demasiado aquello. Sin saber por qué, a la señal de la Condesa, todos sencillamente aplaudieron, asintieron y aceptaron la decisión asumida colectivamente. Había que asesinar al narrador que los había ridiculizado. O hacerlo asesinar antes de que llegara a ganarse el Premio. No merecía seguir vivo ni diseñando a tanto personaje para luego burlarse de ellos. Nadie dijo exactamente cómo. La decisión final ha sido recogida por Benedicta en tono de metáfora popular:

Sentencia dictada

Febricio Persa debe estirar la pata, marcharse al otro barrio o a la urbanización de los acostados, cascarla, finarse, vestir el traje de madera, trascender, cambiar de paisaje, volar alto, pelar bola, liar el petate... o sea, morir pa'l coño...

Aplauso estruendoso. Laaaaargo redoble de tambores.

¿Quién fue Rafael Bolívar Coronado?

Marzo 19, 2015.

Ha sido la pregunta de esta entrega un motivo que ha retumbado en mi investigación durante los últimos días. Después de imaginar esa extraña dramatización donde yo describía una asamblea comunal en la que algunos de los supuestos personajes de Febricio Persa intentaban ponerse de acuerdo para planificar una venganza en contra de su «creador», he vuelto a la realidad y debo precisar algunos asuntos: el fallecido escritor Febricio Persa jamás redactó obra alguna que se titulara *Partida de yacimiento*. La plagió. Así de simple. La copió. Se ignora quién es el autor original. Por lo tanto, tampoco fueron de su autoría personajes como los que intervenían en esa reunión ficticia, o al menos no se ha certificado que así sea. Sin embargo, bien ganado tiene el juicio sumario a que lo sometieron.

Por ahora, debo creer que algo tiene que ver el nombre del epónimo del Premio con la muerte del autor que nunca lo obtuvo. Y a fin de verificar si hay alguna relación, pues he creído que nada era más urgente que hacer una síntesis de la biografía y controvertida personalidad de Rafael Bolívar Coronado. A eso me dedico ahora y la transcribo tal y como la he diseñado en mi primer borrador:

Rafael Bolívar Coronado era apodado familiarmente «el Ruiseñor hecho tuche». *Tuche* es palabra trujillana, de los Andes venezolanos, que significa «añicos, polvo o restos que resultan de la desintegración de algo». En consecuencia, a RFB lo llamaban el Ruiseñor vuelto añicos. Porque su voz atiplada era objeto de todas las burlas, cada vez que en medio de alguna borrachera se le ocurría interpretar el lloroso bolero *Alma llanera*, supuesto producto de su propia creación, aunque realmente compuesto por otro mediocre musiquillo de su comarca:

«Con lástima te digo
me arropa tu presencia
tienes alma llanera
no creo en tu quereeeer».

Sin embargo, cuando no andaba pasado de tragos, se le conocía también como «*el dandi de la pampa venezolana*». Véase por qué.

Nació en Los Puertos de Alta gracia (estado occidental de Zulia, Venezuela, en alguna fecha imprecisa de inicios del siglo XX, en 1910 o por ahí). Pero desde muy niño emigró a la calurosa población de Achaguas (estado venezolano de Apure, limítrofe con Colombia), pueblo de pura llanura llanera, planicie plana y plena. De allí la confusión histórica que lo ha puesto a venir al mundo en medio de un pesebre de la bravía pampa apureña. Después vivió en Caracas, hasta que marchó con una beca a Madrid, España, donde por varios años pernoctó en las ciudades de Madrid y Barcelona.

Nunca fue realmente exiliado, pero así lo pregonó para ganar indulgencias entre los celtíberos peninsulares. Regresó a Caracas una vez caído el último dictador venezolano del siglo XX.

Se le conoció siempre por su particular vestimenta. Veamos cómo lo describió su compañero de farras, el escritor venezolano Daniel Mendoza:

«Solía llevar un pañuelo de seda fina de abigarrados tonos, ya en flores o arabescos, anudado a la nuca de modo que dos largas puntas le caían sobre la espalda. Encima del pañuelo lucía el alado sombrero de fieltro que nombran pelo'e guama. La camisa, de impecable blancura, tenía cuello angosto, ceñido, y abrochado por dos botones de (falso) oro puro, formando cada uno una medalla, a veces un corazón, en ocasiones una herradura, o, la mayor parte del tiempo, la marca o hierro que usaba su acaudalada familia para identificar las reses y el personal de servicio propios.

«De los dos botones del cuello bajaba una cadenilla, también de oro cochano, perdón, oro cochino, o sea, artificial, de la cual pendían otros dos botones, vale decir, los de la pechera. En las mangas llevaba atados los puños con sendas yuntas o gemelos del mismo metal. Toda la camisa, cuyas faldas iban fuera del pantalón, flotando, estaba primorosamente bordada, con mil pliegues, dobleces, rizos y caprichosos calados. Principalmente en la pechera, donde generalmente también se veían dibujos de arabescos trabajados en redecillas con hilos de oro y plata.

«Desde la pretina hasta el garrasí, a lo largo, se le veía una hilera de moneditas, unas veces de oro, otras, de plata, atadas como los botones de la camisa, por su correspondiente cadena.

«En los pies semidesnudos calzaba sandalias de piel de res, curtidas, a las que la gente del pueblo llamaba cotizas, mentadas alpargatas o alpargates en otros lugares del globo.

«Era hombre de lengua barba recogida en la parte inferior por un vistoso anillo dorado cuajado de esmeraldas y rubíes. Y nunca le faltaron las espuelas detrás de los tobillos, también de plata u oro cincelado, bruñido y repujado.

RBC celebró himeneo con una muy rica viuda a la que familiarmente apodaban Vaca jorra. Jorra de «horra», porque era del conocimiento vulgar y pueblerino que aquella señora había sido siempre incapaz de dejar que alguno de sus óvulos fuera fecundado por semen de varón, cualquiera que fuera la calidad de la esperma o el tamaño del falo participante en el contubernio. No tiene ovarios —se murmuraba en el pueblo— tiene ovariolas, ovarios que más bien parecen bolas».

Macho machirulo irredento y pertinaz, el ofendido se defendía: «Le habrán dicho antes *Vaca jorra*, pero mi esposa ha sido una bestia por esas caderas —argumentaba el orgulloso desposado cada vez que se le recordaba el mote de la consorte—. Lo que antes nunca tuvo fue padrote que la doblgara. Hasta que llegué yo» —remataba.

La expresión favorita de RBC para calificar a los escritores latinoamericanos que no eran de su agrado, sobre todo si le parecían guabinosos (con lo que quería decir indecisos, vacilantes) y blandos con el poder político, era la de referirlos como «burros tuseros».

Llegó a decirlo de don Andrés Bello Portillo, de *monsieur* Amado Nervo, de *míster* Rubén Fonseca

y de *lord* Ángel Rama. Con esos mismos tratamientos, evocaba los nombres de ellos cada vez que deseaba parodiar sus existencias o calcar algunas de las geniales obras que habían escrito.

«Son una pandilla de burros tuseros. Bestieros de mala pelambre, sin más atributo que su ambición. Traen sabañones en los pies y pulgas en las neuronas».

«La literatura iberoamericana es una república de burros tuseros. ¡Se les ven las orejas a todos!».

«¡Pero el más tusero ha sido el asno con voz Avelino Persa, imbécil y oportunista!». Eso repetía con furia cada vez que le recordaban a don Avelino, autor de sonetos ramplones, considerado por él un *oropel*: mucho ruido y pocas nueces, un relumbrón.

Montaba RBC un hermoso caballo rucio palommo. Ejemplar de feria, ícono de elegancia.

Usaba como tabaquera una muy repujada vejiga de toro y, en cada una de sus mascadas de tabaco en rama, no hacía más que quejarse de sus congéneres plumistas.

Es interminable la lista de obras «propias» que logró dejar para la posteridad; todas descaradamente despojadas a otros. Jamás aspiró a que los pocos escritos que sí salieron de su pluma fueran impresos en papel. Única excepción: la novela *Memorias de un semibárbaro*, con sobradas dudas acerca de si realmente fue de su autoría. Ha dicho la crítica que de tanto plagiar a otros, terminó copiándose a sí mismo y nunca supo qué obras realmente le pertenecían. Es decir, terminó confundido con sus propias obsesiones.

El testimonio mayor de su producción ha deambulado a través de la historia, gracias a la magia de la oralidad. Se trata entonces de nuestro primer y más grande escritor oral, sin más testimonio letrado que el ya referido. Un supuesto letrado iletrado que supo seducir a las bellas letras. La lista de abajo solo recoge una minucia de su vasta producción, dedicada casi toda a los temas de lo basto y lo bastardo. Se trata de los títulos que dice la gente que recitó, algunos que seguramente fueron cambiando a medida que circulaban de boca en boca y de los que, por su carácter oral, obviamente, se desconocen fechas precisas de circulación:

El amor en los tiempos de la cólera de Aquiles

Conversación en la catedral de sal de Zipaquirá

Cuentos de humor, de ricura y de suerte

Canto a la apicultura de esta tórrida zona de tolerancia

Sobre héroes y tumbos que son policías

Alguna vez se le acusó de escritor racista que solo creía en la existencia de una raza, la suya. De haber vivido en una época posterior, habría sido destrozado por lo que en el futuro serían las redes sociales. Sin embargo, no escapó al castigo, aunque no propiamente por ser un machista y racista consumado, que lo era, sino un detractor de la familia del mandón de turno. Debido a tal actitud, fue hecho prisionero de la dictadura por atreverse a escribir en la oscuridad de la noche tres poemas-grafitos con los que supuestamente ofendía a la parentela materna de aquel presi-

dente-militar-sátrapa-autoritario-déspota-palurdo-campesino, apodado el Bagre de La Mulera:

*Cuando un blanco está comiendo
con un negro en compañía
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida.*

*Una mujer de estas negras,
vestida de muselina,
parece un tronco quemado
en medio de la cocina.*

*La familia de aquel negro
dicen que es de Medellín
poquitas personas saben
que es oriunda de Hollín.*

Bolívar Coronado salió de la prisión para ser enviado al exilio, por irreverente, por subversivo y por segregacionista consumado. La dictadura confiscó todos sus bienes, incluida tal vez su esposa, a quien alguien secuestró y condenó al ostracismo. También se apoderó de las propiedades de su ricachona familia. Y no vio luz hasta muchos años después, cuando una rebelión cívico-militar pudo derrocar a aquella banda de desahuciados desheredados que sucesivamente se habían hecho del poder.

Luego de que por el país hubieron desfilado cuatro períodos del régimen de fuerza, regresó del extranjero y fue proclamado escritor nacional

con licencia de sobreviviente, por encima de todas las generaciones precedentes y futuras.

Sus copartidarios en el gobierno, ahora denominado bagrista coprofágico, por su similitud con aquel ya casi olvidado gobierno de facto encabezado por el sátrapa de La Mulera, decidió crear en su honor un importante premio internacional que contribuyera a mantener indemne e impoluta su imagen de ganadero escritor, rico en reses y en libros. Regresaba entonces para ser enaltecido por la misma crápula de gobernantes a los que supuestamente combatió durante toda su estada en tierras foráneas. Y aceptó, sin aviso y sin protesta, como reza en las letras de cambio. Cambió entonces las letras por el lustre.

Abuelo poseso, nieto obseso

Lunes, marzo 26, 2015

Investigando sobre la vida de Bolívar Coronado, hemos encontrado una clave importante. El odio de Febricio Persa hacia el epónimo provenía del hecho de haber acusado a su abuelo escritor de burro tusero y de haberlo tildado de imbécil y oportunista. No ha sido poco, pero falta por dilucidar la conexión entre aquel hecho y la muerte repentina de nuestro personaje.

Y, mucho más, Bolívar Coronado estuvo enfrentado durante mucho tiempo con aquel tótem de la cultura nacional. Avelino Persa no solo se las había arreglado para recibir todos los honores de los regímenes dictatoriales con los que se había amancebado. También se trataba de alguien altamente reconocido por sus dotes de poeta adulón de las familias acomodadas de su tiempo. Dicen los documentos que su actividad preferida consistía en hacer versos edulcorados para las jóvenes quinceañeras vinculadas con esas familias. Por este motivo, no había sarao, ceremonia o baile importante donde no apareciera el poeta como invitado de honor.

*Niña dócil, mi quimera
chiquilla dulce armoniosa
es la de hoy quinceañera
nunca la hubo más preciosa*

Con versos cursilones de esa naturaleza supo don Avelino granjearse los honores de las castas gubernamentales y godas de su época. Y con la parodia de ese mismo estilo supo ganarse Rafael Bolívar Coronado la animadversión de los epígonos de Avelino Persa. El saber popular repite con sorna sus burlas hacia los versos de Avelino. De la pluma filosa del Ruiseñor hecho tuche solían desprenderse lo que él mismo denominara *per-versos*. Aquí un ejemplo de riposta con la que RBC confrontó la copla que hemos citado arriba:

*Niña dúctil y ñoñera
chiquilina empalagosa
Ya no solo es quinceañera
sino también adiposa.*

RBC atribuía sus *per-versos* a un supuesto poeta que utilizaba como heterónimo, llamado Ave de Lino. Y, claro, lograba que sus chanzas fueran repetidas por la gente. Suficiente para que ardiera en mil fuegos la furia de Avelino Persa y saliera provisto de una escopeta en busca de su odiado parodista.

La consecuencia natural de dicha situación ha sido que exista toda una progenie de escritores locales, los avelinistas, que han dedicado su trayectoria literata a cultivar un odio genético hacia el presunto farsante mayor que fue Bolívar Coronado. Y nada distinto podría pensarse del presunto nieto de tan particular poeta, Febricio Persa, quien no se dedicó a la poesía sino a la novela.

Así ha nacido la fábula según la cual Febricio Persa, el supuesto descendiente, juró en cierta ocasión,

ante sus pares del grupo literario Piso 3, que no descansaría hasta ver «rodar por el fango» la memoria del mayor ofensor de su ascendiente, don Avelino. No sabía que alguna vez se volvería también una obsesión ganar un certamen que en el futuro llevaría el nombre del acérrimo adversario de su abuelo. Para esa época no existía aún el Premio Rafael Bolívar Coronado y a muy pocos se les ocurría que existiera alguien con la idea de fundarlo.

Pero existió.

Tampoco llegaron a intuir los fablistanes del momento que se trataría de un galardón anhelado por la mayoría de los escritores hispanoamericanos. Y mucho menos que habría una pléyade de jovenzuelos, efebos congénitos, empeñados en que el mejor candidato sudamericano para obtenerlo sería precisamente el profesor universitario y novelista Febricio Persa.

Pero la hubo.

Ni pensar que la historia podía adelantarse y hacernos saber que Febricio Persa aparecería vestido de cadáver el mismo día que el jurado iba a declarar que precisamente él sería el ganador de ese año.

Pero así fue.

25

Altura de un piso 3

Lunes, abril 02, 2015.

Propongo que se llame *Grupo Miércoles*, ya que está en el medio de la semana, es un buen día para bautizarnos, porque nos ubicarían en el mero centro. No, me parece que ya hubo uno anterior que se llamaba Grupo Viernes o algo parecido.

¿Y *Ruinas Circulares*? Luce muy jalabólico y adulantoso hacia el ciego sureño y ese no es nuestro patrono... Además, no olvidemos a los barbudos de *Tabla Redonda*.

Yo digo *Wuaraira Repano*, como la montaña mágica que escolta a Caracas. Tampoco. Suena bastante cursilón. Casi nombre de medicina para la diarrea, como *Guanicar Reparto*.

Me parece que podemos llamarnos ¡No me toques ese bar! Eso me suena a apotecónimo. ¿A qué? Olvídalo. Van a pensar que somos como los borrachos de la Pandilla de Lautréamont. Y ya los escritores bohemios son piezas de museo, están demodé. De verdad que sí. Ellos presumían de «palígrafos», mucho trago, poca testa y menos textos. Nosotros seremos polígrafos, muchos textos, a eso aspiro. Abandono con los nombres, que me coma el tigre. Como dicen los cuates mexicanos, me doy...

¿Y si buscamos en un diccionario de literatura alemana? Los colegas tudescos son famosos

por sus aciertos en agruparse y autonombrarse. ¡Dios santo, qué cultura! Habría que ir a pedirlo a la biblioteca del piso 3. ¿Por qué? ¿No hay un diccionario en otro lugar que no sea el piso 3? Ya sabes cómo son las bibliotecas universitarias. Todo menos los libros que uno necesita. Subamos al piso 3 y allí podremos buscar algo más lírico. A mí me da pereza subir solo a eso, o sea, me fastidia, no quiero, son muchos peldaños para un simple nombre.

Y a mí ya saben que me falla el lirímetro, no me gusta la lírica, soy narrador. Mejor vayan ustedes. De veras que sí, Febricio, porque lo que tú escribes se podría calibrar o medir con un lirómetro, para verificar el nivel de somnolencia que pudiera ocasionar en los lectores. Las personas se quedan dormidas cuando te leen.

Me resbala lo que pienses de mis primeros cuentos, Amenodoro, la gente los lee más que tus necias parrafadas en prosa a las flores y a los colibríes.

Bueno, no estamos en una discusión estética, sino buscando algo que nos hermane.

Lo de «estética» lo dices tú, la discusión es más bien estética, no podemos evacuar un pendejo nombre ¿Cómo será para escribir el manifiesto?

Entonces, listo, así se queda, mejor nos llamamos *Huidizo y lejano piso 3*. Y nadie discute.

Lo de «huidizo y lejano» suena algo «balurdo», necio, vacuo, inexacto, absurdo, tonto, a poesía ramplona como la de Amenodoro. Me quedo con lo de... ¡Piso 3! ¡Ya está!

Acepto y nada contradigo... Y yo, como los militrunchos que se emboban cuando les dan empleos no castrenses, ¡soy obediente y no deliberante! ¡Vaya! ¡Así se hace la historia! Lo veo clariiiiito en la página del *Universo Literario*. Escribe ahí en el pizarrón, Maru:

«Emergen las frescas escrituras de los chicos de *Piso 3*. El nombre proviene del lugar donde se reunían: el tercer piso del edificio de aulas».

Bobadas, no te anticipes, eso empava, agorero, es decir, trae mala suerte. Es de mal turgurio, perdón, quise decir de mal augurio...

Buen turgurio y mal agüevo, diría yo...

Tú y tus jueguitos de palabras, Maruja, olvídalo, bórralo...

¡Muy bien, ya! ¡Definitivo! Tenemos el nombre del grupo, ahora necesitamos un lema, algo que nos identifique.

¿Cómo si fuéramos una marca de salchichas o un detergente?

¡Me ha llegado la musa! ¡Ahí va! Yo digo, pero anoten, pónganle comillas: «Ahora y siempre, Piso 3 no complacerá a la gente».

No seas cabeza de ovario, estamos hablando en serio. ...esa vaina parece una cuña de aceite de ajonjolí... ¡Me refería a un apotecónimo de impacto, bruto! Un nombre de guerra... Ok, mejor lo buscamos sin que yo deba pronunciar esa palabra que, por cierto, desconozco. Y menos sabiendo que soy gago. A-po-ne-có-pi -to. A-pe-to-ní-mi-co...

Ella se refería a un epígrafe, idiota, ¡un e-píí-gra-fe! Una frase bella, como una marca comercial que diga algo de por qué nos hemos formado como grupo literario.

Carajo, en eso sí que no había pensado, ¿y tú, Febricio?

Tampoco yo, pero podemos intentarlo. ¿Tú tienes algo, Cuartucho?

¡No me digás Cuartucho, boludo! —reclama Apascasio— Me rompe los huevos que me digan así, en diminutivo, es despectivo y ofensivo, ¡me hincha las pelotas! Conformate con apodarme Cuarto. No, no tengo nada, che, ya me arre-ché, estoy dándole vueltas a la coca.

¿A la qué? ¿Consumes cocaína?

¡A-la-cocal, calentapollas, así le dicen a la cabeza en Trujillo.

¿A la qué?

¡A la cabeza!, reputa, mejor chupame el orto, pelotuda, conchetumadre.

¡Al carajo con tus dialectalismos palurdos! ¡Argentino hablando en trujillano! ¡Menudo pastiche lenguaraz y caliche!

Oí, sorete. *Coca* es más poético que cabeza. Cabeza tenemos todos... y los hombres dos, coca solo algunos y una sola, ¿viste? Nosotros, los argentinos, por ejemplo. Y, claro, ustedes por haberse juntado conmigo.

Bueno, bueno, esto está muy charloso —interrompe Marujina— pongan a trabajar esa co-ca y díctenme un lema pelotudo como dice el Apasca-

sio. Yo escribo y anoto para la posteridad.

A lo mejor no es gran cosota, pero yo digo, esteee, escribe ahí: «Somos la palidez de una magnolia».

No me piache, caro mío Amenodoro, suena a secta académica, añosa y peñosa, de bolerólogos, no a grupo literario; recordad, palurdos, que seremos a partir de hoy una congregación estética y que lo que hagamos de ahora en adelante los críticos lo reseñarán en todos sus libros.

Yo me anoto connnn... ¡Verso a bordo, cuento a ciento, novela que desvela!

No me parece, demasiado connotativo, como diría mi profesor de semiología náhuatl.

Entonces que sea un lema mestizo, como nosotros, escribe ahí, te deletreo: *À partir de ce jour Patria coepic with us.*

Se te secó el cerebro, pretencioso ¿Qué vaina es esa? ¿Guajiro?

Es un lema trilingüe, inútil: ¡francés-latín-inglés. Así no dejamos fuera a ninguno de nuestros idiomas ancestrales. Nadie lo entendería, pero todos lo repetirán como si fuéramos la propia y mismísima verja de Triana.

Perdón, lo de verja de Triana me suena. Por cierto ¿no era verga de Triana? Pero ¿qué es ancestrales?

¡Coño! ¿Hay que explicarte todo, Marujina? Las lenguas que nos han dado el alimento para nuestras orientaciones artísticas. Y dije «an-ces-tra-les». Primero «*À partir de ce jour*», en limpio francés, porque ya sabemos que escritor latinoamericano que no ha ido a París o no hable la lengua de Víctor Hugo es *guateperro*...

¿Guate qué?...

¡Excremento de can!, coño, ¡mierda de sabueso! Nada, después te lo explico, cuando salgamos...

«Patria coepic» es latín, porque de ahí venimos todos, Virgilio nos «virgilia» desde el cielo. Inglés «with us» porque es la lengua universal y franca...

Franca...mente no entiendo, pero acepto para que no nos perdamos en filosofidades.

That'sit. Ai guess güi jav an eslogan. Rait it daun, Armando.

¡Epa! ¿Y el castechano?

Estará en lo subliminal, en lo profundo, en la subyacencia y en las entrañas de nuestros textos. Ese no hace falta, porque es el idioma castizo de Castilla La Mancha en el que escribimos, ¿du yiu remember Cervantes camarada? Sería redundante y algo pedante. Con rima consonante para que no me jodan...

¿Y lo de guate? ¿Guate qué? No me dijiste.

Caramba, gua-te-perro, Guate es mierda y todo el que pregunte por lo que eso significa. Sinónimo de *copro*. Y sí, ¿cómo te digo?, por ahí que es algo así como lo que sos vos, un sorete, una porción de excremento reseco.

No, mejor me callo, ya me estás ofendiendo, Cuartucho. Me llamaste sorbete. Pero ¡aclaro!, me gusta el lema, el epígrafe, o sea, el a-po-ne-có-ti-mo, suena vergatario, regio, ¡muy bueno! Yo lo apoyo, dejo constancia: Febricio apoya totalmente la proposición...

No se dice *proposición*, esa palabra no existe, búscala en el diccioburro. Se dice «propuesta». Bolsa,

siempre con tus correcciones, existe porque yo la nombro. Y repito: Febricio apoya la... moción de *Piso 3* y el lema que ha inspirado a Amenodoro. Ahora falta volver sorete, como dice Cuarto, al señor aquel. Por lo menos yo...

Hecho, si hay alguien que no esté de acuerdo, que lo diga ahora o que silencie sus cuerdas vocales *forever*... ¿No? ¿Nadie? Todos estamos de acuerdo, desde este momento existe el grupo literario *Piso 3* y su grito de guerra será: *À partir de ce jour Patria coepic with us*. Nos vemos el jueves, traigan ideas para un manifiesto. Grupo literario sin manifiesto ni es grupo ni es literario...

Rabiografía del escritor nativo

Texto inédito de Febricio Persa

Nombre completo y alias: Amenodoro Cují (a) Chuchube Murmurante.

Oficios: abogado sin éxito / profesor fracasado / periodista ocasional / funcionario público sin funciones.

Edad: variante y descendente, de acuerdo con el transcurso del tiempo. Señas literario-genéticas: hijo y nieto de escritores prescindibles. Rasgos físicos: cabello hoy canoso, mañana teñido de negro azabache o púrpura, rostro serio.

Aspiración máxima: publicar 500 libros antes de la llegada de doña Parca.

Vida cotidiana

Oriundo de San Rafael de la Nevera, un caserío perdido en las montañas del occidente venezolano; tiene cara triste, unas veces de tailandés en decadencia, otras, de árabe en fuga. Ínfulas escriturales de clásico renacentista. Ha vivido en la ciudad de Capatárída, estado de Falcón, Venezuela, o sea es *falconiano capataridense venezolano* de adopción, en la cual ya le han levantado su merecido busto, al lado de otro del cantautor más conocido de esa región, Alirio Primera.

Aparentemente reservado, es más bien un individuo cerril, como potro sin doma, arisco, a ve-

ces repugnante, de escasas pulgas y abundantes sonrojos. Charlar con él es como chatear con un ahogado: cinco de cada diez de sus palabras son silencios y tres son quejidos, murmullos o frases cortadas y mal articuladas, a veces inaudibles. Carente de expresiones faciales, es difícil saber si cuando habla con alguien le está recordando a la madrecita, alabando algún libro o buscando conversación para no sentirse ausente. En eso es verdaderamente casi gocho, como suele decirseles en Venezuela a los andinos en general.

En varias ocasiones ha declarado a la prensa que alguno de sus abuelos campesinos le enseñó que los genios son de poco hablar, rostro furibundo y mucha reflexión. Siempre recuerda con lágrimas el nombre de su primera maestra. Y por lo general aparenta estar distraído, pensando en algo. Casi como un discóbolo mirón que aprecia en el horizonte la lejanía y se interroga internamente con metáforas acerca de la multiforma de montañas, llanuras, nubes y mares. O sea, es adicto al estilo Juan Peña, aquel personaje del cuento «El diente roto» que de tanto guardar silencio y jurungarse la dentadura con la lengua, sin abrir la boca, terminó mordiéndose los alvéolos, tragándose un incisivo y muriendo envenenado por sus propias caries.

Actividad literaria

Amenodoro Murmurante forma parte de una corporación falconiano-maracucho-mexica-

no-barcelonesa-bonaerense en la que cada integrante hace elogios irreflexivos y ciegos sobre el resto de los miembros, es decir, donde sea necesaria alguna lisonja para cualquiera que forme parte del clan que se hace llamar *Los baratarios vergatarios* y que no trafica con estupefacientes sino con letras, letras de intercambio, metáforas fluorescentes y etéreos sonetos armados a puro verso de pie quebrado.

De las ganancias literarias que con esfuerzo de adulación ha logrado como fundador de un congreso quinquenal al que pusieron el nombre de Rafael Bolívar Coronado (el rey de los heterónimos), ha cultivado Amenodoro muchos contactos con plumarios de otros países a quienes el departamento donde él labora sin trabajar le dio oportunidad de invitar, pagar los boletos, la manutención y otros servicios adicionales, como conseguirles chicas (a los hombres), chicos (a las damas) y chiques (a les no binaries). Ha sido además el impulsor de un sello editorial dedicado a reeditar, con fondos universitarios, los volúmenes que cada año publican en sus respectivos países los nubosos integrantes de su logia.

Pueden constatarse las diversas reseñas que se han hecho de las novelas, poemarios y volúmenes ensayísticos de Chuchube en el extranjero y confrontar los nombres de sus autores o autoras con los de la lista de invitados a las primeras versiones de tan célebre congreso, institución sin fines de lucro, pero con afanes de lacra que —como ya se

ha dicho— fundó con algunos de sus congéneres falconianos. Además, Amenodoro, el pequeño saltamontes capataridense, tiene su franquicia nacional entre nosotros, con sus respectivos corresponsales criollos en Barcelona de España, en Madrid, en Salamanca, en París, en Bogotá, en Estambul, en Pekín, en Caracas y en etcétera. Bien estructurada, ajustada, aceitada y presta para la defensa ante cualquier ataque subversivo de los integrantes de la baja y detestable ralea de los escritores de otros grupos del patio.

Todos los integrantes de la red dicen que es un narrador de marca mayor, aunque de mercado menor, lo que a él le tiene sin cuidado. Muchos de ellos están conscientes de que sus cuentos y novelas (de él) son aburridísimos. Si la eficacia de la literatura se midiera con un bostezómetro, seguramente la de Amenodoro alcanzaría muy altas temperaturas. Suyo de sí para siempre ha hecho el dicho preferido del poeta también venezolano don José Antonio Ramos Sucre: «Los escritores se dividen en aburridos y amenos(doros), los primeros son los llamados clásicos».

«Lo importante no es ser ameno, sino clásico», complementa Murmurante la conseja de Ramos Sucre.

Algunos de sus detractores lo llaman burlonamente *El visado recurrente*, como se titula una novela corta suya, y esto debido a que de los 25 años que ha fungido y fingido como profesor universitario, se ha pasado veinticuatro viajando

por el mundo que para nada le ha sido ni ancho ni ajeno, como le fue a don Ciro Alegría, el escritor peruano.

Y si además lo apodan en algunos corrillos de las escuelas de Letras *El iconoclasta*, ha ocurrido porque cada vez que toma un avión, su asistenta (que simultáneamente es su «cónyuga») envía a la prensa una gacetilla donde informa sobre la salida del plumario a difundir la literatura local y siempre titula con una misma frase: «Ameno continúa quebrando ídolos rotos como todo un veterano iconoclasta». Anexa además una fotografía del marido con su mejor ángulo, pues, para no ser diferente a los de su generación, nuestro personaje jamás ha estado conforme ni con su rostro ni con su estatura ni con la temprana canosidad de su cabello. De allí que, una vez llegado a la mitad del camino de la vida, cuando inició la cincuenta-nada, Amenodoro Cují ha adoptado tres costumbres que, con una mínima inversión, le facilitan salir de sus complejos de exguerrillero urbano.

Primero, ha pasado una temporada en Londres, París o Cúcuta (no hay seguridad al respecto, pues se ha ocultado tal hecho a la prensa), durante la cual se sometió a una intervención quirúrgica que le mejorara el ángulo imperfecto de su gruesa y aplastada nariz de payaso de circo.

Segundo, se ha practicado además implantes de silicona en pectorales y glúteos, complementados con refrescamiento botóxico de ojeras y labios. No obstante que sus admiradoras y adulones conti-

núan viéndolo tan mal parecido como era antes de la operación, él está más que satisfecho y contento con la nueva apariencia de su supuesto perfil aguilero y sus prominencias frontales y traseras.

Luego de tal aventura, decidió que su vida debería aumentar además en unos centímetros de autoestima, por lo cual, en tercer lugar, adoptó la costumbre de usar coturnos en sustitución de zapatos convencionales. En realidad, se le ve con más estatura, pero para los adversarios de su séquito continúa siendo un pequeño constructor de ficciones con tacones.

Finalmente, llegó para Chuchube el momento de acabar con las canas que, a causa de sus preocupaciones y distracciones, se adelantaron nomás tocar el medio siglo de vida. Y, muy a pesar de haber militado juvenilmente en el comunismo ortodoxo y supuestamente actuado de enlace en la guerrilla de los años sesenta, ahora, Amenorodo se encierra en la intimidad de su habitación una vez al mes. Su asistente, la esposa, presta y diligente, aparece entonces mutada en estilista, cual experimentada torera con sus banderillas en ciernes, superdotada con tintes para el cabello, disolventes, guantes y cepillos.

Al final de la sesión, Chuchube aparece en público con su cabeza teñida, ora de rojo casi púrpura ora de negro azabache ora de marrón castaño. Mis- mos tonos que han adquirido durante las labores de peluquería íntima sus bigotes de charro y sus pobladas cejas. Mire usted que cosa tan extraña

es un viejo escritor comunista-leninista-ortodoxo que no tiene empacho en comprar los tintes que fabrica el capitalismo.

Y para completar su estrategia de mejora del físico, arrima su cabello lateral derecho a la izquierda, con la finalidad de tapar la calvicie frontal. El destape senil no ha sido tanto como para atreverse a probar con el bisoné, por mucho que se lo haya sugerido la consorte.

Sin duda, el escritor hispanoamericano prototípico Amenodoro Cují, cariñosamente motejado por sus adversarios como el Chuchube Murmurante, tiene ahora más apariencia de personaje de ficción que de creador de ficciones.

En uno de tantos periplos, olvidó su origen falconiano-neveresco y su antigua estirpe relacionada con los indios jirajara y se declaró oriundo de la isla de Barataria, paisano del gobernador Sancho Panza. Más bien aquí, en honor al vientre abultadísimo de nuestro personaje y a la relación con el escudero de don Quijote, debería haberse escrito «panzano» y no paisano.: su panza delata el alto consumo de bebidas etílicas.

También a los cincuenta años, como si en ese límite cronológico se le fuera a escapar la vida, decidió nuestro personaje redactar la pesada y gruesa novela histórica *Adiós carajo dijo Carujo* (1995), con la que ganó el premio a la narración más longeva de ese año. Longeva porque había comenzado a escribirla desde que, de joven y luminoso becario del gobierno nacional, iniciara un

doctorado en el que duró tres lustros y que por cierto nunca pudo concluir, debido a que jamás el tribunal designado aceptó dar el visto bueno a su proyecto de tesis intitulado *Arte y parte de las Cacademias*. Como es propio de algunos poetas cursilones y creídos, Cují ha detestado siempre las academias de la lengua y no cesa en hablar mal de sus atasados y pomposos protocolos.

Alguna vez, en la presentación de una obra suya, en Talavera de la Reina, un apartado pueblo de España, en las cercanías de Madrid, con el propósito de impresionar a la audiencia (que por cierto no era de más de 15 personas contando a los tres que estaban en el podio de los oradores) afirmó: «No me considero un escritor hispanoamericano, sino un alguien que escribe en la lengua del Cid y soy un campeador de algún lugar de La Mancha de cuyo nombre sí quiero acordarme». Aquella pequeña y «estruendosa» multitud se desparramó en aplausos y no paraba de gritar ¡bravo, bravo! A su lado estaba otro de nuestros principales escritores, que visitaba también aquellos predios, el gordizuelo ingeniero mecatrónico, devenido en escritor, que lleva por venezolanísimo apelativo Getsemani Barrera, apodado Torombolo por sus compañeros del liceo. En esa ocasión Getsemani sonrió amablemente ante la oratoria de Amenodoro. Le arrimó un cómplice empujoncillo de codo y comentan que el moderador del evento cree haber escuchado un susurro:

—Nos la estamos comiendo frente a estos gallegos tontos, macho, ¿vale?

Algún escritor, este sí venezolano sefardita, que responde a las iniciales AGI, comentó en cierta ocasión que un cuento de Amenodoro que lleva por título *Diario de la nana que se fastidiaba en su propio lar* es una autobiografía en la que ficcionalmente cambia de sexo y relata sus múltiples periplos promocionales.

Otro de los principales promotores de Murmurante ha sido don Perjurio Aragua, barbudo, algo hediondo, quijotesco y extraño personaje que la literatura nacional importó desde alguna isla caribeña y al cual la camarilla del diario *el-imparcial.com* sacralizó entre nosotros como un crítico vergatario y culturoso, aceptando que escribía de todo y sabía muy poco de muchas cosas, pero era «muy leído» por las hordas hambrientas de sabiduría de las escuelas de Letras, a quienes iban dirigidas sus notas semanales.

Aragua murió hace pocos años, pero dejó suficiente testimonio de la valía de Chuchube Murmurante, entre otras, autor también de las novelas *El baile de la danta blanca* (1991) y *La falsa vida negra de Caperucita roja* (2004, narración en tono de western lafuentestefánico con la que ha buscado penetrar el mercado estadounidense del libro, con prólogo del cuate mexicano Juanillo Vichoro, quien por cierto habla como Cantinflas y se ríe como Moe, el de Los tres chiflados). Valga acotar que los cofrades jaliscienses de Vichoro lo apodan *Juan Sí lloro*,

debido a los distintos momentos en que han brotado sus lágrimas, cuando hace presentación de las novelas de sus compinches.

Bibliohemorragiografía del autor

Amenodoro Cují ha sido escritor consecuente, aunque al decir de la crítica, mejor articulista de costumbres que novelista, y pésimo ensayista. En ese último género, ha publicado sobre cada viaje realizado por el universo. Todo aparece compilado en el breve volumen de amplio título *Ochenta vueltas al mundo en menos de ocho años, siempre subsidiado por el Consorcio Nacional de la Cultura. Homenaje al autor en sus bodas de plata, metal que ha acumulado sin ambiciones personales*. Capatárída: Alcaldía Municipal, 2005.

Sus cuentos, aunque tienen también extensos encabezados, más luengos incluso que la historia que relatan, al decir de sus familiares profesores, son muy buenos, sobre todo los de tres libros suyos intitulados *Nunca estuve con mis cerdos por eso no volveré con ellos ni me quedará en Capatárída* (1988), *Yo el correcaminos rutinario injustamente perseguido por una jauría de lobos envidiosos* (1991) y *la chica de frente y perfil con ubre de mula maniatada y otros relatos ocurridos durante mi tour hacia las riberas del Duero* (1993).

Sus novelas de verdad que no son felices, aunque ciertos críticos más interesados en viajar con el autor por el mundillo de los consagrados quieran convencernos de lo contrario. Sufrió horrores, por ejemplo, cuando, en cierta ocasión, un reseñador le argumentó que *Las frutas que heredé*

de mamagiuela, la de los dientes cariados, es una novela autobiográfica de 315 hojas impresas cuyo valor literario se reduce a un cuento inicial de unas 27 páginas. Y eso sin contar espacios en blanco ni puntos y aparte. Nos referimos a su primer capítulo, el que se titula «No cuentes conmigo, mamagiuela, sigo siendo el inútil de San Rafael de la Nevera». No se entiende que los caprichos del autor lo hayan conminado a añadir tantas páginas sobrantes para apenas dejar clara ante el lector la noche que su abuela comenzó a masticar esa pasta de tabaco que llaman chimó andino, dando así inicio a que se creyera en todo el pueblo que sufría de caries genética.

Chuchube ha obtenido, además, una catorcera de segundos lugares y menciones en importantes galardones y suele argumentar que los jurados han premiado a un autor anónimo, ignorantes de que se trata de su persona. Sus amigos bromistas solían referirlo como el Mencionado. Insiste en que, si supieran que son textos suyos de él, no lo elegirían, debido a que le tienen envidia y tirria, ojeriza, desconfianza, atribuidas estas a que ha logrado coyundarse con la hijastra de un destacado político que ha ocupado innumerables cargos públicos. Como si no bastara con leer apenas los títulos de sus obras para reconocer sus textos. De cualquier manera, es un autor venezolano-hispano del siglo XX, proyectado al infinito del XXI, prolífico y casi premiado en varios flancos. Según ha declarado, aspira a publicar por lo menos qui-

nientos libros antes de la partida al «reino donde la noche se abre».

Web-ografía.

El único aporte de nuestro personaje a la webografía local es el texto virtual *www.http://La ballestista de Valle Frío, región nada transparente del estado venezolano de Zulia, ubicado en la frontera colombo venezolana.com* (en línea). Se trata de un relato extenso del mismo autor (60 páginas) que poco añade a su obra total. De ser yo —el narrador— su editor, seguramente no lo habría publicado. Debido a eso, hemos omitido reseñarlo en esta bibliomorragiografía.

Manifiesto literario difundido desde un Piso 3

Lunes, abril 09, 2015.

À partir de ce jour Patria coepic with us

Noso-tres, integrantes del grupo literario Piso 3, conscientes de nuestro destino creador y clarísimos en la meta que nos hemos propuesto, queremos dejar testimonio de nuestras duras andaduras y de la razón de nuestro lucido y lúcido apotecónimo o nombre de guerra limpia:

Tres porque es el número de la trilogía. Tres por la Santísima Trinidad. Tres porque apostamos por la literatura popular como el trío Los Panchos. Tres por las tres divinas personas, aunque somos más y menos divinos, más tres-renales. Tres porque tres por tres es nueve que, entre tres, es tres. Tres por los tristes tigres. Tres, debido a que venimos de tresnocharnos y hacia trechos innovadores vamos. Tres, ya que somos el Piso 3, la vanguardia triplicada, los tres mosque-tre-ros, que sumamos cinco, hartos de la palidez del rostro tribilín de quienes nos han precedido con blandura de «tresteza» y enfermedad de treponema. Escritores, treintones mas no treinta-lescentes. Los tinterillos trementinas habrán de ponerse en guardia ante la arremetida del tres-mendo cansancio de lectores y le-tre-ros. Tresquilaremos la paz de los triciclos en que han vivido nuestros

an-tres-pasados, vencidos por la tres-molina de la tristura. Tres porque tres mil son las perversidades cometidas por ese copista tridimensional que ha sido Rafael Bolívar Coronado. Con tres palabras hemos llegado a este recinto múl-triple para multri-plicarnos en trillones de textos y vencer finalmente la voz de los silbidos es-tres-mecedores y las tri-quiñuelas toleradas por nuestros ances-tres literarios ante la ignominia de aquel plagiarlo que ha tres-pasado el triángulo de la complicidad.

De un piso 3 hemos decidido abortar sin fórceps nuestro drama que llama y clama por trescientas ideas sensatas que nos saquen del marasmo vivido con tanta poesía y narrativa que se niega a buscar la triaca o remedio para los malos textos y testas ya «coronadas» que nos han mostrado una tradición de es-trés. No daremos «paz a los octavianos», ni «fuentes» para el abrevadero de los adulantes. Galleguearán los lagrimales de las romuladas y los ven-tris-queros. Venimos en contra de adulaciones prematuras hacia el bolívar mal coronado. No más rafaeles en este tremebundo mal alabado trébol improductivo y tres-pador.

Desde un *Piso 3* hemos bajado a la realidad, a contemplar el césped irresoluto y enmalezado de nuestra li-tre-ratura. Somos *Piso 3* y solo podemos decir, sin tregua que nos identifican las tres consonantes de quien será nuestro epónimo y un grito de guerra:

R. B. F.

À partir de ce jour Patria coepic with us.

28

El testamento del Persa

Para: Eloína (profabella CS-UUU)

<Eloínamorticia@uuu.ve>

De: Alcides A. Barcarola

<barcarola_inquieto@el-imparcial.com>

Fecha: 30 de julio de 2015 00.15

Asunto: Texto que cierra el caso de Persa

Enviado por: mail.com

Firmado por: mail.com

►: Mensaje importante principalmente por los integrantes de la conversación

Mi admirada profe Eloína:

Va en el documento anexo la entrada que relata mi conclusión sobre el misterioso (des)fallecimiento del «poeta y escritor Febricio Persa» —así lo identifica el informe forense recuperado, intervenido por mí y publicado con anterioridad—. Repito aquí un nombre que realmente no era el suyo. Debo decir, además, que he logrado descifrar las iniciales R. B. F. Va en primera persona como si lo hubiera redactado el mismo escritor. Por lo delicado del asunto, someto a su sano juicio este texto final, antes de colgarlo en el Investigador submarino.

Creo que con esto se cierra un suceso, pero seguramente se abrirán otros. Avíseme su opinión para darle play y publicarlo. Siempre alumno

agradecido y admirador, AABI.

Versión final textamento del persa.pdf

110kb Ver Descargar.

El textamento del Persa

Ese día mi primera reacción fue aceptar que el Premio nunca sería mío, que jamás lograría yo mi propósito de hacerme de la estatuilla de Rafael Bolívar Coronado. Confieso que ya para ese momento no me afectó el hecho excesivamente, tal como había ocurrido en otros momentos. Por el contrario, lo asumí como una certeza definitiva, aunque sí me preocupaba cuál podría haber sido la participación oscura de mis dilectos Morales, Trincado y Genova en toda la faramalla alrededor de aquello.

No culparé a mi colega argentino-boliviano. Cuarto ha sido un farsante desde los tiempos de *Piso 3*, pero no será culpable en esta ocasión, si acontece lo inesperado. Fui yo quien le hizo la descabellada propuesta.

Para azuzar aún más mi intranquilidad, la nota de prensa hacía énfasis en la noticia que había estado esperando durante varios días. Me convenció definitivamente de que hay espacios, asuntos, experiencias que jamás formarán parte de nuestra vida. Antes, en las seis citaciones anteriores, lo había asimilado como una penitencia vinculada con mi mala fortuna de escritor llegado de la provincia, o con la negativa estrella literaria con que pude haber nacido: no hubo ni un solo humilde cronista en toda mi ascendencia directa ni en mi

parentela colateral. No tengo ascendencia literaria. He sido un silvestre acuñador de palabras, sin árbol genealógico que me ampare en este universo en el que tu apellido de escritor tiene que vincularse con otro precedente y muy relevante.

Ni siquiera he tenido nada que ver con ese versificador del siglo pasado que fue Avelino Persa. Alguna crítica irresponsable fabuló sobre mi consanguinidad con él, haciendo creer que soy su nieto. Y así se ha repetido. Suele ser labor de cierta crítica literaria espontánea: repetir sin investigar. Tampoco yo le negué jamás. Lo confieso.

¡Ah, malaya haber tenido yo un abuelo poeta! Aunque se tratase de un rimador tan cursi y ramplón como don Avelino, eso me habría permitido presumir de mi privilegiada genealogía. Hasta habría adoptado para mí el doble apellido, me habría unido a esa costumbre tan hispana de repetir en sucesivas generaciones los apellidos de los ancestros literarios o políticos.

Así como en Venezuela sobreviven a expensas de los tatarabuelos o bisabuelos notables los nuevos Picón Febres, los múltiples Febres Cordero, los abundantes Picón Salas, los incontables García Arocha, los López Contreras, los Medina Angarita y muchos otros, yo no habría tenido empaque en hacerme conocer como Febricio Avelino Persa Persa. Doble Persa. Para que no quedara ni una sola duda acerca de mis genes.

Mas no, Avelino Persa no fue mi abuelo, ni siquiera pariente lejano. Ese caballero era de origen

corso y todos los descendientes de corsos en mi país son nombres importantes para la literatura o para el dinero. Como se sabe, yo he sido insignificante para una cosa y para la otra. Ni fama ni fortuna ni felicidad. Aparte de mi nombre inventado, no va conmigo la letra efe.

Lo de Febricio fue una rutinaria equivocación de tecla. La primera vez intenté escribir *Fabricio* y se me atravesó la *e*: «Febricio». Pensé que el azar me estaba sirviendo mi futuro nombre en bandeja de oro. No es igual Febricio que Fabricio. Fabricios hay muchos. Febricio me quedé.

En cuanto a Persa, es apenas la adopción juvenil de un apellido sonoro que resultara verdaderamente literario. Es un mazacote silábico, lo que llaman un acrónimo, de mi verdadero nombre completo: Peyo Ramírez Sánchez.

¿Puede alguien que aspire a ser escritor de renombre llamarse Peyo?

Obviamente que no. Y mucho menos si llevas los dos apellidos de alguien acusado de terrorista internacional y preso en París.

Mas, si hay algo sencillo en Latinoamérica, es engañar con nombres falsos a periodistas, historiadores y profesores de literatura. ¿Puede alguien asegurar que no haya sido ficticio el nombre Rafael Bolívar Coronado? Casi suena a César con corona. En un continente donde nadie investiga la certeza de nada y todo se repite como rosario en familia, poco cuesta hacerse de un sonoro apelativo de guerra. De modo que Febricio Persa

me he hecho llamar desde que publiqué mis primeros poemas juveniles.

Sin embargo, antes del final, adelanto otra confesión. Yo mismo he cultivado la supuesta existencia del vínculo genético con ese mi supuesto abuelo. Por ello, para mantener la falacia de mi estirpe avelínica, me he visto obligado a odiar a Bolívar Coronado desde mi época de estudiante, desde los días de *Piso 3*.

Odiarlo, insisto. A él, a todo lo que llevó, ha llevado, lleve o llevare su nombre y su impronta. A sus súbditos, a sus remedadores, a sus patrocinadores, a sus viudas. A su familia. A sus defensores. A sus difusores.

Primero, detestarlo a secas, por el solo regusto de mantener una tradición: hablar mal de alguien idolatrado por el colectivo para lograr tu propia idolatría. Después, aborrecerlo y envidiarlo, debido a sus dotes de magno charlatán. Más adelante, abominarlo y leerlo para admirar su osadía. Y finalmente, execrarlo y emularlo subliminalmente en su proceder: desear volverme también su pariente literario.

En consecuencia, nada había de verdad en esa mi actitud. Todo ha sido falso, apócrifo. No es «tinta sangre patricia» la que ha corrido por las arterias de mis apellidos. Soy, pues, un plebeyo devenido en letrado por azar. Y nada tiene que ver mi insignificante pasado con RBC.

Por momentos, en mis primeras incursiones —los cuentos lugarcomún, los poemitas cursilones—,

creí que mi éxito lo impedían las zancadillas que me tendían mis adversarios en las trastiendas de la literatura. Alguna vez, hasta llegué a creer que había una confabulación armada en mi contra. Todo dirigido a que no fuera yo el beneficiado por mucho que mis efebos y mancebas insistieran en que era mi novela la candidata natural para ese año. Hasta pensé que el haber sido severo crítico de Bolívar Coronado y su prole de chupamedias y chambelanes pudo haber masacrado mi destino, encochinado mi ruta de fracasado consecuente. Hombre nada libre acoquinado por la atiquifobia, mi temor congénito al fracaso.

No obstante, ya no precisaré de ningún ensalmo que borre mi sendero mal andado. De nada me servirá la estatuilla. Los cadáveres de los escritores no tienen dónde colgar los diplomas ni cómo gastar y disfrutar lo material que un premio pueda aportarles. En países como el mío, los minutos de fama que te aporta un libro se vuelven borrascosos apenas te colocan el epitafio. Los libros se marchan contigo, como si te los arrojaran dentro del ataúd.

Y pronto seré eso: un cuerpo inerte, yerto, muerto, suelto, absuelto, que se consume en los hornos del camposanto; un trozo de vida malograda sumergido en el humo definitivo de la mentira.

Antes de traspasar esta ventana y colocarme sobre el filo de la cornisa, antes de hacerme el disparo, enviaré al diario que alguna vez dirigí una breve nota para exigir que, luego de que ocurra lo que haya de ocurrir, cuando llegue el momen-

to de cadaverizarme, calcinen mi humanidad en hornos de alta presión.

Pero tampoco puedo marcharme sin dejar alegato de lo que creo pueda haber ocasionado mi crisis de identidad. Pistas para que se conozcan alguna vez las verdaderas motivaciones de cómo se mueven los hilos de un país literario. Lo relataré como lo presumo, sin que esto implique que yo esté necesariamente escribiendo la verdad última acerca de ello. Dejo entonces estas páginas como mi «textimonio», quizá el futuro pueda considerarlo como un «textamento».

Todo comenzó con la primera convocatoria...

La prensa decía que se fundaba el certamen en honor del «primer ficcionista del país», así lo apositaron sus correligionarios. Que se honraba la memoria de Rafael Bolívar Coronado por haber sido el escritor más auténtico con que hasta ese momento había contado la cultura nacional. Se nos recordaba su presunta vergonzosa declaración para justificar aquella actitud de suplantar a quien le diera la gana sin hacer demasiado esfuerzo. Se trataba entonces del único escritor sincero, quien sin rubores había confesado el plagio intencional de un vasto inventario de clásicos nacionales y extranjeros.

«No es poco —decía la noticia— que alguien se haya atrevido a hacernos ver que todos los literatos que sucedieron a Gilgamesh son unos copistas».

De ese modo, para legalizar una verdad y hacerla oficial, ante la inminencia de su regreso al país,

nacía el galardón internacional con su nombre. El reportaje cerraba con una cita que refería lo atrabiliario y sincero que había sido aquel sujeto a quien desde muy joven yo había comenzado a detestar, por haber puesto en evidencia aquel magnífico apotegma y no haberme dado oportunidad de ser el autor de tan acertada reflexión: «Como yo no tengo nombre en la República de las Letras, he tenido que usar el de los consagrados, porque yo no puedo darme el lujo de que me salgan telarañas en las muelas».

Comencé entonces a burlarme yo de él y de lo que suponía como una falsa actitud para hacerse notar. Declaré en su contra cada vez que pude. Ahora, el destino parecía condenarme a que alguna vez se me premiara con su nombre. Y hasta me atreví, años después, a escribir una novela plagiando yo uno de sus títulos más conocido: *Memorias de otro semibárbaro*.

En esos días de la creación del Premio, yo era apenas autor de una novela redactada y publicada con la premura de los inicios, un libro incipiente, repetitivo de lo que había leído en otros, marcado por el desparpajo, la codicia y el egoletismo que nos acogotan durante la juventud.

Tenía 28 años y estaba a punto de hacerme de un diploma de sociólogo. Sin darme cuenta, comencé siendo un plagiario, como cualquier escritor joven.

En el barullo y la efervescencia de las luchas estudiantiles, estimulé con varios amigos la creación de un grupo literario. Por la historia ya sabíamos que

la mejor manera de salir a la luz pública en países como el nuestro era coyuntándonos, poniéndonos un nombre colectivo de batalla: montar una orgía y un simulacro de himeneo comunitario y —broche de oro impecable, certero, seguro— enfilear todas las baterías contra alguna de las vacas sagradas de la literatura preexistente. Yo al menos tenía esto bastante nítido en mis propósitos.

Lo hicimos.

Éramos algo así como un cinco en uno. Una joven estudiante de Comunicación Social y nosotros cuatro, que estudiábamos simultáneamente Sociología y Letras. Todos para una.

Bolívar Coronado había sido hasta ese reconocimiento un novelista en el que no pocos se habían fijado. Y aquello pasaba a significar su consagración definitiva. Puedo confesar en estas palabras finales que envidiaba dicho acontecimiento y desde aquel momento creí merecer ese honor mucho más que él. Porque yo sí tenía la certeza de ser un escritor original, estaba seguro de que nadie había escrito ni escribiría lo que yo ni como yo.

Y no era vanidad. Era convicción definitiva. Aunque fuera un desheredado en la literatura, había yo nacido para ser la voz de mi país y aquel usurpador se me había adelantado en el camino, habiendo sido él apenas un amanuense de estilos, un ladrón de identidades. Era materia conocida que se había metido en los nombres de miles de escritores nativos y no nativos. Y que además no había tenido empacho en confesarlo.

Inventó y publicó antologías de poetas bolivianos, escribió-fabuló sesudos tratados de historia que además llegaron a convertirse en evidencias referidas por notables académicos. Fue poeta celebrado vestido de Andrés Bello y narrador sobresaliente con apariencia de Jorge Luis Borges. Le dimos un nombre al grupo: *Piso 3*. Se refería al nivel del edificio donde todos recibíamos clases. Y cargaba con el doble sentido del propósito que nos agrupaba: pisar tres veces como a un gusano infeccioso al que se interpusiera en nuestro camino y aplastarlo hasta hacerlo convertirse en fétido excremento, en apestoso popó, en maloliente mojón, en nauseabunda deposición, en pestilente guate, en pestífera boñiga, en fin, en muy hedionda plasta de mierda.

El nombre del padrino de *Piso 3* fue facilísimo. En la memoria de los cinco primaba la existencia del escritor al que no deseábamos parecernos. Y también la de aquel al que sí añorábamos emular. Muy poco entendíamos la novelística de este último (oscura, ambigua, perversa), pero era la posibilidad más cercana a lo que habíamos fijado como nuestro cénit, un honroso punto de encuentro, la obra que nos unía. Se llamaba Rufino Blanco Fombona, apellidos que también habían servido de sostén a muchos integrantes de su descendencia directa e indirecta. Esa ha sido su mejor credencial. No nos importaron otros detalles acerca de su violenta personalidad o vida privada, por no ser culpa atribuible a nuestro tótem.

Para escoger y denostar de la vaca sagrada a la cual defenestraríamos, tampoco lo dudamos demasiado. Desde hacía unos treinta años, el país entero había acordado que su más luminoso faro literario fuera el farsante Rafael Bolívar Coronado. Nosotros nos dedicaríamos a destruirlo. A él y a sus huestes de buchiplumas chupatintas. Muy sencillo. Así nacimos.

Así abrimos la trocha por la que se deslizarían nuestras aspiraciones hacia un seguro y firme puerto literario. *Veníamos de la noche y hacia las trochas íbamos.*

Así se comenzó a hablar de nosotros.

El muy astuto impostor Bolívar Coronado había tenido la fortuna de marcharse a la madre patria en pleno auge del franquismo. En una España sacudida por las rebeliones que suelen operar en el subsuelo de las dictaduras, para salvar el pellejo, hubo de acercarse al anarquismo catalán más retrógrado. Era especialista en lograr notoriedad y hacía esfuerzos para que no se le perdiera de vista. Jamás dejó de hacer honor a lo que alguna vez había escrito en Caracas:

«Yo no puedo vivir sin hacer ruido, me hacen falta la movilidad, el peligro, la agresión».

A propósito de peligros y agresiones, se sabía, por ejemplo, que el epónimo de nuestro grupo Piso 3, Rufino Blanco Fombona, había estado a punto de asesinarlo por haberlo dejado en ridículo al publicarle libros firmados con los nombres de otros. Risible fue aquel acontecimiento ocurri-

do en alguna oscura tasca madrileña, aunque con un dramatismo digno del cobarde personaje: Bolívar Coronado se enteró por boca de un circunstancial mensajero que ha sido retado a duelo por don Rufino, su antiguo jefe, protector y mecenas. Se niega a creerlo.

Según supimos, don Rufino había recibido una misiva de Caracas en la que se le advertían extraños asuntos sobre la publicación de varios volúmenes de la *Biblioteca Americana de Historia Colonial*, hecha por su editorial América. Se le indicaba que parecían ser apócrifos, que eran inexistentes no solo los libros, sino también sus autores. Incrédulo ante tal hecho, el editor pide a un empleadillo que acuda a la Biblioteca Nacional de Madrid a ratificar los datos referidos por Bolívar Coronado sobre las fuentes «originales» de los volúmenes. Se descubre que todos han sido imaginados por aquel despreciable sujeto. No existen los códices aludidos por el farsante al consignar los textos ante el editor. El Maestre Juan de Ocampo, F. Salcedo Ordóñez y Diego Albéniz de la Cerrada, supuestos autores de los libros incluidos en la referida Biblioteca, son nombres falsos, más allá de que hayan sido después alabados por historiadores y académicos de renombre. Y no son los únicos casos. Hay una larga cadena de hechos similares desconocidos hasta ese momento por el editor. Todas las presuntas investigaciones de Rafael Bolívar Coronado fueron producto de su fantasía. Había sido el más absoluto ficcionauta y con ello logró engañar a todos.

La furia se apodera de Blanco Fombona, cuya iracundia era más que conocida en el mundo de los escritores. Se le sabía capaz de la más alta metáfora o del cuento deslumbrante; se conocía de sobra su desinteresada disposición a difundir la literatura hispanoamericana en España; pero también el poco aprecio que sentía por la vida de quien osara ofenderlo.

Salta de rabia el editor, ofuscado, arremete a patadas contra las prensas de su negocio, camina con un rictus de fiera y aprieta fuertemente los puños, golpea los anaqueles y arroja algunos volúmenes hacia una ventana. Se despierta como un terremoto su ya reconocida pasión por la sangre del oponente. La ofensa debe ser reparada. Y acude al mismo empleadillo para que busque al plagiarlo en la tasca que suele frecuentar y le participe del modo como desahogará su disgusto. Maldiciendo, cambia de opinión y sale minutos después a buscar él mismo al ofensor.

Bolívar Coronado ha tomado un sorbo de orujo en el momento en que lo interrumpen. Acompañado por el mensajero, viene hacia él su amigo el poeta español Francisco Villaespesa, quien le chasquea los dedos en señal de algo. Por saludo le dirige una broma.

— ¡Hala, yo que tú pondría pies en polvorosa! Este chaval quiere daros un parte de guerra.

—Que te apersonéis en la Plaza de Pontejos a las seis menos cuarto —le dice el chico a Bolívar Coronado —, ¡y que vayáis armado! ¡Don Rufino Blan-

co jura por la mare sua que si no le matáis primero, vengará vuestra ignominia con un pistoletazo!

No ha logrado el bromista Bolívar Coronado explotar en risa, cuando siente encima de su cabeza algo que pasa dando vueltas. Más adelante aquello golpea una botella sobre el mostrador y cae al piso. Es un bastón. También escucha unos gritos: «¡Hi... de puta, veguero mentiroso! ¡De mí no os burlaréis más!».

El ya famoso plagario mira inmediatamente hacia el lugar de donde provienen los improperios. Ve aproximarse a don Rufino como una tromba de agua. Su recurrente actitud de chanza muta en pánico y lo hace palidecer, al observar que no ha sido broma lo del duelo y que, colérico, viene hacia ellos aquel grandulón y fornido propietario de la editorial América. Villaespesa ha visto también el rostro furibundo del editor y no vacila en aconsejar de nuevo a Bolívar Coronado:

— ¡Oye, tío, correr —palmea las manos y se carcajea—, eh, correr, que te cornea el toro!

Ante lo inesperado, no sabía Bolívar Coronado si reír nerviosamente o alistarse a huir, pero, temeroso, opta por lo último cuando escucha los bufidos que —ya desde más cerca— le arroja don Rufino, convertido en ciega ferocidad.

Nadie supo finalmente cómo logró el impostor evadir la tunda que a todo pulmón le estaba ofreciendo aquel editor herido en su orgullo. Solo se conoció después el truculento final de aquella historia.

Carente de su bastón, el atacante trastabilló y cayó de bruces, al tropezar con una de las sillas

del bar, mientras —como en acto de magia y auxiliado por el dueño del establecimiento— el atacado desaparecía fugazmente por algún desconocido lugar. Se esfumó. Moraleja: mucho ruido le gustaría hacer, pero pocas nueces le sonaban al momento de correr. Supuestamente, a los pocos días, Barcelona y los anarquistas catalanes lo recibieron como nuevo candidato a héroe.

Nosotros en *Piso 3*, en algún momento habríamos querido devolver aquel acontecimiento como en una película; rebobinar las escenas de ataque, a fin de que el maldito intruso recibiera lo que merecía. Mas no podía ser. Se trataba de fantasías de imberbes escritores y hubimos de conformarnos con el juramento de manchar de algún modo sus desagradables travesuras.

Pero después, nada. Mejor dicho, poco. Cada pisotresense tomó su rumbo. Amenodoro se dejó enfermar por los marxistas radicales de la Escuela de Sociología y se convirtió en enlace de las guerrillas urbanas, aunque persistió en la literatura. Apascasio, alias Cuarto, nuestro porteño importado en el grupo, emigró primero a España y después a Bolivia. «¡Chicos —nos escribió el día que se decidió por el altiplano—, en la literatura boliviana hay más oportunidades, porque hay muy pocos escritores importados de Argentina, como yo!».

Por causas y caminos distintos, Marujina y Armando aceptaron las fáciles condiciones de lo que los progres llaman la convivencia burguesa: vida en pareja —previa boda eclesiástica y cursi mar-

cha nupcial—, trabajo, hijos, parques, vacaciones en agosto, panza recrecida para el caballero; gordura y adulterio por cornamenta en ciernes para la dama. Finalmente, viudez precoz él y divorcio con tres retoños ella... Pasaron al anonimato. Maru es hoy una hastiada profesora de Comunicación Social. Y, desde la oscuridad de su confusa ideología, Armando dirige la pequeña editorial que de vez en vez publica algunos de mis libros.

Yo asumí postura de célibe irredento. Jamás acepté el matrimonio como salida y he continuado desde entonces con lo que fue el catecismo inicial del grupo: cada vez que tuve oportunidad, hablé mal del antiepónimo Errebecé.

Nunca pensé que mi peor frustración relacionada con ese fatídico nombre estaba reservada para unos años después. Resultaría como un castigo programado, una perversa celada tendida por mis arrogancias juveniles. A mis 36 años, en pleno entresiglo, la claqué intelectual afecta al gobierno de turno creó el Premio Internacional de Novela Rafael Bolívar Coronado.

Así, el nombre que había marcado mi mayor frustración por no haber logrado lo que él, seguía persiguiéndome como un fantasma aterrador. Llenaba mi ruta de falsas escaramuzas y cada vez me ataba más al resentimiento y la envidia.

No sé si, para asesinarme, su espíritu se confabuló alguna vez con mis detractores.

Estaba seguro de que todos volteaban hacia mí sin verme. Caminaba por los pasillos de la uni-

versidad, donde para sobrevivir terminé dictando clases sobre literatura y vida, y sentía en mi cuerpo los cientos de golpes de ojo que me lanzaban desde las rendijas. Era como ser el centro de mira de una aureola que te corroe sin tocarte. Además, algunos de mis alumnos comenzaron a repetir una premisa que terminé creyendo: yo era la opción local más idónea para ganar aquel reconocimiento. Yo representaba la figura que más podía refulgir ante la obra de los escritores extranjeros que también fueran candidatos a la presea, el premio gordo RBC.

En mí comenzó a descansar entonces la esperanza de unos pocos amigos escritores. Sobre mi cabeza sentía el fardo de estar adquiriendo un compromiso que me estaban imponiendo desde fuera. Entre mis connacionales, alguna vez el Premio (con mayúsculas) sería yo o no sería nadie. Por mucho que detestara que mi nombre se fundiera con el de aquel vulgar trapacista.

Así, el apelativo del galardón se convirtió en mi demonio recurrente. Me acosaba su figura de mil maneras. La prensa insistía en preguntarme qué opinaba yo ahora sobre su vida y trayectoria. Estaba obligado a hacer algo a lo que antes me había negado obstinadamente: leer la «obra» de aquel sujeto a quien, de algún modo, de tanto repetírmelo, había aprendido a odiar-amar mucho más desde mis años en *Piso 3*.

Fue como pude ratificar que de verdad él había sido el estafador más exitoso de la literatura nacio-

nal. Durante su truculenta vida de exhibicionista, de burlista encerrado en su propio cascarón, logró usurpar sin falsos pudores los nombres de los más importantes escritores de su tiempo y de algunos antepasados. Cada autor reconocido y consagrado por la republiquita literaria nacional había servido para hacer de heterónimo de aquel hombre sin recato, al cual todos parecían admirar por su atrevimiento. Así se hizo un novelista de prestigio, un poeta magno, un ensayista de casta y un historiador incuestionable, burlándose palurdamente de sus congéneres. Y así le fue levantado un pedestal que se ha mantenido incólume. Ahora, lo ubicaban en el panteón de los eternos, creando un importante concurso con su nombre.

Y —como ya he dicho— desde la apertura del certamen, todas las miradas confluyeron en mí. Al principio, nadie lo expresaba abiertamente, pero se pensaba entre líneas que aquello me llegaba como una reprimenda merecida ante mi osadía. Habría yo de ser el primer candidato natural para cargar con un nombre del que había despotricado hasta la saciedad. Tanto se repitió la conseja que yo mismo terminé creyendo en esa posibilidad como un destino marcado. Acepté y asimilé aquello cual si fuera una ineludible predestinación.

«Andrés Eloy, tú eres un astro, los astros giran, gírame algo». Era el contenido de un telegrama que Bolívar Coronado había enviado alguna vez al poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, luego de saber que aquel había obtenido un premio internacional

en España. Y el pequeño escrito se convirtió en la comidilla local de turno. «¡Qué genio!», diría algunos años después un historiador mediocre. «¡Qué ingenio!», serían palabras repetidas en el discurso del director del Centro que anunciaba la creación del galardón. «¡Qué infundio!» —me decía yo para mis adentros—. ¡Qué bolas la de estos cultores de la vaciedad, incapaces de fijarse que hay otros mucho más cercanos a lo celestial y perenne (como, por ejemplo, ¡yo!).

Sería yo.

Terminé convencido de eso.

De ser el más concurrente y ácido detractor del epónimo del Premio recién creado, me transformé en la primera opción para retratarse a su lado. Porque no he dicho que, para el momento de la creación del certamen, todavía Rafael Bolívar Coronado vivía. Ya con más de un centenar de años, apenas cayó la última dictadura venezolana del siglo XX, volvió al país envuelto en la fama que la clandestinidad hispana les había otorgado a sus peripecias, a su truculenta actividad literaria y política.

Casi como un favor por sus luchas durante el exilio y por sus novelas criollistas (copiadas, pero criollistas, hay que decirlo), el gobierno de turno (de su mismo partido) había tomado la decisión de honrarlo en vida. Como he dicho, ya estaba bastante anciano; su cuerpo lucía hartamente deprimido; su columna y sus articulaciones mayores, golpeadas por la espondilitis anquilosante y una avanzada escoliosis, comenzaban a doblegarlo.

Pero estaba vivo y todavía su figura representaba la gloria nacional en que lo habían convertido sus copartidarios.

Jamás crucé palabra con él, nunca supe qué pensaría acerca de mis ataques. Sospecho que le resbalaban mis opiniones como las de un insensato párvulo ansioso de aprovechar su nombre para abrirse espacio en el mundo literario, así como él había expropiado con saña los nombres de centenares de sus compatriotas. Jamás respondió a ninguna de mis sátiras sobre su copiosa, falsa y escabrosa obra. Era el tiempo en que ya yo era reconocido como el autor de tres novelas. El mismo en que descubrí que durante la última década había venido yo construyendo mi propio castigo. Y, a sabiendas de lo que eso significaba, lo acepté: me convencí de que yo constituía la única posibilidad nacional de representar al país frente a cualquier otro escritor foráneo. Aunque llevara el nombre de mi autor más repudiado, era yo la esperanza. Al menos así lo pregonaban mis más cercanos afectos.

Fue en la misma época en que conocí a mis tres amables verdugos. En el milagro de un aula de clases, apareció mi afectísimo Julio Morales. Joaquincito Trincado Mata me mostró su oscura luminosidad en un momento en que hube de visitar la institución donde él estudiaba. Ambos parecían gemelos de propósitos, pero no de conducta. Uno, silencioso y calculador. El otro, retraído de entrada, aunque más extrovertido, pan-

tallero, bullicioso, cuando tomaba confianza. Y ni Genoveva ni yo resistimos la tentación de irnos a la cama el mismo día que la conocí en un evento literario del centro de la ciudad. Amor a primer oído fuimos.

Casi como tres ángeles custodios, devinieron en mis lazarillos incondicionales. Un milagro había ocurrido al juntarlos a mi vida y convertirlos en los más enconados propagandistas de mi obra. Nunca tuve la certeza al comienzo, pero acepto haber sospechado que además tenían en común tres características que los acercaban a mi creciente reputación: su pasión compartida por la escritura, el deseo de convertirse en escritores habiendo leído muy poco y la ambición desmedida por llegar más lejos que yo. No obstante, nada de lo que pudo ocurrir sucedió. La avidez, el afán se convirtieron primero en sueño. Después, en pesadilla.

Y así fue, porque mis tres jóvenes amigos me fueron afectos hasta el momento en que mi figura comenzó a competir para ellos con otras posibilidades. Supe entonces de las ambiciones de Morralito por hacerse de un nombre de escritor fuera del país. Intuí los propósitos ocultos de Trincado Mata para marcharse a hacer vida bohemia en algún otro lugar del mundo. Y muy pronto descubrí en las conversaciones con Genoveva que solo satisfacía mis apetencias sexuales con el pensamiento congelado en *Picadilly Circus*.

Tácitamente, acepté aquellos deseos y decidí que ayudaría a cada uno en su objetivo. Todo a cambio

de que cada vez que les fuera posible agregaran a mi biografía algunos datos sobre hechos que jamás hubieran ocurrido, que pergeñaran mi trayectoria con hazañas dignas de un héroe de la literatura y de la vida: desde la juvenil militancia y actividad política que supuestamente me llevó a la cárcel y luego a una tortuosa expatriación, hasta la invención de mis antepasados montoneros y guerrilleros, todos prisioneros de regímenes de fuerza.

Mi verdadero exilio fue totalmente voluntario, mediante una beca gubernamental que me ayudó a conocer lo ancho y ajeno del mundo. Jamás fui censurado por gobierno alguno, pero también de fantasías y escándalos debe vivir un escritor y — en los comienzos de nuestra relación— ellos repitieron eso hasta el cansancio. Y la historia literaria así lo ha refrendado. Hoy debo confesar que con eso solo pretendí ser también un ficcionista: sazonar, condimentar mi incolora e insípida hoja de vida, añadirle algo impactante a mi desabrida ruta, carente de drama y heroísmo. Porque asumí que un letrista sin épica nunca será realmente un escritor. Y el ejemplo más palpable era precisamente Rafael Bolívar Coronado.

Mientras, en tanto el país continuaba en su rutina política, sus desajustes económicos a veces imperceptibles en medio de la fiesta de dólares generados por la exportación petrolera, se sucedían los avisos del Premio. En cada oportunidad mis chambelanes repetían, insistían por la prensa, regaban la voz de que había llegado mi momento.

Sin embargo, en contraste, algunas oscuras redes sociales, siempre detrás de la inquina, de la cotilla, del cahuín, de la suspicacia, a veces deprimían mis ambiciones. No me mencionaban de manera abierta; solo argumentaban que no había en realidad ningún escritor local que pudiera competir con las grandes plumas que otros editores postulaban desde el extranjero.

Así fueron pasando los años y la decisión final fue siempre recayendo en otros.

El tiempo había pasado y ya estaba yo en los 60 años. La edad comenzaba a debilitar mis ansias. Cada vez, el Premio se distanciaba un poco más, pero igual yo continuaba confiado en mi destino. Entonces aparecieron los adversarios inesperados. Uno del país, otro de fuera de él. Ambos de *Piso 3*. Primero, para mi cumpleaños número 61, se develó el misterio de aquel a quien en mi escritura paródica nombro como Chuchube Murmurante.

El mismo jueves en que él sirviera de padrino a mi última novela, se me comunicó el chisme acerca de sus ambiciones. Posteriormente, a los 63, me llegó la información sobre mi querido y admirado Apascasio Mórvido. Después, el acuerdo según el cual ambos —mis dos supuestos mejores amigos entre los que cultivé— habían armado la silenciosa y feroz tramoya, no solo para impedir que alguna vez fuera yo el ganador, sino para promover la posibilidad de obtenerlo alguno de ellos.

Aunque siempre ocupó segundos lugares, Murmurante jamás tuvo escrúpulos de ninguna natu-

raleza para hacerse de un premio. Eso siempre lo supimos. Sin embargo, siendo mi fraterno, nunca imaginé sus dotes de traidor aposentadas sobre mis espaldas. De allí nació mi osadía de caricaturizarlo en una de mis historias, que dejaré inédita para que se publique después de mi muerte. Claro está, si alguien llegare a encontrarla. Mi *Rabiografía del escritor nativo* se convertirá, después de mi partida, en la feroz venganza de la literatura hacia él. Pero mejor será que nunca se sepa realmente la verdadera causa de la decisión que habré de tomar en cuanto sienta que estoy preparado para ello. Lo que sí pueden descartar todos es que mi supuesta enfermedad haya tenido que ver con el asunto. De tenerla, la he padecido como un monje que, primero, sublima cerebralmente sus deseos sexuales. Luego los reprime en público y ofrece la imagen de resistirse a las tentaciones feromonacales. Finalmente, logra despojarse de ellos en total soledad, mediante la sacra masturbación.

Lo inesperado que ocurra, si pasa, será *mea culpa*, por haber aceptado la propuesta de mi antiguo amado Julio Morales. Por haberme atrevido a plagiar y publicar simultáneamente dos novelas: una con el nombre de mi afectísimo colega argentino-boliviano Apascasio Mórbido, el Cuarto, y otra fraudulentamente firmada por mí, por el propio Febricio Persa que se esconde debajo de Peyo Ramírez Sánchez, *Partida de yacimiento*. La he publicado ahora como una broma de buen gusto. Un plagio para celebrar el premio del plagiario.

Para desviar la atención del jurado y burlarnos de la institución y del Premio, acordamos titular paródicamente la de Mórvido (que no es de Mórvido, sino mía): *Biografía de otro iconoplasta*. Así se publicó, por una oscura editorial boliviana. Él mismo lo ignora, obviamente, pero es la mejor parodia de su propio periplo escritural que he podido encontrar entre las que falsificó el propio Bolívar Coronado. Conociéndolo, es probable que ni siquiera la haya leído antes de aceptar refrendarla con su nombre. Y, de haberlo hecho, no entendió absolutamente nada. Es su currículum convertido en novela. Aquel intruso genial de Bolívar Coronado logró retratar a mi colega de *Piso 3* mucho antes de que este apareciera en el mundo de la literatura. Seguramente, esa *Biografía de otro iconoplasta* será rechazada. Basta para ello leer el título y ojearla un poco. Mucho más, habiendo sido presuntamente escrita por un argentino exilado en Bolivia, con fama de falsificador de historias.

Pero, oh, sorpresa, ya para el día de hoy parece obvio que la que sí lleva mi firma no será la elegida. Me lo ha revelado uno de mis tres «mosquiteros», como juguetonamente los bautizó el viejo cronista del *Universo Literario*. Ya se conoce afuera el resultado de este año.

Con eso habrán decretado entonces mi crucifixión.

Contenido

Prólogo: Cruz y ficción, De Luis Barrera Linares	5
Frontispicio	11
El bautizo de un libro es un parto social	11
1: Proemio del premio	21
2: ÍCONO con P mayúscula de «plasta»	43
3: Alcides Arcadio Barcarola I.	47
4: Homicidio disculposo	65
5: El (o)caso	69
6: Informe forense	71
7: Premio sin apremio	77
8: Dos efusivos efebos y una doncella	83
9: Efebo que busca la fama prematura	87
10: Morales busca a juro la fama con apuro	91
12: Efebo que celebra la fama	101
13: Trincado Mata biógrafo de Unamuno	105
14: ¿Acción!: Los tres mosquiteros	111
15: Todos para una	123
16: Compungido con pujido	127
17: Chato y chucuto chateo	129
18: Intrigas que atragantan gargantas que regurgitan	135
19: Intrigas que atragantan gargantas que regurgitan (2)	141
20: Mi amigo el febril estudiante	145
21: Carta de Caracas	151
22: Una conspicua confabulación	153
23: ¿Quién fue Rafael Bolívar Coronado?	163
24: Abuelo poseso, nieto obseso	171
25: Altura de un piso 3	175
26: Rabiografía del escritor nativo	183
27: Manifiesto literario difundido desde un Piso 3	195
28: El testamento del Persa	197

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 15 de abril de 2026, el mismo día pero de 1929 en que naciera en Maracaibo el escritor Roberto José Jiménez Maggiolo (murió en la misma ciudad el 15 de marzo de 2015). Médico cirujano (LUZ, 1952), licenciado en filosofía (LUZ, 1963), artista visual (pintor y dibujante), profesor universitario y escritor (ensayista, autor científico, biógrafo, cronista, narrador, historiógrafo). Polifacético y polémico hombre público. Hizo estudios de posgrado en España y Bélgica. Doctor en ciencias médicas (LUZ, 1962), quien fue profesor en las escuelas de Medicina, Filosofía, Letras, Educación y Periodismo de LUZ, ex-director de la Escuela de Artes Plásticas Neptalí Rincón de Maracaibo, miembro de las Academias de Medicina y de Historia del Zulia, presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela seccional Zulia, miembro del Círculo de Escritores de Venezuela y presidente de la Fundación Gabriel Bracho. Fue integrante de la primera promoción de médicos de la Universidad del Zulia (1952) y de la primera de filosofía (1963), director-fundador del periódico gremial Alternativa Médica y de la primera revista del Colegio de Médicos del estado Zulia. Especializado en ginecología y obstetricia, tuvo gran experiencia en ambas ramas, además de haber sido fundador de la cátedra de ética médica en la Escuela de Medicina de LUZ, fue pintor figurativo con dominio de la línea y el color. Articulista de opinión durante más de treinta años. Era hijo del Dr. Juan Bautista Jiménez (V), destacado médico de la Sociedad Médico Quirúrgica del Zulia. Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente (1999) y presidente de Comisión Legislativa del estado Zulia (2000). Autor de varias obras de temática médica, por lo cual fue miembro de número del Centro Zuliano de Historia de la Medicina. Este autor según el acertado perfil psicológico del Dr. Bermúdez Arias «trabaja en todo instante. Crea. Pinta óleos, dibuja carboncillos, plasma lindas acuarelas. Lo hace con gusto, con técnica, con armonía en los colores. Crea con letras cuadros literarios de extraordinario alcance filosófico o social. Polémico y severo también en la crítica. Dispuesto a la lucha cuando se trata de tomar vanguardia o mantener la plaza de la cultura conquistada con inusitados esfuerzos por él o por los pocos cultivadores de la esencia de las cosas y de los hombres en nuestro lar. Noble negación o impulsiva afirmación, en él no hay ramas accesorias, sólo ve las principales».